

REGRESANDO
A LA
IGLESIA

RODRIGO ABARCA

REGRESANDO A LA IGLESIA

Rodrigo Abarca

ISBN 956-291-156-X

Registro de Propiedad Intelectual

Inscripción N° 122-549

Impreso en Noviembre de 2001

Telstar Impresores Soc. Ltda.

Fono 337745 · Temuco, CHILE



A Miriam:
sin cuyo apoyo
y aliento constantes
este libro
jamás se habría escrito

Con amor eterno



Agradecimientos

A Gonzalo, Eliseo, Roberto y Claudio, junto a quienes se ha renovado mi esperanza de ver la iglesia tal como ella debe ser. Y, junto con ellos, a Mario Contreras, por su invaluable ayuda en la revisión, diagramación, diseño y publicación de este libro.

A Marcelo Díaz, por los ya casi 20 años de amistad y compañerismo en Cristo.

A mis queridos pastores: Rubén, Sergio, Cristian, Guillermo y Marcelo, quienes me han enseñado el significado práctico de la vida y el ministerio compartidos.

A mis hijas: Manuela, Celeste y Javiera, por ser simplemente quienes son.

A mis queridos hermanos de San Francisco 618, con quienes he crecido y aprendido el inexpressable privilegio de ser un miembro más del cuerpo de Cristo.

A mis amados hermanos de Peñaflor, por el inmenso regalo de servirles en Cristo.

Y, sobre todo, a nuestro amado Señor Jesucristo, de quien, por quien y para quien son todas las cosas. Amén.



INDICE

Introducción	09
Un Propósito Eterno	13
Vida Divina Antes del Tiempo	27
La Obra del Espíritu	39
¿Quién es Suficiente?	55
El Fundamento de los Apóstoles	73
El Significado de la Ekklesia	97
La Comunidad del Reino	107
Un Capítulo Sobre lo Más Esencial	121
Conclusión	127
Bibliografía	133

INTRODUCCIÓN

"E dificaré mi iglesia y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». Estas palabras del Señor Jesucristo dadas a Pedro en respuesta a su conocida confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente», representan tal vez la única ocasión en que él declaró explícitamente el significado más amplio de su venida al mundo. En ellas encontramos el designio más alto de Dios para sus hijos, incluso más allá de la salvación, la santidad, la vida abundante, la prosperidad, los avivamientos y todos aquellos tópicos que suelen enfatizarse como el centro de la experiencia cristiana. Sin duda, estas cosas son importantes para la vida de los hijos de Dios; con todo, no son lo más importante. Pues aquello que reclama toda la atención de Dios desde la eternidad es la iglesia, la desposada del Cordero.

Puede que una afirmación así suene extraña si se consideran los conceptos que, al respecto, manejan la mayoría de los cristianos. Por cierto, un frío edificio de ladrillo donde un grupo de personas se reúne una vez por semana para cantar un poco, escuchar un sermón, hacer una o dos oraciones para luego marcharse cada una a su casa a continuar con su vida «real» de los restantes seis días, a todas luces no parece la mismísima obra de Dios en la historia del mundo. Y en verdad,

no lo es. Pero la iglesia, concebida para ser la expresión más completa y elevada de la vida divina en la tierra, es un asunto muy distinto de los conceptos, ideas, proyectos, organizaciones y edificios que en el transcurso de la historia han llevado su nombre.

No obstante, no siempre fue así, pues al menos durante los primeros 100 o quizá 200 años de la historia cristiana existió un «algo» digno de usar ese nombre. Nuestra necesidad de llamarlo «algo», pues su verdadero carácter y naturaleza nos resultan casi inaccesibles en la actualidad, es la evidencia más concreta de cuán descaminados andan nuestros conceptos actuales. ¿Inaccesibles? Casi, al menos para las capacidades y habilidades meramente humanas.

¿Pero, acaso no tenemos el Nuevo Testamento y con él todo lo que necesitamos saber sobre la iglesia primitiva? ¿No podemos estudiar a fondo sus principios y metodologías y aplicarlos en la actualidad? Este parece en principio un buen camino, pero no lo es, pues olvida un asunto fundamental. El simple estudio de la Biblia no nos da el conocimiento de Dios y su propósito. Se requiere algo más: una revelación del Espíritu en nuestros corazones, profunda y transformadora, capaz de revolucionar toda nuestra experiencia cristiana.

Sin embargo, esta revelación tiene un precio que quizá muchos no estén dispuestos a pagar. Ya que, antes de edificar su santo templo, Dios destruye el vano edificio que nuestros propios esfuerzos han levantado. Si nos acercamos a él para conocer la verdad hemos de estar preparados para quedar expuestos y desnudos bajo la luz divina. Esto puede suponer mucho sufrimiento y pérdida para nosotros, porque es extremadamente duro ser enfrentados con nuestra verdadera condición. En lo íntimo, cada uno tiene un secreto aprecio por sí mismo, sus cualidades y habilidades, y depende de ellas para su servicio y vida cristiana. No obstante, dichas habilidades y todo lo que de ellas pueda nacer no tienen valor alguno en la obra de Dios.

Aceptar este hecho no es fácil. Y puede ser que esta última afirmación nos parezca dura o excesiva y requiera una

aclaración. Precisamente este libro intentará mostrar el por qué de una afirmación tan radical, pues lo último que desea es establecer una suerte de metodología o manual para la vida de iglesia que excluya nuestra primordial necesidad, esto es, conocer a nuestro Dios de manera profunda y experimental. Dicho conocimiento y la iglesia de Jesucristo no son dos hechos extraños entre sí, sino que constituyen, desde la perspectiva divina, una unidad indivisible. En la eternidad Dios estableció que su vida sería conocida, experimentada y expresada a través de un organismo vivo, la iglesia, y nada que sea menos que esto podrá satisfacer jamás su corazón.

Mas, como se ha dicho antes, acceder a ella requiere mucho de nosotros; más aún, lo demanda todo. Para experimentar la vida divina hemos de perder primero la nuestra; ser desnudados antes de ser vestidos; demolidos antes de ser edificados. ¿Es demasiado difícil? *Imposible* es quizá una mejor definición. Pero esto es precisamente la iglesia, una obra que únicamente el poder sobrenatural de Dios es capaz de levantar, ya que todo lo que sea menos que ello, por muy bueno que nos parezca, no es la novia de Jesucristo. Los hombres pueden hacer lo meramente posible, sólo Dios puede hacer lo imposible. Este es el sello de toda verdadera obra nacida de sus santas manos.

No obstante, es triste comprobar cuán poco conocen, en la actualidad, los hijos de Dios sobre la iglesia que Cristo vino a edificar. Ciertamente existen acerca de ella variados conceptos. Todos, sin embargo, tienen un signo en común: ninguno parece alcanzar la elevada norma de experiencia que el Señor reveló y estableció en el Nuevo Testamento. Esto no quiere decir que en estas experiencias de «iglesia» no existe cierta realidad espiritual. Con todo, dicha realidad se encuentra, en general, acotada por una inmensa cantidad de conceptos, estructuras y prácticas básicamente humanas. Pero una expresión plena del propósito de Dios es un asunto que parece superar por completo toda nuestra experiencia previa de la iglesia, tal como se la conoce en nuestros días. Sin embargo, el Señor Jesucristo dijo «edificaré mi iglesia» y estas palabras aún

expresan el supremo llamado de Dios para todos aquellos que quieren conocerle más profundamente y hacer sólo su voluntad.

Finalmente, es necesario hacer un importante aclaración con respecto al propósito de este libro. Su intención original es mostrar que la iglesia es esencialmente el resultado de la vida divina actuando desde el interior de los hijos de Dios. Dicha vida tiene una forma característica de operar y tiene, además, su fruto más evidente en el amor. Los aspectos funcionales de la vida de iglesia tratados en este libro tienen por fin mostrar cómo dicha vida crece y se expande para alcanzar su más íntimo designio. Su objetivo no es, en ningún sentido, establecer un modelo absoluto sobre el funcionamiento práctico de la iglesia y sus ministerios. Lo que se ha buscado es descubrir en las páginas inspiradas del Nuevo Testamento como la vida divina creció y se expandió en la experiencia de la primera iglesia.

Luego, no quisiéramos que se tome este libro como un manual práctico con los pasos para convertirnos en “la verdadera iglesia”. De hecho, es posible que algunos lectores disientan honestamente en algunos aspectos de práctica y experiencia con “el modelo” de iglesia aquí presentado. Y eso está bien, pues hasta que no regresemos a la profunda y abrumadora experiencia de los primeros discípulos con Jesucristo, no tendremos a la iglesia otra vez como ella debe ser. Hasta ese día “nuestros modelos” son necesariamente provisorios.

Este libro está delimitado por la luz que el Señor nos ha dado hasta este momento acerca de cómo nace y se desarrolla su iglesia. Su asunto, en consecuencia, no está cerrado ni mucho menos agotado. No queremos ser absolutos al respecto. Más bien, esperamos que el Señor en su misericordia nos siga conduciendo, junto a muchos otros, por la senda de regreso a su intención original y eterna.

Capítulo I: Un Propósito Eterno

Al abrir nuestra Biblia en el primer capítulo del Génesis nos encontramos con un relato de la creación donde Dios aparece como protagonista y el hombre como resultado final de su obra creadora. En un primer momento, cometas, océanos, continentes, bosques, praderas y animales surgen al simple mandato de su voz. No obstante, casi al final de su obra creadora, la acción experimenta un importante giro. En ese preciso punto, Dios vuelve sus palabras sobre sí mismo y en el íntimo consejo de la deidad, más allá de todo tiempo y lugar, da finalmente expresión al motivo por el cual ha querido crear todas las cosas, que es también su propósito eterno: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*» (Gn. 1:26). En esta misteriosa frase se encierra todo el secreto de la creación visible.¹

Hasta ahora, todo se ha creado por la sola mediación de su palabra, mas lo que está a punto de acontecer ha de involucrar a Dios en su totalidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo participarán por igual de esta tarea, que será también su obra maestra. Si se quiere, todo lo demás fue una introducción, un preámbulo para lo que viene.

De allí la expresión «hagamos», que nos muestra cómo la plenitud del ser divino está comprometida en esta tarea y

nos da un indicio de cuán importante es lo que está a punto de comenzar.

El significado de la imagen

Ahora bien, tradicionalmente la teología cristiana ha interpretado la imagen de Dios como aquellas cualidades que hacen del hombre un ser libre, racional, auto consciente y capaz de tener comunión con Dios. Así Adán, el primer hombre, habría llevado la imagen de Dios desde el momento de su creación. Por un breve tiempo, pues muy pronto esta sería dañada por el pecado.

En esta perspectiva, cada persona que nace en este mundo lleva consigo una traza de aquella imagen original, aunque disminuida y empobrecida por razón del pecado que vive en ella. La salvación, por tanto, permitiría restaurar dicha semejanza en quienes la reciben.

Sin embargo, aunque parcialmente cierta, esta interpretación falla en mostrar el sentido más amplio del plan divino. Allá, en los recintos sin tiempo de la eternidad, Dios concibió un propósito vasto y profundo, nacido de su amor: crear para sí una raza de seres que participasen de su misma vida increada y llevasen consigo su imagen divina en el mundo creado.

El apóstol Pablo lo ha expresado de esta manera: *«Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo...en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos, por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad»* (Ef. 1:4-5). Y también, *«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos»* (Ro. 8:29).

Esta es la síntesis de su designio, definido por tres asuntos principales: Primero, como se ha dicho, el suyo es un propósito de amor eterno, anterior a la fundación del mundo; segundo, dicho designio no se refiere a meros individuos, sino a

una realidad más amplia y articulada, esto es a una familia de muchos hijos; tercero, y lo más importante, que todo se llevará a cabo por y para su Hijo, Jesucristo. ¿De qué manera? Donándose a sí mismo por medio del Hijo, y expandiendo de ese modo su vida hacia una raza de seres creados, para elevarlos desde su condición de pequeñas criaturas de barro hasta la estatura de hijos amados, capaces de conocerle y, a la vez, expresarle en todo el orbe visible. En suma, hijos que lleven consigo la imagen de su Padre, el mismo Dios.

¡Cuánta gloria hay reunida aquí! Pues ni aun los ángeles, tanto mayores en fuerza y potencia, fueron escogidos para una meta tan elevada (1Pd. 1:12). “Creó Dios al hombre a su imagen» nos dice el Génesis sin explicar nada más sobre el asunto. El Nuevo Testamento, sin embargo, nos revela que la imagen de Dios es Jesucristo y con ello nos muestra la meta de Dios Padre:

- “*El es la imagen del Dios invisible*” (Col. 1:15).
- “*El cual siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia*” (Heb. 1:3).
- “*La gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*”(2 Cor. 4:4b).
- “*A Dios nadie le vio jamás, el (Dios) unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado ha conocer.*”(Jn. 1:18).
- “*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*” (Jn. 14:9).

En los textos de más arriba se nos presentan al menos dos hechos importantes: el primero es que Dios mismo es invisible para los hombres; el segundo, que Jesucristo lo ha hecho visible.

En lenguaje bíblico invisible significa desconocido, oculto e inaccesible. Dios declaró a Moisés que ningún hombre podría ver su rostro y seguir viviendo (Ex. 33:20). Su imagen o aspecto visible era inaccesible para los hombres y esta situación, más que ninguna otra, expresaba nuestra verdadera con-

dición ante él. ¿Por qué razón? Porque, como hemos visto, Dios creó al hombre para que llevase su imagen en la tierra.

Profundicemos un poco más en este punto. Según Colosenses, Cristo es la imagen del Dios invisible. Aquí “la imagen” aparece como algo opuesto a lo invisible, lo cual equivale a decir que Jesucristo en su encarnación es la expresión visible del Dios invisible. Esta misma idea está presente en el citado pasaje de Juan, donde se nos dice que el Hijo ha dado a conocer al Dios que nadie, desde el principio, vio jamás.

De lo anterior se desprende que, desde Adán hasta la encarnación del Señor, la verdadera identidad de Dios permaneció oculta para todos los hombres, lo que ponía en evidencia la inmensa tragedia de toda la raza humana, creada para llevar una imagen que jamás llegaría a conocer.

Sin embargo, con la venida de Cristo dicha identidad finalmente quedó revelada, porque él es la revelación plena y definitiva del Dios invisible (Hb. 1:1-4). Y, con ello, su eterno propósito fue finalmente manifestado, pues Cristo es aquella imagen a la cual el hombre habría de ser conformado en el principio.

Todo lo anterior nos permite asumir que el Génesis, cuando nos dice que Dios creó al hombre a su imagen, se refiere más bien a un proyecto realizado en la divinidad (“*las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo*” (Hb.3:3b)), antes que a una obra acabada en el tiempo y en la historia, pues los acontecimientos subsiguientes nos muestran cómo el hombre se apartó totalmente de este objetivo.

Esto último se puede apreciar claramente a partir del capítulo dos de dicho libro. Mientras que en el primer capítulo la creación del hombre aparece como un hecho acabado: “y creó Dios al hombre a su imagen” (donde el verbo creó aparece en tiempo pasado); en el siguiente capítulo el relato parece comenzar otra vez. Esta diferencia de enfoque se debe a que el primer capítulo nos muestra la historia del hombre en la perspectiva del propósito eterno de Dios, donde la caída y el pecado no tienen lugar, hasta culminar en el día séptimo, cuando

Dios reposa de todo su trabajo. El segundo, en tanto, nos muestra la historia tal como realmente ocurrió, incluyendo el pecado y la desobediencia del hombre.

De esta manera, encontramos que, en el desarrollo concreto de la historia, Dios toma con sus manos la roja arcilla de la tierra y cual paciente, experto alfarero, se da a la tarea de modelar el vaso de sus designios. ¿Quién podrá expresar el amor con el cual se abocó a este trabajo? El Salmo 139 y un pasaje del libro de Job nos lo recuerdan un poco. Adán, fue tejido con huesos y nervios en lo profundo de la tierra, cuajado como leche, vaciado como un queso. El vívido lenguaje de la Escritura busca, precisamente, enfatizar el carácter íntimo y personal de la creación del primer hombre.

Cuando al fin estuvo acabado, se aproximó hasta el rostro del primer hombre y sopló en su nariz su divino aliento. En ese preciso instante, la vida llegó, estremeciendo cada fibra de ese cuerpo inerte, subyugándolo a un principio más alto que unificaba su existencia. Adán abrió los ojos y se quedó allí delante de Dios, asustado y feliz a la vez; una vasija frágil y hermosa, destinada a un designio glorioso aunque todavía desconocido. Su cuerpo, mente, voluntad y emociones permanecían despiertos y vigilantes bajo la égida de su espíritu. Era consciente de sí mismo, y mucho más aún, estaba consciente de la presencia de su Creador.

Sin embargo, a pesar de todos sus magníficos dones, aún no poseía la imagen de Dios. El era tan sólo un vaso de arcilla al que aún le faltaba el contenido. La obra de Dios estaba todavía incompleta, pues su Hijo no había sido revelado.

Por ello, de inmediato Dios plantó un huerto y colocó allí a su nueva criatura, la hizo caer en un profundo sueño y de su misma carne formó una mujer, co-igual a él en llamamiento y propósito, para que fuese su ayuda idónea (Gn. 1:27). Ahora el hombre, Adán y Eva, estaba preparado para acceder al designio divino.

Con este fin, Dios había plantado en el medio del huerto el árbol de la vida. Este árbol representaba a Cristo, ordenado a ser el centro de la vida humana (Juan nos dice que el Verbo

era la vida destinada a ser la luz de los hombres (Jn.1:4)). Si Adán y Eva comían de su fruto, entonces esa vida eterna e increada que estaba con Dios desde el principio, vendría a morar en ellos y su descendencia para siempre, convirtiéndolos en verdaderos hijos de Dios. Y así, Cristo se convertiría en la cabeza y la vida de una raza celestial, creada a partir de Adán y su descendencia. Por medio de esa vida, dicha raza llevaría consigo la imagen de Dios. Tan sólo entonces la obra de Dios estaría acabada.

La intromisión del pecado

Esto es lo que debía suceder; sin embargo, no fue lo que en verdad ocurrió. Conocemos demasiado bien aquella vieja historia.

Había otro árbol en el huerto y muy cerca de allí merodeaba una serpiente. Dios había prohibido expresamente comer el fruto de ese árbol en particular ¿Por qué razón? Pues, porque aquel era el árbol de la ciencia del bien y del mal, y representaba la terrible posibilidad de existir lejos de Dios y su voluntad, separados de su deseo eterno.

Más aún, estaba allí para revelar una profunda verdad: Dios desea hijos semejantes a él, esto es, capaces de amar con el amor con que él ama. Por ello, les concedió el don de ser identidades distintas de él mismo. Sus hijos no habrían de ser meras extensiones de su personalidad; autómatas que se moviesen sin voluntad propia. Muy por el contrario, ellos tendrían su propio ser y voluntad.

No obstante, su don tenía una condición, más aún, una demanda necesaria a su propia naturaleza: sólo podría subsistir mientras fuese rendido a la vida y voluntad divinas. De otra manera se perdería. Esa es la condición básica para toda criatura. Sólo puede existir mientras se mantenga unida a su fuente original. En el hombre, dicha unión debía expresarse del modo más elevado y semejante a Dios mismo: una unión perfecta de amor, porque él quería que Adán participase vo-

luntariamente de su misma vida divina. De ahí, aquel árbol y su prohibición: no comerás de él para que no mueras (Gn. 2:17).

La advertencia era clara, directa y simple. Mas, en un tiempo remoto, en regiones inaccesibles para Adán y su mujer, otro ser se había enfrentado a una prohibición semejante y había escogido el camino de la rebelión, sólo para descubrir que donde Dios está ausente quedan únicamente el vacío y la desesperación. Una vez fue un ángel grande, hermoso y sabio. Pero, en un vano intento de ser su propio dueño y usurpar a Dios en su altísimo trono, cayó hasta una profundidad insondable de muerte y perdición eternas, arrastrando consigo a muchos de sus compañeros. Ahora, toda traza de belleza, bondad y verdad se han ido para siempre de él. Sólo le quedan, revolviéndose sin descanso en su interior, una perversidad y odio infinitos contra aquel que una vez fue la fuente de toda su sabiduría y belleza. Pero aquel oscuro ser, ciego a todo aquello que no sea él mismo, se ha puesto a sí mismo para siempre fuera del alcance de la misericordia divina. Y está allí para hurtar, matar y destruir la obra de Dios.

Mas, por el momento, no es necesario hablar más de él. El mundo es joven y todavía no tiene un nombre en el lenguaje de los hombres. Es sólo una serpiente que susurra suaves palabras al oído de la primera mujer: “*¿Con que Dios os ha dicho, no comáis de todo árbol del huerto?*” (Gn. 3:1).

He aquí el principio de toda tentación, y, también, la raíz más profunda del pecado: la serpiente instala en el corazón de Eva una duda acerca de Dios y sus verdaderos motivos, vale decir, una mortal desconfianza. Su estrategia consiste en desfigurar a Dios en su imaginación, presentándolo como un antagonista arbitrario, en quien no se puede confiar, ni tampoco obedecer.

Pero la mujer replica que no fueron esas las palabras de Dios, ya que su mandamiento fue que no comieran exclusivamente del árbol de la ciencia del bien y del mal que se encuentra en medio del huerto y tampoco tocarlo (Gn. 3:2-3). Una buena respuesta... pero, un momento, ¿fue eso exacta-

mente lo que Dios dijo? ¿no hay algo que está demás en su respuesta? Por cierto que sí. Eva ha añadido dos elementos extraños: el primero, la ubicación del árbol; el segundo, la prohibición de tocarlo.

Al leer atentamente el relato de la Escritura, encontramos que en medio del huerto estaba el árbol de la vida, mas con respecto a la ubicación del otro árbol nada se nos dice (Gn. 2:9). Sin embargo, las palabras de la serpiente han comenzado a dar en el blanco, pues la conciencia de la mujer ha sufrido una extraña distorsión. Lentamente, el árbol prohibido se ha convertido en el foco de su atención. Y el segundo elemento añadido por la mujer refuerza aún más este cuadro: «Ni le tocaréis, para que no muráis». Esta frase final no había salido de la boca de Dios, pero Eva comenzaba a ver las cosas desde la perspectiva satánica: Dios está aquí para impedir y prohibir, y ahora su divina figura se yergue como un inmenso obstáculo entre ella y sus deseos.

La serpiente ve llegada su hora y da su golpe final: *«No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal»* (Gn. 3:5).

El dardo ha sido arrojado para penetrar hasta lo profundo de su corazón. Al parecer Dios ha mentido. Tan sólo quiere impedirles obtener para ellos la misma clase de vida, posición y libertad que él tiene. Mas, si comen ese fruto serán, al igual que él, sus propios dioses, dueños de su propio destino. Tendrán el poder de modelar sus vidas a su gusto y no necesitarán que nadie les diga lo que tienen que hacer (esta es la terrible oferta del pecado y su engaño).

Eva, pues, comió del fruto y lo dio luego a su marido. No obstante, aún entonces el daño pudo evitarse, pero Adán optó deliberadamente por aquella comida y precipitó la tragedia. La serpiente había ganado la primera batalla y ahora el hombre con toda su descendencia le pertenecía a ella. Se habían convertido en esclavos del pecado y por tanto ella, muy superior en fuerza y habilidad, podría dominarlos a voluntad.

Ese era el verdadero motivo que ocultaban sus enga-

ñas palabras. Ciertamente Dios ya no gobernaría la vida del hombre y su lugar sería usurpado por Satanás. El imperio de la muerte había comenzado y nadie podía prever su fin.

Después de esto, con toda probabilidad la serpiente se sentó en su recién estrenado trono de tinieblas y pensó que su victoria era definitiva. El hombre, cautivo del pecado, era reo de muerte, y su Creador nunca quebrantaría la ley que él mismo estableció. Sin embargo, gracias a Dios, nunca antes estuvo tan equivocada.

Un accidente innecesario

Se ha señalado con anterioridad que el designio divino con respecto al hombre es anterior a la misma creación («según nos escogió en él, antes de la fundación del mundo»). La serpiente, por tanto, había errado por completo en su cálculo. Su plan era poner una insalvable sima entre Dios y los hombres, introduciendo en ellos su propia simiente de rebelión y pecado, convirtiéndolos así en enemigos de su Creador. Sin embargo, en su sabiduría Dios había previsto esta posibilidad y su amor tenía preparada una salida.

Necesitamos, sin embargo, comprender bien el significado de dicha salida. Ella no formaba parte de su propósito original expresado en Génesis capítulo uno, pues el hombre no fue creado para el pecado.

En este sentido, la caída debe ser considerada como un accidente innecesario, una destructiva lesión que la salvación viene a reparar. Sin embargo, si se les pregunta cuál es el propósito de Dios, muchos cristianos responden rápidamente: la salvación del hombre. De igual modo y desde esa misma perspectiva, la obra de Dios en esta edad consistiría básicamente en rescatar a los perdidos. Para estos hijos de Dios, la salvación se ha transformado en el asunto central de su experiencia cristiana. Mas, aunque sin duda ella tiene un valor inestimable a nuestros ojos, con todo, no es lo más importante. La salvación satisface una necesidad del hombre, pero, tal como

se ha visto anteriormente, el hombre mismo fue creado para satisfacer una “necesidad” de Dios, que sólo quedará satisfecha cuando él obtenga un hombre hecho a imagen y semejanza suya.

El pecado abrió un largo paréntesis en el desarrollo del plan divino, pero no pudo impedir su realización, pues Dios proveyó una perfecta obra de reparación que destruyó por completo al pecado y todos sus efectos sobre la raza humana caída.

En la perspectiva escritural, la salvación es vista como una recuperación de lo perdido, un encontrar lo extraviado, un volver a encauzar aquello que se alejó de su curso normal. Nunca debió haber ocurrido la pérdida, el extravío; mas, por cuanto ocurrió, se hizo necesaria la recuperación. Y en este mismo sentido, la obra de salvación tiene por fin rescatarnos y traernos de vuelta al plan original de Dios, devolviéndonos a nuestra vocación eterna.

Cuando Adán escogió comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, eligió en ese mismo acto desarrollar una vida independiente de Dios y su propósito para él. La serpiente lo persuadió a tomar el destino de su vida en sus propias manos, sin consultar a nadie más que a sí mismo. Así, Adán quedó libre para decidir por su propia cuenta el bien y el mal, sin importarle lo que Dios establece al respecto.

En esta disposición fundamental se encuentra la raíz y el núcleo del pecado: una arrogante obstinación en vivir una existencia separada de Dios.

Pero dicha determinación trajo sobre Adán la muerte, manifestación definitiva de la magnitud de su engaño y extravío, ya que no existe verdadera vida allí donde Dios ha sido excluido. Al abandonar a Dios, el hombre se separó también de la fuente de su vida para quedar convertido, desde entonces, en sólo una sombra de lo que debió ser; un proyecto inconcluso en peligro constante de perderse eternamente. Todas sus facultades morales e intelectuales no son más que un esbozo, no el retrato mismo. O bien, como nos dice el apóstol Pablo, un simple vaso de barro, aunque destinado a recibir un

tesoro incomparable. Toda su gloria está en llevar consigo ese tesoro. Mas si lo pierde, ya no sirve de nada.

Por ello es tan grande la salvación que nos ha dado Dios por medio de la fe en Jesucristo, pues sólo él pudo cerrar la inmensa brecha que nuestro pecado abrió entre nosotros y su gloria.

Sin embargo, para la primera pareja todo esto permanece aún en el misterio. Sólo las palabras dichas a la serpiente permiten conjeturar una esperanza. Lejos, en un futuro todavía remoto, de la mujer vendrá la simiente que pondrá fin a su reino de tinieblas y muerte (Gn. 3:15). ¿La simiente de la mujer? Así es, y desde ese momento toda la historia de los tratos de Dios con el hombre lo llevarán progresivamente hacia ella.

Mas ¿quién o qué es esa simiente? La respuesta a esta pregunta nos acerca ineludiblemente al corazón del propósito divino. Para ello, hemos de aproximarnos hasta el borde mismo de aquel insondable abismo que es su voluntad, y allí, en el centro mismo de todo, encontraremos lo que buscamos entender.

El misterio de su voluntad

El apóstol Pablo declara en su carta a los Efesios que ahora, en la economía del cumplimiento de los tiempos, Dios nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad (Ef. 1:9). En el comienzo de la epístola nos revela brevemente en que consiste su propósito eterno para con el hombre, y luego continúa explicando el tema central de toda su obra: que dicho designio tiene como fin *«reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra»* (Ef. 1:10).

Esto es, que Cristo sea el principio y el fin de todo cuanto ha sido creado. El vértice absoluto que une y reúne bajo su mando la suma total de las cosas visibles e invisibles. La cúspide final que recapitula en sí mismo la totalidad de la obra divina.

Este es el magnífico resumen de su eterna voluntad y nada puede ser superior a este fin. De eternidad a eternidad es este el motivo central que rige y subordina todos los actos divinos.

Porque Dios se ha propuesto reunir bajo el mando de Cristo la totalidad de las cosas creadas: desde los átomos hasta los querubines; desde las margaritas hasta las galaxias; desde las amebas hasta los elefantes. Toda forma de vida animal y vegetal, desde lo más pequeño hasta lo más grande, y aún todos los poderes de la oscuridad habrán de ser sometidos por el Padre bajo la autoridad de su Hijo Jesucristo, el Señor. Hasta que todo sea lleno de Cristo, según el objetivo supremo por el cual creó todas las cosas.

Cristo es aquel a quien Dios ha establecido como el principio y el fin de toda su obra en la historia de la creación. El apóstol Juan nos dice que *«todas las cosas por medio de él fuero hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho»* (Jn. 1:3), mientras que Pablo afirma: *“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”* (Col. 1:16).

Sin embargo, cabe preguntarnos, ¿De qué manera Dios logrará que todo tenga a Cristo por centro y meta suprema? La respuesta a esta pregunta fundamental se encuentra en su propósito para con el hombre y la podemos resumir de esta manera: La eterna voluntad de Dios es que su Hijo obtenga el lugar de preeminencia que él le ha otorgado, siendo la cabeza del cuerpo que es la iglesia, tal como nos dice el apóstol Pablo: *“y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”* (Ef. 1:22-23); y también: *“él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia... para que en todo tenga la preeminencia”* (Col. 1:18).

Ambos textos demuestran enfáticamente lo recién afirmado, vale decir, que el objetivo divino de dar a Cristo la preeminencia absoluta sobre todas las cosas se llevará a cabo por

medio de la iglesia.

Y en este punto surge una nueva pregunta ¿Qué es aquello que llamamos iglesia? La hemos encontrado previamente aunque sin nombrarla todavía: ella es aquel hombre destinado a llevar consigo la imagen de Dios del que nos hablaba el Génesis. La raza celestial que Dios se propuso obtener desde la eternidad, para que por su intermedio el Hijo venga a ser centro y cabeza de todas las cosas creadas. El hombre de Génesis capítulo uno no debe ser considerado, entonces, como un individuo, sino como un hombre corporativo que tiene a Cristo por cabeza (Ef.2:15-16).

La iglesia existe por y para Jesucristo. Ella es su novia y su desposada, creada para convertirse en su ayuda idónea, y así cumplir el objetivo de Dios Padre, como carne de su carne y hueso de sus huesos (Ef. 5:29-32).

Tomada de Cristo, tal como Eva fue tomada de Adán (Gn. 1:21-24), la iglesia es él mismo pero expresado de otra manera, ya que en el misterio de la voluntad de Dios fue concebida para ser su contraparte perfecta. Una mujer que, como Eva en el costado de Adán, permaneció oculta desde la eternidad en lo profundo de Dios en Cristo, esperando a ser manifestada en la plenitud de los tiempos. Porque así como Jesucristo es la expresión perfecta de Dios Padre, la iglesia es la perfecta expresión de Cristo.

¿Podemos, ahora, comprender cuán preeminente y central es el Señor Jesucristo en la obra de Dios? ¿Y, por la misma razón, cuán importante es la iglesia a los ojos de Dios? Cuando el Espíritu de Dios abra nuestros ojos para ver este hecho esencial, comenzaremos a entender cuán superficiales e inútiles son los esfuerzos que hacemos en cualquier otro sentido, porque sólo aquello que se relaciona con su eterna voluntad en Jesucristo tiene valor delante de Dios y nada que sea menos que ello podrá jamás complacer su corazón.

Únicamente en este contexto es posible comprender las palabras de Señor Jesús: «*Edificaré mi iglesia*» (Mt. 16:18). Más allá de la redención efectuada en la cruz, cuyo fin fue recuperar lo que se había perdido, Jesucristo vino a cumplir

una misión, cuyas raíces se hunden en la eternidad. Su vida, muerte y resurrección no sólo tuvieron por fin obtener nuestra salvación (tan preciosa a nuestros ojos) sino constituir y dar vida –su propia vida– a aquella gloriosa realidad que lo contiene y expresa en plenitud: la iglesia que es su cuerpo: *«Y lo dio por cabeza, por sobre todas las cosas, a la iglesia; la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo»*.

Por esta razón, es posible afirmar con toda certeza que nada puede expresar la plenitud de Cristo en esta tierra (su poder, carácter, voluntad y autoridad) a excepción de la iglesia, que es su cuerpo y su desposada. Y este hecho fundamental nos obliga a considerar a fondo la naturaleza de esta novia celestial, así como también su expresión práctica en la tierra. Para ello es necesario comenzar con lo más básico o esencial.

Notas

1. En verdad, como se verá en la última parte de este capítulo, el propósito último de Dios tiene por centro a Jesucristo, para quien fueron creadas todas las cosas. En este libro se asume que “el hombre” al que se refiere el capítulo 1 de Génesis no es en absoluto un individuo particular, sino un nuevo hombre corporativo, vale decir Cristo y la iglesia. En la mente de Dios, “hagamos al hombre a nuestra imagen” se refiere al hecho decisivo de dar a su Hijo una esposa, que sea su perfecta expresión en el orbe visible e invisible, meta suprema de toda la creación divina.

Capítulo II: Vida Divina Antes del Tiempo

Probablemente, ningún apóstol conoció tan íntimamente al Señor Jesucristo como Juan, pues así como Pablo fue escogido para conocer y revelar el misterio de Cristo en la iglesia, Juan fue elegido para conocer el misterio de Dios en Cristo. Más adelante veremos cómo ambas verdades forman una sola realidad indivisible; no obstante, la revelación dada a Juan es el fundamento de la verdad revelada a través del apóstol Pablo, pues el objetivo del discípulo amado es llevarnos al principio, al cimiento inalterable sobre el que descansa la iglesia.

El discípulo amado

Este principio, nos dice Juan, se encuentra en Dios mismo. Él es la fuente de donde procede la vida y nada, en toda la creación, posee por sí mismo ese género de vida excepto Dios.

Existen, por cierto, muchas clases de vida: vegetal, animal, humana y angélica. Pero ellas son sólo metáforas, pálidas sombras de la vida original que sólo Dios posee, de la cual a su vez derivan su existencia. Pero la vida divina se eleva

por encima de ellas más allá de toda comparación posible o imaginable.

Con todo, esa es precisamente la vida que Dios quiso para el hombre desde la eternidad. El apóstol nos dice que en el principio estaba con el Verbo en Dios y que era además la luz de los hombres. Esa fue la vida que Adán perdió en el huerto y una espada encendida ocultó de sus ojos (¿Podemos ver cuán terrible fue nuestra pérdida?).

Mas, vino el día (y él fue testigo) en que aquella vida celestial descendió de su santa morada para habitar entre los hombres. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros. Y vimos su gloria*» (Jn. 1:14), escribió al relatarnos el acontecimiento. A través de los días, meses y años, este discípulo fue un espectador privilegiado del evento más trascendente de la historia.

¡Nadie, jamás, vio y experimentó algo semejante! Porque el Verbo, Jesucristo, habitó entre los hombres viviendo una vida tan completamente diferente, real, íntima y maravillosa que, progresivamente, el corazón de sus rudos discípulos fue cautivado, sobrecogido, traspasado y, finalmente, transformado al contacto de esa vida celestial.

Y a Juan, más que a ninguno de ellos, le fue dado comprender el misterio de esa vida. Por esta razón, en sus escritos se refiere siempre a los aspectos más profundos y esenciales de la obra de Dios. El no se preocupa, como Pablo en algunas de sus cartas, de los asuntos más exteriores de la iglesia (como por ejemplo, los dones, el culto, las ofrendas, etc.) sino que nos remite siempre a lo fundamental. A aquello que sustenta todo, existía desde el principio y permanece inalterable: la vida. Y esto, porque la iglesia es en esencia el mismo Cristo expresado de otra forma.

¿Cómo llegó Juan al conocimiento de esta verdad? La respuesta a esta pregunta es muy importante, pues nos revela un modelo práctico sobre cómo se establece y edifica la iglesia. La meta del apóstol es mostrarnos que antes de los dones, el evangelismo, la doctrina, el ministerio, y cualquier otra obra visible y exterior, se encuentra la vida. Si ella está presente,

entonces todo lo demás está asegurado; mas, si ella falta, todo está en peligro de perderse.

La gran tragedia de la cristiandad en nuestros días se encuentra precisamente en este punto. Exteriormente, nos parece que mucho estuviera ocurriendo. Hay una gran actividad allá afuera y los creyentes corren de aquí para allá afanados en un sinnúmero de tareas urgentes. Se organizan campañas, seminarios de capacitación, congresos, movimientos misioneros, ministerios interdenominacionales y todo el tiempo parece que la obra de Dios estuviese creciendo a un gran ritmo. ¿Pero, crece realmente? ¿Son los resultados objetivos la prueba irrefutable de que Dios avala nuestra obra? Y, ¿Cuál es la fuente más profunda de toda esa actividad? ¿Qué se esconde detrás de todo ese ir y venir? ¿No existe una deficiencia en todo esto?

Sin embargo, no se intenta aquí juzgar la obra que otros hacen para Dios, sino únicamente establecer lo que es esencial, pues, como nos dice el apóstol Pablo, vendrá el día en que Dios probará la calidad de nuestra obra.

Veamos lo que nos dice al respecto el discípulo amado:

*«Lo que era desde el principio,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado,
y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de Vida
(porque la Vida fue manifestada y la hemos visto,
y testificamos y os anunciamos la vida eterna,
la cual estaba con el Padre y se nos manifestó)»*

(1Jn. 1: 1-2).

Este es, según Juan, el génesis de la iglesia. Ella comenzó, nos dice, en el mismo principio de todo, antes de que el hombre caminara sobre la tierra; antes de que fuesen formados las montañas y los océanos del mundo; y aún antes de que el sol, las estrellas y las incontables galaxias esparciesen su luz por el universo; antes del mismo tiempo... allá lejos, en la íntima vida trinitaria de Dios.

Acceder a esa intimidad es, por cierto, un asunto que

excede todas nuestras posibilidades. Sin embargo, la gracia divina nos ha otorgado la forma de llegar hasta allí. ¿Cómo puede ser esto posible? ¡Porque la vida, escribe el apóstol, fue manifestada y la hemos visto! La misma vida divina, eterna e inaccesible, descendió hasta nosotros, para hacerse visible, contemplable y palpable en el rústico paisaje de Galilea.

Allí, entre sus áridas colinas y pequeñas aldeas, Juan encontró a Jesucristo. Cuando escribió su carta era ya un anciano, pero seguramente podía aún recordar vívidamente el día en que Jesús cruzó por su camino.

Desde el primer momento quedó prendado de su calidez, su sabiduría, su profundidad y ese algo inexpresable que se desprendía de cada uno de sus actos. Nunca hubo alguien tan humano como Jesús, y sin embargo... había en él un secreto inefable, algo más que humano desde donde parecía brotar toda la gloria de su vida.

Juan lo percibió desde el principio, y dejando atrás toda su vida anterior, sus sueños personales, ambiciones y proyectos, se embarcó, junto a muchos más, en la incierta aventura de seguirle.

De esta manera, llegó a ser en uno de los tantos discípulos del Nazareno. No hubo promesas, sólo una mirada inolvidable ardiendo en su corazón y aquellas palabras resonando en sus oídos: «sígueme». Probablemente, desde hacía tiempo ya le seguía y escuchaba como uno más entre la multitud. Pero aquel día, mientras remendaba sus redes en la playa junto a su hermano Jacobo, inesperadamente el Maestro detuvo sus pasos frente a él, lo interpeló directamente al corazón y cambió su vida para siempre.

A partir de ese momento Juan vivió para conocer a Jesús.

En cada uno de nosotros el llamado del Señor asume una expresión distintiva y su trato nos lleva por caminos singulares de conocimiento y experiencia, pues él busca hacernos instrumentos útiles en la edificación de su casa. Obreros que tengan algo específico y distintivo de Cristo que aportar al crecimiento de todo el cuerpo.

En Juan dicho llamamiento se expresó, desde un comienzo, como un deseo profundo e incesante por conocerle a él y su misterio. Desde entonces, durante los tres años que siguieron a su llamamiento, estuvo exclusivamente dedicado a seguir al Señor. En algún punto de esos tres años, fue apartado junto a otros once para vivir una experiencia más íntima con Jesús.

Fue así como, a lo largo de esos días gloriosos estuvo con él y los once en toda circunstancia humana posible. Caminando por los polvorientos caminos de Galilea o durmiendo al abrigo de una improvisada hoguera, después de compartir una escasa ración de alimento. Pero también escuchando en medio de la multitud, cuando sus palabras descendían como la lluvia fresca sobre la tierra reseca. O bien, en el curso de esas agotadoras jornadas, cuando el Señor sanaba cientos de enfermos y expulsaba demonios.

Esa experiencia lo transformó por completo. Cuando comenzó seguirle era joven y estaba lleno ambiciones, desconianzas y temores. En un momento lo encontramos pidiendo fuego del cielo sobre una ciudad de samaritanos y un poco más allá, escondido tras las faldas de su madre solicitando un lugar de privilegio en el reino de Dios.

Ciertamente, como todos los demás, Juan era un caso difícil. Mas, progresivamente aquella experiencia de vida con Jesús comenzó a rendir sus frutos. Sus motivos ocultos quedaron expuestos, sus temores salieron a luz, su debilidad y fracaso puestos en evidencia. Y, simultáneamente, mientras su vida iba siendo tratada por las “circunstancias» exteriores, su corazón fue comprendiendo el misterio de Cristo y su vida.

El secreto de Cristo

Más allá del velo de la carne, Juan pudo ver que el Señor caminaba y respiraba por medio de una vida superior. Él parecía habitar en una constante dependencia e íntima comunión con Otro, que constituía la fuente de toda su existencia. Es probable que sus discípulos no lo notaran al principio, y

les parecieran extrañas sus constantes alusiones a aquel Otro, pues los judíos nunca lo habían conocido por el nombre que Jesús le daba.

Mas Juan comprendió al fin. Quien estaba en medio de ellos era más que un maestro, un profeta e incluso aún más que todos los grandes líderes del pasado. Lo que se estaba manifestando en medio de ellos era la misma vida divina, anterior al tiempo y la historia, pues verdaderamente estaban contemplando al eterno Hijo de Dios, y a través de él, su secreto más profundo: el Padre.

Porque Jesucristo vivía por medio de la vida del Padre y los discípulos conocieron en él la forma de vida más elevada: la forma divina.

Precisamente, él había venido con la misión de revelarnos la vida tal como se la experimenta en la intimidad de Dios y expandirla hasta nosotros, haciéndonos así partícipes de ella . *«Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia»*.

Esta es la clase de vida que Juan nos describe, tras contemplarla manifestada en el Señor Jesucristo: Desde la eternidad, en la intimidad de Dios, el Padre da todo cuanto es, la totalidad de su vida y esencia, al Hijo, quien recibe la vida del Padre como suya, para luego devolverla completamente al Padre en un acto de inefable amor. Así, el Padre es la fuente de todo lo que el Hijo es. Nada hay en el Hijo que no proceda del Padre. El Hijo no tiene más vida que aquella que el Padre le da. Y el Padre se da por completo al Hijo para que todo aquello que es suyo sea también del Hijo. El Hijo recibe la vida del Padre y luego la retorna, a su vez, al Padre como una ofrenda de amor.

Dar, recibir, restituir lo dado es el principio esencial que opera en el seno de la vida divina. Principio que puede ser definido por una sola palabra: amor. Por ello, Juan nos dice que Dios es amor.

Por otra parte, el flujo incesante de comunión de vida entre el Padre y el Hijo se realiza a su vez en la tercera persona divina, el Espíritu Santo. El Padre ama, da, habla, escucha,

revela, manda; el Hijo recibe, ama, da, contempla, escucha, habla, obedece. Y todo esto ocurre en la comunión profunda e inefable del Espíritu.

Veamos algunos versículos al respecto:

«No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace» (Jn. 5:20).

«Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo» (Jn. 5:26).

«No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo así juzgo» (Jn. 5:30).

“Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre” (Jn. 6:57).

“Porque el que me envió, conmigo está” (Jn. 8:29).

Los pasajes citados nos permiten ver cómo Cristo atribuye al Padre la causa de todas sus palabras y obras. Él no actúa ni habla por iniciativa propia. Por el contrario, todo su ser se encuentra movido por la voluntad de Padre.

Su relación con él puede ser descrita como una dependencia íntima y vital. El Padre habita en Cristo otorgándole su vida y dirección constantes. Él vive y respira cada segundo en la presencia del Padre y toda la gloria de su vida consiste en vivir y expresar la vida de su Padre (*«el Padre que mora en mí, él hace las obras»*).

Ciertamente, nadie podrá comprender jamás el insondable misterio de su relación con el Padre, ya que existe en él una dimensión que estará por siempre más allá del alcance de nuestro pequeño entendimiento. No obstante, como se ha dicho antes, los aspectos de su vida que él ha querido mostrarnos en su encarnación tienen un fin concreto.

“Aquel Verbo fue hecho carne” nos dice Juan, es decir, tomó plenamente nuestra condición humana para convertirse en el primer hombre de aquella raza celestial que Dios quiso tener en el principio.

Por consiguiente, él debió aprender como hombre lo que ya sabía desde la eternidad siendo el Verbo de Dios: cómo vivir la vida de su Padre en la comunión del Espíritu Santo. Durante 30 años el Padre le enseñó a vivir dicha vida en el más común de los contextos: el hogar y el taller de un sencillo carpintero en Nazaret. El Señor Jesús no recibió una preparación académica o especializada. Simplemente aprendió a vivir la vida divina a través de todas las vicisitudes de una existencia humana común y corriente. Su vida no fue formada en la sinagogas, los seminarios o los templos, sino en la casa y el taller de trabajo. ¿No nos enseña algo todo esto? Porque debemos comprender que su vida en la tierra es la fuente y el modelo a partir del cual Dios habrá de dar forma a todos sus hijos hechos conformes a su imagen (la imagen de su Hijo).

La clase de vida que Cristo manifestó es, necesariamente, la única posible para los hijos de Dios, pues él es tanto la fuente como el modelo de vida para la iglesia.

Por esta razón, no es suficiente considerar a Cristo sólo como un modelo a imitar (por Ej. la escuela del ¿qué haría Jesús en mi lugar?) ya que una comprensión así fallaría por completo al no discernir que para realizar las obras de Cristo es imprescindible poseer la misma vida que Cristo, el Señor.

Este es un punto central, que tantos cristianos ignoran o parecen ignorar. Piensan que es suficiente con el esfuerzo y capacidad meramente humanos. Pero la vida humana jamás podrá imitar la vida divina. Es un asunto de naturaleza, porque lo nacido de la carne es solamente más carne.

El mejor y más acucioso esfuerzo de la naturaleza humana jamás podrá producir un solo gramo de vida divina, porque, como el Señor enseñó, no se cosechan higos de los espinos, ni se vendimian uvas de los abrojos.

¿Pero, no era humano Jesús? Ciertamente, mas con una gran diferencia. Cristo era verdaderamente humano, en un sentido que nadie antes de él poseyó jamás. Sin embargo, recordemos que el hombre fue creado para contener una vida más alta que la suya, destinada a ser el centro de su existencia. Mas Adán, el primero, escogió desligarse de esa vida superior e

intentar vivir por el poder de su vida meramente humana. Así se convirtió en el hombre caído, o en palabras de Pablo, el viejo hombre.

Pero Cristo entró en el mundo para reparar el daño causado en el principio. Él, a diferencia de Adán, rehusó vivir por el poder de su naturaleza humana, esto es, se negó a tener una vida propia, separada de Dios. De ahí que la tentación del diablo siempre apuntara a desligarlo de la vida divina. Su intención era llevarlo a actuar de manera autónoma. Por esto sus palabras «*si eres hijo de Dios*» (Mt. 4:3), es decir, si fueses realmente divino tú harías esto o aquello por tu cuenta sin consultar a nadie (lo que de paso demuestra la absoluta incapacidad de Satanás para comprender la naturaleza divina). Mas todo su esfuerzo resultó vano. La serpiente antigua fue completamente derrotada, pues Cristo habría de vivir hasta su muerte por medio del Padre. Todas sus facultades humanas, su intelecto, emociones y voluntad, se rindieron sin limitaciones a la acción de la vida divina que moraba en él.

De esta manera, en él la naturaleza humana encontró al fin el sentido para el cual fue creada: ser un instrumento para la plena expresión de dicha vida celestial en el orbe visible.

El secreto de su iglesia

El secreto de Cristo estaba en la fuente que nutría su vida. Sus obras exteriores y visibles brotaban de una vida interior que procedía directamente del Padre. No obstante, mientras Jesús estuvo en la tierra era el único hombre que poseía esa clase de vida. Es decir, en él la vida divina se encontraba confinada por las limitaciones físicas de su humanidad. Hasta ese momento sólo Cristo tenía la imagen de Dios. Mas el hombre que Dios buscaba en el principio no era un individuo único e irrepetible, sino una realidad más amplia y articulada. Él deseaba que su Hijo fuese la cabeza de un cuerpo constituido por muchos hombres, que conformarían una sola cosa con él; o,

en otras palabras, un hombre corporativo que viviese por medio de él

¿Cómo lograría el Señor su objetivo? Pues bien, él se refirió a ello al menos en dos oportunidades. La primera, cuando habló de sí mismo como el pan que descendió del cielo. Sus palabras fueron, *«como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí»* (Jn. 6:57) . Es decir, tal como el Padre es la vida, el centro mismo de mi ser, yo vendré a ser la vida, el centro mismo de la iglesia.

Nunca podremos enfatizar esto demasiado. El Padre es la fuente de todo cuanto Jesucristo es; Jesucristo es la fuente de todo cuanto la iglesia es.

He aquí la importancia de lo que Juan nos enseña. Su fin es, como hemos visto, revelacional y práctico a la vez. Por una parte, busca revelarnos el fundamento eterno e incommovible de la iglesia. Por otra, la forma práctica de su relación con Cristo, su fundamento, porque la iglesia ha de vincularse con Cristo del mismo modo en que él se relaciona con el Padre.

Su significado práctico es que solamente en Cristo la iglesia puede obtener vida, poder, instrucción, dirección, sabiduría y fortaleza. Esto significa, experimentalmente, el vivir por medio de él. Pues, así como Cristo caminaba, vivía y respiraba por medio del Padre, nosotros (su iglesia) hemos de caminar, vivir y respirar por medio de Cristo. Ese era el «secreto» de Cristo, y este es también el glorioso e inefable «secreto» de la iglesia. *«Yo en ellos y tú en mí»*, dijo el Señor refiriéndose a esta verdad fundamental, que tantos cristianos parecen ignorar o desconocer casi por completo, *«porque separados de mí nada podéis hacer»* (Jn. 15:5).

Ahora bien, la segunda oportunidad en que el Señor se refirió al nacimiento de la iglesia se encuentra en la parábola del grano de trigo: *«si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto»* (Jn. 12:24).

En este pasaje, el Señor Jesús nos habla sobre el sentido de su próxima muerte, comparándose con un grano de trigo. Mientras su exterior permanezca intacto, la vida que bu-

lle en su interior no podrá multiplicarse. Para que esto ocurra, debe ser enterrado y morir, es decir, su envoltura exterior debe ser quebrantada y molida para que desde adentro surja la vida que luego crecerá y se multiplicará como una espiga cargada con cientos de granos nuevos.

Y esto fue lo que, precisamente, ocurrió. Antes de morir, sólo el Señor poseía la vida como Hijo Unigénito de Dios; mas, porque aceptó morir en la cruz, fue posible que dicha vida se liberara y expandiera hasta nosotros, transformándose así en el primogénito entre muchos hermanos (Ro. 8:29). De esta manera, dio nacimiento a la iglesia que es carne de su carne y hueso de sus huesos. Y Dios obtuvo, finalmente, el hombre corporativo que buscaba en el principio, al que Pablo llama también el nuevo hombre (Ef. 2:15).

La muerte del Señor tuvo entonces un doble objetivo: por un lado, en su aspecto negativo, rescatarnos del pecado, librándonos de Satanás y de la muerte. Por otro, en su dimensión positiva, consumir el designio eterno del Padre, dando su vida a la iglesia, la raza celestial que lleva consigo su propia imagen.

Este es el fundamento eterno e incommovible revelado a Juan y los demás apóstoles durante aquellos gloriosos años: Cristo, el Hijo de Dios. *«Separados de mí, nada podéis hacer»* fue su lección más importante para quienes más tarde deberían enfrentar la inmensa tarea dar forma histórica a dicha iglesia. Mas, la obra ya estaba hecha, y el fundamento establecido. Dios mismo puso el fundamento. *«Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo»* (1Co. 3:11).

¿Podemos ver, ahora, cuán absolutamente cristocéntrica es la obra de Dios y por lo mismo, cuan cristocéntrico debe ser el ministerio de quienes le sirven? Precisamente los años que Jesús paso junto a sus apóstoles tuvieron como objetivo establecer este fundamento incommovible en sus vidas, pues finalmente, tras vivir con él durante 24 horas diarias, por alrededor de 1.100 días seguidos, llegaron a conocerle de una manera profunda, íntima y real.

Su carácter, metodología, ternura, compasión y paciencia, así como su modo de tratar a la gente, su dedicación sin límites, su amor ardiente por el Padre y su voluntad se fueron adhiriendo en cada fibra de sus discípulos, compenetrándolos y traspasándolos hasta la misma médula de su existencia. Y, simultáneamente, aquella vida fue irradiándose entre ellos, amasándolos, entretejiéndolos, suavizando aristas y asperezas, creando lazos indestructibles de amor, cuidado, paciencia, tolerancia y perdón.

Los largos años que siguieron habrían de probar colosalmente aquellos lazos. Pero es un tributo perenne al maestro que los formó el que nunca, aún durante las crisis más severas, aquellos lazos pudieron ser destruidos.

Y esta fue la matriz histórica de la iglesia, aunque su origen, como hemos visto, se remonta a la eternidad.

Capítulo III: La Obra del Espíritu

Después de su muerte y resurrección, el Señor reunió a sus discípulos y les mandó que esperasen juntos la venida del Espíritu Santo. Tal como hemos visto, verdaderamente el grano de trigo había sido enterrado, molido y de su interior había brotado una vida ilimitada. El pan había sido partido y entregado. ¿Qué faltaba entonces? Una palabra lo define: Pentecostés.

Históricamente, se trataba de una fiesta judía cuyo significado era más bien oscuro. ¿La razón? Todas las fiestas hebreas se habían instituido para recordar algún acontecimiento memorable del pasado. No así Pentecostés.

Su sentido según el Antiguo Testamento era dar gracias por los primeros frutos y se celebraba 50 días después de la Pascua. Siguiendo la tradición, ese día un sacerdote descendía hasta los campos de trigo y recogía las primeras espigas repletas con dorados granos maduros. Después de quitar cuidadosamente los granos de las espigas, los molía hasta formar una harina suave con la que amasaba un pan. Acto seguido, ponía el pan en un horno caliente y lo cocía. Cuando al fin estaba listo, retiraba el pan del fuego y, levantándolo con ambas manos, lo dejaba sobre el altar de Dios como una ofrenda de acción de gracias.

Ahora bien, la obra de Dios tiene siempre una dimen-

sión objetiva y otra experimental (subjetiva). Objetivamente, Cristo en su muerte y resurrección consumó plenamente el propósito de Dios. En él la iglesia, eterna en los cielos, fue constituida, santificada, perfeccionada y glorificada. En este sentido, debemos aceptar que la obra del Señor es perfecta y absoluta; nada más puede serle añadido. Nuestra fe debe apoyarse en la verdad (realidad) incommovible de lo que Dios hizo en Cristo y entonces, a partir del hecho objetivo, surgirá la experiencia. Y, aunque nuestra experiencia en la tierra puede cambiar, la realidad misma permanece inalterable en los cielos; aunque la expresión tangible de la iglesia se encuentre en franca decadencia, con todo permanece el hecho de que nuestro Señor y su obra jamás decaen ni cambian. Lo que era verdad ayer acerca de la iglesia, aún es verdad hoy y seguirá siendo verdad mañana (por ello, aún hoy, cualesquiera sean nuestras circunstancias, siempre podremos volvernos al fundamento eterno para encontrar allí la misma riqueza, poder y gloria que experimentaron nuestros hermanos de antaño ¡El Señor es el mismo ayer, hoy y por los siglos!

Mas él desea que su iglesia sea una realidad palpable entre los hombres. Por esta razón, si elevamos nuestros ojos, abandonando toda otra esperanza o fortaleza, para contemplarle únicamente a él en su trono de gloria, reconociéndole como Señor absoluto y soberano, aún es posible que la gloria del principio nos sea restaurada.

Precisamente, aquel principio histórico fue Pentecostés. El aspecto objetivo de la obra divina estaba consumado, más aún debía realizarse en el tiempo. Es pues la hora del Espíritu Santo, cuando la oscura fiesta de los primeros frutos se hará realidad.

El trigo ha sido molido, convertido en harina y amasado. Más aún falta un ingrediente esencial para convertirlo en pan. La masa requiere para ello un elemento transformador: el fuego que actúa dentro de ella hasta convertirla en un pan verdadero.

Por ello, el Señor mandó a sus discípulos esperar. Durante tres años habían sido partidos, molidos y amasados bajo

su cuidado constante, mas aún les faltaba ese elemento transformador. Mientras Cristo estuviese con ellos, eran llevados a una dimensión de vida más alta; pero, apenas faltaba su presencia, volvían a recaer en su antigua vida natural. La prueba está en que, después de la resurrección y habiendo quedado solos, pronto volvieron a Galilea para practicar su antiguo oficio de pescadores.

Por cierto, había en ello una gran limitación. No obstante, Cristo les había hablado del Espíritu de Verdad que vendría a morar con ellos para siempre. *«Os conviene que yo me vaya»*, les dijo, pues si no, *«el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré»* (Jn. 16:7). ¿Por qué hizo el Señor una afirmación tan extraña? La razón es simple: aunque Cristo estaba presente en medio de sus discípulos, en su interior continuaban siendo meros hombres sin vida divina. Su relación con él aún era de carácter externo y, en rigor, no constituían todavía la iglesia de Cristo. No, hasta que tuviesen la misma vida de Cristo.

Pero el vaso había sido preparado y en un aposento alto 120 personas oraban sin cesar esperando una promesa de su Señor. ¿De qué se trata esa promesa? Ni siquiera lo sospechan. Simplemente esperaban con sus corazones expectantes vueltos hacia Dios. *«Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un gran estruendo, como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno»* (Hch. 2:1-2) ¿Qué significado tuvo todo esto? Sólo uno: ique el Espíritu Santo descendió del cielo, y con su venida nació, en el tiempo y la historia, la iglesia de Jesucristo, el Nuevo Hombre celestial!

El Señor es el Espíritu

Así podemos comprender el extraordinario acontecimiento que tuvo lugar el año 33 en Jerusalén. Desde toda la

eternidad el cielo había aguardado ese momento. La misma creación, sometida a vanidad por el pecado, lo estaba esperando (Ro. 8:19-20). Y si hemos entendido el propósito de Dios, no podremos menos que alabarle por lo que ocurrió ese día.

¿Pero, que aconteció realmente en Pentecostés? ¿Por qué es tan importante? Pues, sencillamente porque ese día Dios tomó su propia vida, la vida de su Hijo liberada por la cruz y la resurrección, y la plantó en aquel grupo de hombres que esperaba su llegada. Más aún, la derramó sobre ellos sin medida hasta rebasarlos por completo.

En un instante, aquellos hombres y mujeres fueron saturados, sumergidos, quemados, renacidos y vivificados en la vida celestial. El mismo resucitado Señor de la Gloria había venido sobre ellos, más íntimo y real que nunca antes. Y ahora cada uno podía experimentarlo en lo profundo de su ser. Un río de inexpresable amor fluía entre ellos, haciendo que cada uno mirara al otro como alguien de valor inestimable.

¡Oh, Gloria a Dios! Sin duda, aquellos hombres habían sido injertados en el corazón de la vida, en aquel río eterno que fluye desde el Padre hacia el Hijo y desde el Hijo hacia el Padre, pues la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo de Dios, había venido sobre ellos. De pronto aquella vida que antes habían visto únicamente en Cristo, su comunión con el Padre, su amor, su obediencia, su autoridad, su poder (y aún mucho más) estaba también dentro de ellos, desbordándoles por completo.

En tan sólo un breve momento, el Espíritu Santo había convertido a aquel grupo de hombres en la iglesia, llamada a manifestar en la multiforme expresión y relación de sus miembros, la vida y la autoridad de Cristo sobre la tierra. A continuación, procuraremos entender más plenamente el significado de este extraordinario suceso.

Si recapitulamos un poco, recordaremos que en el principio, antes de la creación del hombre, se realizó un consejo al interior de la misma deidad: *«entonces dijo Dios, **hagamos** al*

hombre...» Con anterioridad, se vio que la expresión «hagamos» establecía que en la creación del hombre habría de intervenir la totalidad de Dios, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ya hemos comprendido que dicho hombre no es en absoluto un individuo específico, sino un hombre corporativo, que tiene a Cristo por cabeza. Hasta el momento, hemos visto, además, como el Padre es el principio de todo el plan divino y el Hijo, aquel en quien su plan fue realizado. ¿Cuál es, entonces, la obra distintiva del Espíritu Santo? Antes de responder a esta pregunta se hace necesario realizar una importante aclaración.

La obra de Dios es una e indivisa, lo cual significa que tanto el Padre, como el Hijo y el Espíritu Santo realizan una y la misma obra. En la eternidad el Padre diseñó un plan, un designio que el Hijo consumó en el tiempo y la historia. A continuación, la tarea específica del Espíritu consiste en tomar la obra perfecta de Cristo y aplicarla en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, a fin de dar forma y realidad concretas a la iglesia, que es su cuerpo. De esta manera la obra del Hijo es igual y equivalente a la del Padre; y la obra del Espíritu, igual y equivalente a la obra del Hijo. Y así como la obra de Cristo procede completamente del Padre, también la obra del Espíritu procede completamente de Cristo. Su presente misión consiste en tomar todo lo de Cristo y traspasarlo a la iglesia, a fin de vestirla, perfeccionarla y, finalmente, llevarla a la gloria como una novia santa y sin mancha.

Por tanto, sólo por intermedio del Espíritu Santo la autoridad, dirección, vida y poder de la cabeza, el Señor Jesucristo, se hacen presentes y reales en todo el cuerpo.

Veamos las palabras del Señor al respecto:

«Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad» (Jn. 16:13).

«El me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber» (Jn. 16:15).

«(El Espíritu) no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán

de venir» (Jn. 16:13b).

«El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñara todas las cosas» (Jn. 14:26).

«El Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir, por que no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora **con** vosotros y estará **en** vosotros» (Jn. 14:17).

«Habéis oído que ya os he dicho: Voy y vengo a vosotros» (Jn. 14:28).

«En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros mí y yo en vosotros» (Jn. 14:20).

«Porque yo vivo, vosotros también viviréis» (Jn. 14:19).

He aquí el significado de Pentecostés. Cristo mismo se derramó en plenitud sobre aquellos hombres por medio del Espíritu Santo. Así nació la iglesia que es su cuerpo.

A partir de ese momento supremo sus palabras y obras, su muerte, resurrección y ascensión adquirieron un nuevo poder en la vida de aquellos creyentes. Un velo cayó desde sus ojos, el corazón se les aclaró y la gloria del Señor brilló allá adentro en lo profundo de su ser, porque el Espíritu Santo estaba en acción. Hasta ese momento su conocimiento de Cristo era parcial y limitado. A partir de entonces, le conocerían como quien realmente es: el Cristo resucitado, Señor y vida de la iglesia, soberano rey del universo, principio y fin de todo lo creado. Y siempre presente en medio de los suyos.

Por esta causa, cada vez que pensemos en el Espíritu Santo, consideremos esto: La totalidad de lo que Cristo es mora con su divina persona dentro de nosotros.

Ahora bien, en la actualidad, se habla mucho acerca del Espíritu Santo y su relación con los creyentes. Casi siempre se le muestra como una especie de amigo, colaborador y compañero de servicio o ministerio. No obstante, el Espíritu Santo es alguien completamente distinto, pues él es verdaderamente Dios.

El apóstol Pablo nos dice lo siguiente en 2 de Corintios 3:17: «Porque el Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu

del Señor, allí hay libertad». Vale decir que el Espíritu está en la iglesia para expresar la autoridad y el señorío de Jesucristo sobre ella. Él descendió para dirigir, vivificar y edificar al cuerpo de Cristo. Por su divina intermediación, Cristo está presente gobernando y edificando su iglesia todos los días hasta el fin de todas las cosas.

Por ello el Espíritu no actúa por su propia cuenta o iniciativa, ni habla acerca de sí mismo, sino que revela y ejecuta la voluntad de Cristo en medio de los suyos. Sujetarse a su operación es sujetarse al Señor. De ahí que nuestra mayor necesidad en el tiempo presente es experimentar su obra en lo interior, pues él y solo él, nos puede introducir en la vida del Señor resucitado.

¿Podemos ver la importancia de todo este asunto? No estamos frente a una cuestión opcional. El Espíritu Santo descendió en Pentecostés para asumir el mando de las operaciones. A partir de ese momento, la evangelización, multiplicación, extensión y el establecimiento de la iglesia corren por su cuenta. Él mismo se ha hecho cargo de todo el asunto, pues como se ha dicho antes, sólo lo que nace de sus manos puede ser llamado la iglesia de Jesucristo, tal como Eva sólo pudo ser formada a partir de la carne de Adán por las manos de Dios.

Nada de lo que nosotros realicemos por nuestra cuenta tiene derecho a ser llamado por ese nombre. Pues por mucho talento, imaginación, esfuerzo y capacidad que pongamos en ello, lo mejor que podremos producir será siempre heno, madera y hojarasca. No debemos equivocarnos en este punto: el Espíritu Santo no es nuestro colaborador, ni mucho menos nuestro «socio» para edificar los vastos imperios soñados por nuestra mente carnal, o aquel importante ministerio personal, ni nada que proceda de nosotros mismos. ¡Oh, no! Él está aquí con una misión infinitamente más grande que nuestras pequeñas particularidades: revelar y glorificar a Jesucristo en medio de la iglesia. Su objetivo es llevarnos a caminar en una íntima comunión con el Señor y a participar de la totalidad de su vida y su obra. Esto es lo que reclama toda su atención en esta época.

Un ejemplo histórico

La iglesia sólo puede ser edificada en el poder del Espíritu Santo. En la Biblia encontramos un notable ejemplo sobre su importancia vital en la edificación de la casa de Dios. Era el tiempo de la restauración post-cautividad y en aquella oportunidad las palabras de Dios dirigidas a Zorobabel expresaron la misma verdad.

La Escritura relata que aquel príncipe de la Casa de Judá había retornado junto con un pequeño remanente de judíos para reedificar el destruido templo de Jerusalén, a partir de un decreto dado por Ciro, rey de los persas. Mas, cuando arribaron a su antigua tierra, el panorama no pudo ser más desalentador.

De la otrora hermosa Jerusalén sólo quedaban ruinas y desolación. Además, tras su larga ausencia, otros pueblos se habían asentado en la región y, por supuesto, no estaban en absoluto dispuestos a permitir que un minúsculo grupo de judíos retornados los echase de allí.

La situación no era muy favorable para aquellos hombres y mujeres. Muy pronto se desalentaron y dejaron abandonada su obra por varios años. Sin embargo, a pesar de todo, Dios les había llamado a reedificar su santo templo.

Con seguridad, podemos vislumbrar la angustia y el temor que se había agolpado sobre sus corazones. Imaginemos por un momento a Zorobabel y los líderes del pueblo reunidos para debatir el asunto durante una ominosa noche en su cuartel de campaña. Se evaluaron las alternativas y todas parecieron bastante malas. Ellos eran un grupo pequeño y mal armado, mientras que un poco más allá, un poderoso contingente de guerreros se aprestaba para avanzar sobre su campamento y destruirlos por completo. Las cartas de amenaza estaban allí, delante de sus ojos, extendidas sobre la mesa bajo la vacilante luz de la lámpara.

¿Qué harían en esa hora terrible? Dios les había traído hasta allí ¿O, quizá no? Nada parecía ya tan seguro en ese momento de prueba. Entonces uno de ellos, tal vez el mismo

Zorobabel resumió el punto central de su problema: «Somos débiles y no tenemos la fuerza suficiente para acabar la misión que nos trajo hasta aquí. Si pudiésemos contar con un ejército lo suficientemente grande y equipado muy pronto todos nuestros problemas estarían resueltos. El desánimo se apodera de nuestra gente y muchos han desertado de la empresa. La solución es aliarnos con un algún vecino poderoso, o bien resignarnos a no acabar jamás nuestra misión. No tenemos opción. Nuestras familias están en peligro y no podemos exponerlas por mucho tiempo».

Mas, precisamente en aquel momento desesperado otro hombre entró en escena. Todos lo conocían muy bien; era Zacarías, el profeta de Dios. Los hombres se hicieron a un lado y Zacarías caminó lentamente hacia el príncipe. Se detuvo frente a él y mirándole fijamente, con un fulgor extraño en los ojos, le dijo: - Zorobabel, no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor, Jehová de los ejércitos (Zac. 4:6).

¿Podemos comprender las palabras del Señor? Su sentido se puede parafrasear así: - Zorobabel, mi casa no se edifica con la fuerza ni el talento de ningún hombre; ni necesita de los métodos y habilidades que el mundo pueda prestarte. Todo eso es abominable para mí. No es así como podrás cumplir tu misión. Para edificar mi casa sólo se requiere una cosa: mi Espíritu. Él vale más que toda la fuerza y los ejércitos que puedas conseguir. Es cierto, ustedes son débiles y tienen poca fuerza, mas si tú y mi pueblo se apoyan exclusivamente en él, desechando toda otra fortaleza, bajo su poderosa unción y dirección, tus manos echarán los cimientos de mi casa y tus manos la acabarán.

La historia posterior nos dirá que aquellos hombres se atrevieron a creer a las palabras del Señor y que su casa, contra toda esperanza, fue reedificada en medio de Jerusalén, para gloria de Dios y confusión de todos sus enemigos. No se requirió para ello ningún ejército; sólo el Espíritu de Aquel que puede superar todas nuestras limitaciones.

Existe una profunda lección en esta historia. La Casa de Dios es figura de la iglesia, el verdadero templo de Dios,

mientras que Zorobabel representa a los obreros que trabajan en ella.

Como sabemos, el designio más alto de Dios es la edificación de la iglesia. No obstante, sus obreros deben aprender a edificar según su propósito eterno. No se trata, entonces, de salir y hacer la obra como mejor les parezca. A Moisés se le dijo «mira, haz todas las cosas conforme al modelo que te fue mostrado en el monte» (Ex. 25:40). Pero también sería un error tan grande como el anterior el que, habiendo visto «el modelo», sus siervos intenten hacer la obra encomendada según su propia fuerza o iniciativa. Lo que quizá resulte plenamente válido en el ámbito natural, es completamente inadecuado en el contexto espiritual, pues se requieren siervos espirituales para realizar una tarea de esta clase.

Dios no edifica su casa sobre la base de nuestras cualidades, talentos, buenas ideas o proyectos, sino únicamente sobre la base de aquello que procede de Cristo por medio de su Espíritu. Por una parte, es absolutamente imprescindible que sus siervos posean una revelación objetiva del designio divino; mas por otra, es igualmente necesario que tengan un conocimiento subjetivo y experimental del «poder de su fuerza». Watchman Nee escribió una vez que en la obra de Dios nada ha sido dejado a la iniciativa o improvisación meramente humanas¹. Es decir, que toda obra verdadera y real que se realice aquí en la tierra ha de tener este sello de fábrica divino. Al igual que ciertos productos manufacturados que muestran en una etiqueta su lugar de origen, su obra debe tener la marca de Cristo por medio del Espíritu Santo.

El servicio de los siervos de Dios ha de nacer de una profunda revelación suya en el corazón (sólo el Espíritu Santo puede revelarnos a Cristo) y de un conocimiento experimental de su fuerza y dirección. Así ocurrió después de Pentecostés en la iglesia primitiva y así debe acontecer hoy, pues los principios de Dios no cambian jamás. Esta es la importante lección de nuestro relato.

Por esta causa, al leer en el libro de los Hechos la historia subsiguiente a Pentecostés, sin duda notaremos cómo

Cristo, por medio de su Espíritu, dirige todos los acontecimientos. Ningún hombre tiene esa prerrogativa. No existe aquí ninguna cabeza visible, ningún programa para la evangelización mundial, nada de organizaciones o estructuras jerarquizadas, pues toda la dirección procede directamente desde la cabeza hacia el cuerpo.

Un desarrollo orgánico

Precisamente esa fue la cualidad esencial de la iglesia primitiva: Una naturaleza orgánica que nacía de su andar diario y constante en el Espíritu. Nacida de Cristo, su desarrollo sólo es comparable al de un organismo vivo. Esto es algo muy distinto de una organización o estructura meramente humana, porque existe entre ambos una diferencia fundamental: la vida.

Ciertamente, las organizaciones se construyen a partir de una pauta de objetivos en el tiempo, un organigrama, un diagrama de funciones, una cadena de mando, un presupuesto y una enorme cantidad de normas y reglamentos. Así funcionan, básicamente todas las instituciones humanas, desde una empresa transnacional hasta un club deportivo de barrio.

En este sentido, la organización es una entidad independiente de las personas que la constituyen. Los cargos están predefinidos, así como también las conductas que se esperan de cada persona dentro del esquema organizacional. Por ejemplo, en una empresa determinada existe el cargo de Gerente de Finanzas, que es independiente del Sr. Julián Fernández, quien desempeña actualmente dicha función. Si dicha persona decidiera retirarse por cambio de trabajo, el cargo no parte con él, pues en su nuevo trabajo fue contratado para ejercer como Gerente de Producción. Otra persona será contratada para desempeñar su antigua función, pues la organización existe con independencia de las personas que la constituyen en un momento dado. La organización necesita alimentarse de esas personas, pero ella nunca es lo mismo que esas personas. Siempre permanece como un ente externo, por encima de aquellos

que la conforman.

Consideremos por otra parte a la iglesia que es un cuerpo, es decir, un organismo vivo. También encontramos en ella diferentes funciones en mutua interacción, pero con una importante diferencia: dichas funciones son inseparables de los miembros que las realizan, quienes no se encuentran unidos por un reglamento u organigrama independiente y externo, sino por una vida interna común.

La pertenencia de cada miembro no está determinada por un cargo específico, sino por su relación interior con la vida que sustenta a todo el cuerpo. De ella surgen espontáneamente la función, la estructura (orden), y la mutua dependencia que existe entre sus miembros.

Pero, la iglesia misma no existe con independencia de quienes la constituyen, porque el cuerpo es lo mismo que los miembros que lo conforman y la suya es una unidad vital y orgánica. Allí donde están los hijos de Dios está la iglesia, pues ellos, y solo ellos, tienen el derecho de llevar ese nombre. Ninguna otra cosa lo tiene, porque nada más posee la vida que sólo a ellos le ha sido concedida.

El Espíritu Santo descendió para habitar en personas de carne y hueso, y no en organigramas, instituciones, reglamentos, normas, edificios y jerarquías. La tragedia de gran parte de nuestra historia cristiana está precisamente en este punto, pues son esta clase de cosas las que, en el transcurso del tiempo, han tomado para sí el nombre de iglesia. El problema radica en que ellas no son, ni podrán ser jamás la iglesia de Jesucristo en la tierra. Les falta para ello el elemento esencial: la vida.

Podemos tomar el ejemplo de una semilla. A pesar de ser pequeña y casi insignificante, puede llevar en su interior todo un árbol, con sus ramas, flores y frutos. Y esta es la maravilla de la vida que habita en la semilla; si se le da una oportunidad comenzará a expandirse espontáneamente para dar forma a su vocación original. Primero brotará un tímido renuevo, después una hoja, luego otra, una delgada ramita por aquí, otra por allá, hasta que finalmente un robusto árbol extienda

sus verde follaje bajo el cielo. ¿De dónde provino él árbol? Simplemente de la vida encerrada en la pequeña semilla que, una vez liberada, creció y se desarrolló hasta realizar su íntimo designio.

Es el secreto poder de la semilla y también es el secreto exclusivo de la iglesia. Nada en este mundo es semejante a ella, porque nada posee su carácter sobrenatural.

En Jerusalén, cuando el Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés, la vida liberada por Cristo en la cruz descendió para formar una iglesia de naturaleza sobrenatural, es decir, espiritual. Ese mismo día nació el apostolado, luego las reuniones en las casas, la comunión entre los hermanos, el venderlo todo y tener todas las cosas en común, la persecución y el martirio, la expansión hacia los gentiles, los profetas y maestros, los ancianos, los diversos dones y toda aquella gloriosa experiencia que se relata en el libro de los Hechos y las epístolas. Y esto no fue producto de ningún plan anticipado, ningún proyecto concebido por la mente de un hábil organizador, ninguna capacidad visionaria de un «gran hombre de Dios», pues entendámoslo bien, todo, absolutamente todo, surgió de Cristo por medio del Espíritu Santo.

¿Mas, no fueron los apóstoles quienes estuvieron a cargo desde el principio? ¿No hubo un Pablo y un Bernabé que fundaron y establecieron iglesias?

Por cierto, pero los apóstoles fueron preparados por el Señor para andar en el Espíritu. Durante tres años, bajo su cuidado constante, fueron despojados, lavados y purificados de todos sus proyectos personales, motivos ocultos, buenas ideas, ambiciones, deseos de poder, individualismo, y autosuficiencia. Los hombres que recibieron el Espíritu Santo en el aposento alto eran vasos dóciles, quebrantados y conscientes de su propia debilidad y fracaso. Habían sido formados para andar en el Espíritu y permitir que él asumiera el control de toda la situación. Sin duda, eran los obreros encargados de establecer el fundamento de la iglesia y en sus manos estaba la misión de darle una expresión visible y concreta, pero para ello no exhibían más credenciales que el conocer a Cristo de una

manera profunda y experimental y el ser hombres dóciles a la dirección de su Espíritu. Hombres que se movían cuando él se movía, pero que también se estaban quietos cuando él lo hacía. Obreros absolutamente conscientes de su propia incompetencia y plenamente conscientes de la competencia de Dios.

Sólo esta clase de hombres estaba capacitada para ejercer el apostolado y cargar con la responsabilidad de establecer la casa de Dios en la tierra.

Los hombres que vinieron tras ellos, ancianos, profetas y maestros, quienes lideraron en las iglesias establecidas por los apóstoles, fueron formados a partir del mismo patrón de experiencia. El Espíritu Santo los preparó en el contexto de la vida de iglesia. Allí aprendieron a caminar con él en plena confianza y dependencia junto con todos sus hermanos, experimentando como la vida actúa y se expresa a través de todo el cuerpo según las diferentes funciones de cada miembro. Aprendieron a reconocer esa vida, sujetarse a ella en las diferentes circunstancias y entregarse plenamente a su dirección, tal como lo habían aprendido de Cristo los apóstoles y así mismo enseñaron en todas las iglesias que establecieron.

En conclusión, la iglesia, tanto en su naturaleza como en su expresión práctica, no puede contener nada que tenga un origen meramente terrenal. Y para realizar una obra de tal envergadura, sólo existe uno capaz y suficiente, el Espíritu Santo de Dios. Pero, se ha visto también, que para realizar su tarea el Espíritu requiere la participación conjunta del todo el cuerpo de Cristo. Pero además, con miras al establecimiento de dicho cuerpo, requiere primero el ministerio de los apóstoles del Señor con prioridad sobre cualquier otra cosa, ya que, como se ha dicho, toda obra nacida en Dios debe tener un signo distintivo de su origen espiritual.

¿Qué puede certificar ese origen? ¿Cuáles son sus rasgos distintivos? La respuesta a estas preguntas es extremadamente importante, pues nos lleva directamente a uno de los asuntos esenciales de su obra. Para ello debemos profundizar en la tarea singular de quiénes son el instrumento específico

que Dios ha designado para el establecimiento de su iglesia en la tierra. Nos referimos, por cierto, a los apóstoles u obreros del Señor.

Notas

1. “Dios no ha dejado nada a la imaginación o voluntad humana. No es nuestro lugar, entonces, el de sugerir cómo pensamos que la obra divina debe ejecutarse, sino preguntar en todo: ¿Cuál es la voluntad del Señor?”. **La Iglesia Normal, Watchman Nee.**

Capítulo IV: ¿Quién es Suficiente?

"E difificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor" (Ef. 2:20-21).

«Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles" (1Co. 12:28).

«Yo (Pablo) como perito arquitecto puse el fundamento y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica» (1Co. 3:10).

«Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (2Co. 2:16).

El Señor ha designado apóstoles para establecer su iglesia en la tierra, pues en el orden divino ellos son los iniciadores, los obreros encargados de poner el fundamento de Jesucristo.

En la analogía paulina, la iglesia es representada como un edificio cuyo cimiento, Jesucristo, es colocado por los apóstoles y profetas. Nuestra atención se concentrará, por ahora, en los apóstoles o enviados. Más adelante nos ocuparemos de los profetas, cuando consideremos la vida y la práctica de las iglesias locales.

Constituyó primero apóstoles

Ahora bien, el componente primordial de una edificación es el fundamento. Antes de levantar cualquier otro aspecto de un edificio debe resolverse la cuestión del cimiento. Más aún, el éxito y la supervivencia de la estructura superior dependen de la base que la sustenta.

El Señor nos habló acerca de esto en la parábola del hombre que levantó su casa sobre la arena y de aquel otro que lo hizo sobre la roca. El producto del esfuerzo de cada uno fue probado sucesivamente por las lluvias, los vientos y los ríos. ¿El resultado? Mientras la casa de uno permaneció intacta, la otra quedó absolutamente arruinada. La diferencia entre ambas, nos dice el Señor, estaba en el fundamento. Uno era de arena; el otro, de roca sólida e inmovible. Lo importante, en conclusión, es edificar sobre el fundamento correcto.

Ya hemos visto que el fundamento eterno de la iglesia es Cristo. De él procede todo cuanto ella es. Por otra parte, hemos considerado también que la obra de Dios tiene una dimensión práctica y experimental. Todo cuanto ha sido consumado en Cristo ha de tener una expresión visible e histórica, pues la iglesia, eterna y celestial, ha de manifestarse concretamente en la tierra.

Dicha expresión, no obstante, no es una cuestión opcional o trivial, que depende de la iniciativa de los hombres. Existe solo una forma capaz de dar expresión plena al deseo de Dios y esta quedó registrada en las páginas del Nuevo Testamento, en el ejemplo específico de las iglesias fundadas por los apóstoles. Si queremos caminar según el corazón del Señor, sin duda buscaremos volver no sólo al contenido sino también a los principios originales. Y en ese caso, nuestra búsqueda nos conducirá a aquellos que Dios puso como iniciadores. A los hombres llamados por él para poner el fundamento de la iglesia: los apóstoles de Jesucristo.

Si queremos ver nuestra experiencia cristiana restaurada al patrón original no podemos soslayar este punto, pues, como se ha dicho, los principios de Dios no cambian jamás.

La restauración de la vida y práctica de la iglesia a su forma primordial, tal cual ha sido pensada por él, requiere antes que cualquier otra cosa la obra específica de estos obreros del Señor.

La iglesia, nos dice Pablo, se edifica sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. Nadie más está capacitado y comisionado para hacer esta obra. Ellos son las piedras que primero se elevan sobre el fundamento, es decir, los dones que Dios puso primero en la iglesia según el orden de edificación. Sobre ellos y su obra ha de elevarse toda la casa.

No obstante, en la perspectiva de Dios, dicho lugar «principal», no tiene una connotación jerárquica, ni dice relación con una cadena de mando. Ellos no son, en ningún sentido, la cabeza de una organización llamada «iglesia». Por cierto, representan en cierto modo la expresión más alta de la autoridad divina, mas dicha autoridad es funcional y espiritual.

¿Qué queremos decir? Recordemos que la iglesia es un cuerpo, y como tal, algo muy distinto de una organización humana. Sin embargo, la mente natural está acostumbrada a concebir la autoridad como una cadena de mando, donde la «máxima autoridad» se encuentra en la cima jerárquica de dicha cadena, llámese ésta presidente, gerente general, comandante, obispo, pastor principal o cualquier otro nombre que se le asemeje. Pero en la iglesia de Cristo el asunto es completamente distinto, pues ella fue creada para que Cristo tuviese la preeminencia sobre todas las cosas. Nadie puede constituirse en «cabeza visible» de la iglesia, sin quebrantar esta verdad, pues el cuerpo tiene y tendrá siempre una sola cabeza: Jesucristo. Ninguno más que él tiene derecho a ocupar ese lugar de privilegio. «El primero de vosotros, - les dijo el Señor, será vuestro servidor».

Por ello, los apóstoles, quienes representan en la práctica la autoridad espiritual más alta, han sido puestos como las primeras piedras y en cierto sentido, como los postreros de todos. Su lugar es una completa paradoja que hace resaltar el poder de Dios. Ellos han sido enviados con la autoridad de establecer la iglesia de Cristo en la tierra, mas para ello no

pueden contar con otras armas que aquellas que provee el Espíritu de Dios. Su obra ha de ser completamente espiritual. Nada que sea meramente humano, ninguna capacidad, fortaleza o autoridad meramente natural puede introducirse en su tarea, pues han sido comisionados para hacer una obra que no les pertenece en absoluto. Otro les envía, y junto con ello le señala tanto la forma como el contenido de su misión. Nada se deja a su propia iniciativa o improvisación.

Para comprender mejor su singular posición podríamos imaginar tal vez la siguiente escena, con un fin puramente explicativo: el Señor reúne a sus obreros y extiende delante de ellos un plano maravilloso. *«Esta es mi iglesia», les dice, «y esto que ustedes ven acá, en la base, es el fundamento. Grábense bien su forma, sus medidas y cada uno de sus detalles hasta lo más ínfimo, pues ustedes tienen la misión de ir y hacer reales estos planos. No pueden, ni deben agregar o quitar nada a lo que les ha sido mostrado, pues no es su obra la que van a establecer. No obstante, antes de ir deben saber que ustedes no tienen ni la fuerza, ni la capacidad para realizar esta obra. Así pues mi Espíritu vendrá sobre ustedes para recordarles todo lo que han visto y capacitarles para su tarea. Cada día de su vida deben morir a sí mismos y entregarse a su vida y dirección. Solo así podrán asegurarse el logro de su misión; de otra manera fracasarán.*

Ahora bien, su tarea es ir por todo el mundo y establecer mi iglesia. En cada ciudad deben poner el fundamento que han visto y trabajar hasta que mi iglesia sea levantada. Pero en ese preciso momento, cuando por fin comiencen a ver el fruto de su labor, deberán permitir, que otros hombres se hagan cargo de edificar sobre el fundamento que ustedes han colocado en ella. Deben estar atentos para reconocer a aquellos hombres, y cuando llegue el momento, entregarles la responsabilidad de cuidar de mi casa en cada localidad. Nunca deberán ceder a la tentación de apropiarse de mi casa, ni usar su mayor conocimiento y experiencia para ponerse a la cabeza de ella. Yo mismo seré la cabeza de mi iglesia en cada pueblo y ciudad. Sin embargo, sobre ustedes recaerá la responsabilidad por el

estado general de todas las iglesias, pues serán los primeros, y de la calidad de su trabajo dependerá la calidad de todo el edificio. Vayan, pues, con mi autoridad y he aquí yo estaré con vosotros hasta la consumación de todo».

En nuestra escena imaginaria encontramos que la comisión apostólica es específica y corre por cauces bien definidos. Su ministerio, como se ha visto, resulta absolutamente esencial. Sin ellos la iglesia jamás será edificada según la voluntad de Dios. ¿Por qué razón? Porque Dios ha establecido a los apóstoles como los iniciadores, lo cual quiere decir que sólo por su intermedio el fundamento de Cristo puede ser colocado adecuadamente.

Pablo nos dice que *«nadie puede establecer otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo»*. Y establecer ese fundamento en la vida de la iglesia es el aporte específico de los apóstoles de Cristo. Nadie más está capacitado para una tarea semejante. No podemos cambiar este hecho. Los ancianos, maestros e incluso los profetas deben trabajar a partir de la obra de los apóstoles, nunca sustituirla, pues en rigor dichos dones nacen de Cristo por intermedio del trabajo de estos obreros del Señor.

Con todo, el Señor ha provisto que ningún hombre ni ministerio tenga hegemonía en su iglesia. Por ello, una característica esencial de sus apóstoles es el «no tener morada fija». Ellos ponen el fundamento y luego se van a hacer lo mismo una vez más en otra parte. Nunca se quedan en un mismo lugar por mucho tiempo; a lo sumo, el necesario para realizar su labor, pues su misión no es erigir una iglesia que gire en torno a su ministerio sino una cuyo centro sea Cristo¹. El sello característico de su servicio es la vida que imparten por donde quiera que van; vida que brota de un profundo conocimiento del Señor, de su cruz y el poder de su resurrección.

Ciertamente los apóstoles no se improvisan, ni son el resultado de un curso rápido en pocas semanas. Se requieren un llamamiento, una comisión específica del Espíritu y años, muchos años, de caminar bajo su disciplina y formación. *«De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida»*

(2Co. 4:12) escribe Pablo a los corintios, mostrándoles el principio que rige todo su servicio en el Señor, ya que impartir la vida de Cristo es la tarea principal de un apóstol.

No obstante, para entender mejor esta afirmación debemos considerar una vez más la matriz original de donde surgió la iglesia.

Estableciendo un modelo

¿Cómo se establece el fundamento de Cristo? ¿Cuáles son sus elementos constitutivos? ¿Qué experiencia y que práctica debe ser puesta en primer lugar cuando se establece la iglesia en una localidad específica? ¿Cómo se edifica la iglesia? ¿Cuál es la norma o modelo concreto? Y más aún ¿Quién es suficiente para estas cosas?

Para responder estas preguntas quizá se necesite un apóstol de la época bíblica. Sin embargo, ya no tenemos a uno de esos hombres entre nosotros y sólo podemos de intentar una respuesta a partir de lo que las Escrituras registraron sobre las prácticas, normas de conducta y principios de los obreros neotestamentarios. Nuestra base para un intento semejante se encuentra en la misma enseñanza de los apóstoles, pues existe una firme y persistente convicción a través de todas sus cartas de que no sólo sus palabras, sino también sus principios de conducta constituyen el fundamento de vida para la iglesia:

«Lo que has oído de mí ante mucho testigos, esto encarga a hombres fieles» (2Tim. 2:2).

«El cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias» (1Co. 4:17).

“Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos” (2Ts. 2:7).

“Sino para daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis” (2Ts. 2:9).

«Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (2Cor.

11:1).

“Pero en aquello a que hemos llegado sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa” (Fil. 3:16).

“Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (Fil. 3:17).

«Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros» (2Tim. 2:14).

«Pero tú que has seguido mi doctrina, conducta, propósito, fe, ... « (2Tim. 3:10).

Estos y otros pasajes similares nos permiten asumir que en el ejemplo sobre cómo los apóstoles establecieron la iglesia en el primer siglo, el Espíritu Santo nos ha dado una norma permanente para todos los tiempos porvenir. Nada nos permite pensar que Dios ha cambiado su modo de obrar en nuestros días, sino todo lo contrario.

De acuerdo con el Nuevo Testamento, debemos ceñirnos no sólo a las palabras, sino también al ejemplo apostólico. La causa de esta convicción se encuentra en que ellos aprendieron de Cristo mismo la forma de establecer la iglesia. Simplemente procuraban ser fieles al modelo original que habían visto, oído, contemplado y palpado con el Señor (1Jn.1:1-4). Nos referimos, por cierto, a aquel núcleo original que conformó la matriz histórica de la iglesia: los doce discípulos.

No comenzaron como apóstoles, sino sencillamente como hombres comunes que, llamados por Jesús, debieron abandonarlo todo y seguirle. Así comenzó su extraordinaria aventura, destinada a cambiar un día todo el curso de la historia. No obstante, nada sospechaban entonces del alto designio al que estaban llamados, pues, entendámoslo bien, eran hombres ordinarios cuyos nombres hubiesen permanecido para siempre en el anonimato a no mediar su encuentro con Jesucristo.

Tampoco sospechaban que con ellos Dios estaba estableciendo una norma de vida y experiencia, que vendría a ser

el patrón básico para la iglesia: la vida corporativa centrada en Jesucristo. Pues, los doce discípulos fueron apartados, en primer lugar, para estar con Cristo (Mr.3:13-14). No para ejercer un ministerio, ni un servicio determinado, ni nada parecido; sino simplemente para estar con Jesucristo, conocerle y experimentar su vida.

Durante tres años estuvieron abocados casi exclusivamente a esto. Semana tras semana, día tras día, hora tras hora, vivieron para conocer a Cristo en medio de todas las circunstancias posibles. Aquella fue una experiencia profunda, intensa y gloriosa, pues era a Dios mismo a quien podían ver, tocar, y escuchar en una forma que nadie soñó jamás.

Pero no todo fue gloria durante aquellos años. También hubo fracasos, crisis, roces, peleas, y todo aquello de lo que es capaz la naturaleza humana cuando se la expone.

Y tiene que ser así. Una y otra vez fueron puestos a prueba, sólo para descubrir su propia incapacidad, debilidad y fracaso. Como se ha dicho antes, sus motivos y deseos más ocultos fueron puestos en evidencia en el contraste con la luz que emanaba del Señor. Así conocieron cuán egoístas, débiles y pecaminosos eran realmente. Este es uno de los resultados inmediatos de la vida en común con el Señor. Tarde o temprano termina manifestándose quienes somos realmente, por mucho que nos esforcemos en ocultarlo.

Algo similar nos ocurre en el matrimonio. Ante de casarnos, muchos creemos ser personas muy espirituales (por cierto, esta es una tentación más común en los solteros por la razón que se verá más adelante). No obstante, una vez que comenzamos a vivir junto a otra persona, muy pronto empiezan las dificultades. Nuestro verdadero carácter sale a luz y ya no parecemos tan amorosos, humildes y pacientes como antes.

¿Qué nos ha ocurrido? ¿Nos hemos vuelto menos espirituales? Por supuesto que no. A decir verdad, nunca fuimos tan espirituales. Nuestro problema estaba en que no lo sabíamos. Mas, una vez expuestos, todo lo artificial se derrumba.

¿Para qué? Hay una sola razón para ello, y tiene que ver precisamente con la verdadera naturaleza de la iglesia.

La operación decisiva de la cruz

Hemos dicho que la iglesia fue creada para contener y expresar la vida divina. Sin embargo, existe un gran obstáculo para que este designio se realice en nosotros. ¿Es el pecado? No ¿El mundo quizá? Tampoco ¿Satanás, entonces? Ni siquiera él. Se trata de algo mucho más sutil, apreciado y absolutamente ignorado por una gran mayoría de cristianos. Me refiero, concretamente, a nuestra propia naturaleza humana, repleta de legítimos afectos, nobles ideales, temores, esperanzas y completamente inútil para Dios, a la cual algunos han llamado también vida del yo. Ella y sólo ella puede frustrar y estorbar más que cualquier otra cosa el propósito de Dios.

Antes de servir de algo para el Señor y estar preparados para experimentar la vida de iglesia, los apóstoles debieron ser tratados en este aspecto fundamental, porque todo se reduce finalmente a una sola cosa: o vivimos por medio de nuestra propia vida (en cuyo caso **yo** soy quien está en el centro de todo), o nos entregamos a vivir por medio de la vida divina (en cuyo caso **Cristo** está en el centro de todo). Y ninguno que no se haya despojado primero de su propia vida está en condiciones de experimentar a Cristo como su nueva vida en el contexto del cuerpo. A esto se refería el Señor cuando dijo: *«el que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará»* (Mt. 10:39); y también al decir: *«si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame»* (Lc. 9:23). No obstante, antes de continuar, es preciso hacer aquí una breve digresión para realizar una importante aclaración al respecto.

La vida o fuerza natural es aquella parte de nosotros que tenemos por creación de Dios y que, por causa de vivir tanto tiempo bajo el dominio del pecado, se ha desarrollado desmedidamente. El problema está en que nos hace completamente incapaces de experimentar la vida del cuerpo de Cristo.

No es una cosa mala en principio. Está aquí por creación de Dios, ya que está hecha de nuestras capacidades, emo-

ciones, afectos y actividad naturales. Por ello, Dios no desea destruirla, tal como hizo con el viejo hombre en la cruz (mas aún, en su plan original, ella fue diseñada para ser el medio comunicador de la vida divina). Su trabajo, en este caso, consiste más bien en acotarla, podarla y someterla, a fin de que se transforme en un instrumento dócil en sus manos.

Para lograrlo, él utiliza la cruz. Antes de experimentar su operación subjetiva, somos de poca utilidad para Dios, pues en nosotros la nueva vida aún se encuentra encerrada y limitada por nuestra fuerza natural. A esta vida natural Pablo la llama el hombre exterior, mientras que a la vida divina que mora en nuestro espíritu la llama el hombre interior (2 Co. 4:16).

A la luz de la parábola del grano de trigo es fácil entender esta distinción. El hombre exterior es la cáscara que envuelve la semilla; el interior, la vida que permanece encerrada dentro de ella. Para que la vida pueda ser liberada y desarrollarse, se requiere que la envoltura exterior sea desgastada y partida por la acción de los elementos químicos que actúan bajo la tierra. Cuando ello ocurre, entonces la vida encuentra un camino para expresarse y crecer; pero la muerte debió actuar primero sobre la cáscara de la semilla.

La cruz opera sobre el hombre natural en idéntica forma. Por su medio, Dios quebranta nuestra vida natural, para traerla al lugar donde se sujeta prestamente al gobierno de su Espíritu Santo, transformándola así en un instrumento útil en sus manos. Antes de que esto ocurra estamos llenos de pensamientos, sentimientos, iniciativas afectos y opiniones personales. Después, simplemente no nos atrevemos a movernos por nuestra propia cuenta.

Mas ¿En qué consiste concretamente la obra de la cruz? Pues bien, ella es esencialmente la disciplina formativa del Espíritu Santo. En dicha disciplina, el Espíritu nos conduce a través de dolorosas y difíciles circunstancias con el fin de que aprendamos a no hacer nada por nuestra propia cuenta, o a partir de nosotros mismos.

Progresivamente (de una manera cada vez más profunda) nos va despojando de nuestra vida centrada en la acti-

vidad natural de la carne. Lo que busca es llevarnos al punto en que reconozcamos la inutilidad de nuestros esfuerzos personales, la vanidad de nuestros propios afectos, pensamientos e iniciativas y nos abandonemos completamente a él, su vida y dirección.

La dolorosas circunstancias que él ordena para este fin pueden ser externas o internas, según lo requieran aquellos aspectos que progresivamente desea tocar. Puede tratarse de una enfermedad propia o de un ser querido (algunas enfermedades son permitidas por Dios), una gran dificultad financiera, la incomprensión y rechazo de personas cuya opinión estimamos, el carácter difícil de otras personas con quienes tratamos, o bien, períodos de mucha oscuridad, confusión y sufrimiento interior, en los que nos sentimos cual si su gracia nos hubiese abandonado. No obstante, a través de todas estas experiencias él busca traernos a un lugar de abundancia, bendición y mucho fruto en nuestro servicio (el apóstol Pablo describe este hecho glorioso en 2 Co. 3:7-12).

Sin embargo, la obra de la cruz se realiza sólo con nuestro consentimiento voluntario. Las diferencias que notamos entre los creyentes está precisamente en este punto. Algunos se aferran a su vida natural y no están dispuestos a ceder nada ante la disciplina divina. Estos hijos de Dios no están preparados para pagar el precio. Otros, por el contrario, aceptan que la mano de Dios se pose sobre sus vidas y los despoje de todo aquello que es inútil ante sus ojos. No quieren retener nada para sí. Comprenden que para ganar a Cristo es necesario perderlo todo primero, aún aquello que a la vista de otros es bueno, útil y valioso (Fil. 3:7-8), porque quieren seguirlo por el camino más excelente. Son de aquellos que van tras al Cordero por donde quiera que va (Ap. 14:4), para quienes es la promesa del Señor Jesús: “donde yo estuviere, allí estará también mi servidor”. A los ojos de los hombres pueden aparecer incluso como extraños y menospreciados, mas para Dios son un tesoro especial.

En este sentido, durante sus años con Jesús los apóstoles fueron llevados sucesiva y progresivamente a experimen-

tar la confusión, el fracaso y la pérdida a fin de que aprendieran a desechar su vida natural, egocéntrica e individualista y abandonarse en su lugar a la vida de Cristo.

Paulatinamente, a través de profundas experiencias, fueron despojados de toda su independencia y auto confianza. Y, al mismo tiempo, en Cristo aprendieron la humildad, la mansedumbre, la ternura y el amor como forma básica de vida. De esta manera, Cristo mismo fue convirtiéndose poco a poco en el centro de su ser.

Finalmente, tras el devastador momento de la cruz y la gloria de aquella mañana de resurrección, aquellos hombres estuvieron preparados para convertirse en apóstoles de Jesucristo. Del pasado quedaba muy poco; excepto quizá el nombre, todo lo demás había sido barrido por la cruz y la resurrección.

El nacimiento de la iglesia

Entonces sobrevino. Como un viento recio que llenó toda la casa donde oraban juntos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos impartiendoles la misma vida que habían aprendido a seguir y obedecer mientras estaban con Cristo. Aquella vida que había llegado a ser la razón de toda su existencia estaba otra vez entre ellos, aún más íntima y real que antes. Pero todavía más, una tremenda sensación de autoridad los envolvió, pues el reino de Dios y la autoridad de Cristo, habían bajado a la tierra.

En ese mismo instante, por el poder de la vida que estaba dentro de ellos, fueron unidos para formar, junto con todos sus hermanos allí presentes, el cuerpo de Cristo en la tierra. Y al nacer la iglesia, nació también su oficio apostólico. Con ello, el Espíritu Santo estableció ese día una norma permanente: la iglesia nace junto con los apóstoles.

La historia nos cuenta que ese mismo día 3000 personas fueron agregadas a la iglesia y, un poco más tarde, otras 5000 más. ¡Asombroso! Sí, y también terriblemente complica-

do. Casi 8000 personas traídas a Cristo por obra del Espíritu Santo de una manera completamente inesperada. ¿Qué harían con toda esa gente? ¿Enviarla de vuelta a su casa con unas cuantas palabras de bendición (muchos procedían de remotas regiones del imperio)? ¿O había algo más?

Pero aquellos hombres habían sido preparados para ese momento, aunque probablemente lo ignoraban hasta ese instante. Por esto, dirigidos por el Espíritu Santo, hicieron algo completamente inédito y extraordinario: le dijeron a toda esa gente que comenzara a vivir junto con ellos la misma clase de experiencia que habían vivido previamente con Cristo. Jesús mismo les había enseñado a hacerlo así cuando los llamó para que estuviesen con él. Por consiguiente, cuando llegó el momento, sencillamente decidieron vivir con todos los nuevos creyentes la misma clase de experiencia vital que Cristo había vivido con ellos (probablemente, este fue el inicio de lo que luego se llamaría “la doctrina de los apóstoles”). Una experiencia de 18 horas al día durante los 7 días de la semana.

Así comenzó la iglesia de Cristo; a partir de ese grupo de hombres cuyas únicas credenciales eran el haber vivido continuamente con Jesús durante los últimos tres años de su vida.

Los apóstoles reunieron a esos nuevos creyentes y les traspasaron todo cuanto habían visto, oído, contemplado, experimentado y aprendido con Jesucristo; y, sin lugar a dudas, aquellos nuevos discípulos llegaron a conocerle tal como los apóstoles lo hicieron antes: un Señor real, íntimo y presente en medio de ellos.

Sin embargo, si seguimos el relato de los Hechos, encontramos que para realizar su tarea no construyeron un costoso edificio donde reunir a los discípulos, ni elaboraron un acabado programa de enseñanza bíblica, ni se preocuparon por desarrollar una complicada y eficiente organización eclesíástica (tal vez, nadie pensaba en esas cosas en aquellos días de gloria). Por lo pronto, sencillamente siguieron la misma metodología del Señor y adoptaron con ellos una forma de vida sencilla, informal, extraordinariamente práctica y flexible, haciendo uso de los mismos elementos que el Señor había

utilizado durante su ministerio: un lugar suficientemente amplio para reunir a una gran cantidad de gente (qué mejor que el patio del templo) y las casas de los mismos creyentes (Hch.5:42).

Los apóstoles no estuvieron ocupados en llegar a ser las cabezas jerárquicas de ninguna clase de complejo movimiento u organización, pues tenían en sus manos una obra infinitamente superior. Su única ocupación durante los años que siguieron fue transmitir a la naciente iglesia la misma clase de vida que habían conocido y aprendido con Cristo el Señor. Predicar y enseñar a Jesucristo, nos dice el libro de los Hechos, fue la actividad preponderante de aquellos hombres enviados por Dios a poner el fundamento de su iglesia. Por supuesto, dicho fundamento es Cristo mismo y su misión fue llevar a sus hermanos a conocer y expresar la vida de Cristo tal cual ellos lo habían aprendido primero del mismo Señor. Por ello, vienen a constituir el fundamento de la iglesia, pues por su vida y ministerio el Espíritu imparte el conocimiento más profundo y esencial de Cristo a todos sus hijos.

Pero Dios les ha puesto una regla a seguir: que una vez hecha su tarea deban marcharse para permitir que las iglesias crezcan y se desarrollen bajo la exclusiva dirección de Cristo, su cabeza, por medio del Espíritu Santo. Deben, por ello, esperar y permitir que otros se hagan cargo de sobreedificar una vez puesto el fundamento, pues la edificación de la iglesia no es la obra exclusiva de ningún hombre en particular, sino el resultado del servicio conjunto de muchos dones, en el ministerio mutuo de todos los santos.

Aquí, en este preciso punto, se encuentra la prueba más concluyente de su oficio apostólico: la capacidad que tengan las iglesias por ellos fundadas para sobrevivir y desarrollarse bajo la guía del Señor. Si han hecho bien su tarea, la obra se mantendrá en pie, pues Cristo habrá llegado a ser el centro mismo de ella. Mas si lo hacen mal, por cierto su obra caerá por carecer del adecuado fundamento.

Esta es, en cierto sentido, la imposible misión que el Señor dio a sus apóstoles: poner el fundamento de su iglesia y

esperar, contra toda esperanza, que su obra permanezca cuando se hallan marchado y no puedan estar allí para protegerla. De ahí las palabras de Pablo en su segunda carta a los corintios: *¿Y para estas cosas, quién es suficiente?* Sin lugar a dudas, nadie, excepto quienes han aprendido a despojarse de toda confianza en sí mismos y confiar plenamente en Aquel que tiene el poder de sujetar a sí mismo todas las cosas. Quienes han abandonado toda esperanza en sus propios recursos, reconociendo su propia incompetencia para una tarea semejante, y dependen exclusivamente del Espíritu de Dios para realizar su misión. *«No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios»* (2Co. 3:5).

El fundamento inalterable

Una vez colocado el fundamento de Cristo en cada naciente iglesia los apóstoles tenían por norma el marcharse a otro lugar para hacer lo mismo una vez más. No obstante, podían confiar en que el Espíritu Santo guardaría y fortalecería a esas nacientes iglesias, continuando su obra edificadora.

Ciertamente regresarían de tanto en tanto para confirmar a sus hermanos, completar lo que falta a su fe, corregir lo deficiente y dar orientación a los ancianos locales. No obstante, su autoridad en las iglesias ya establecidas nunca reemplazaría el lugar de los otros dones dados por el Señor para continuar equipando a los santos. Si el fundamento había sido puesto en la forma correcta, la iglesia sabría cómo encontrar en Cristo toda la dirección y sustento necesarios para seguir creciendo. No obstante, el fundamento de los apóstoles no podía ser alterado ni cambiado, y las iglesias, si querían permanecer delante del Señor, debían permanecer fieles a ellos y su obra, pues sólo de esa manera la matriz original de vida dada por el Señor sería preservada.

A pesar de ello, la triste realidad es que en algún punto de su historia la iglesia perdió su vínculo con el fundamento

apostólico y se alejó de la sencilla forma original de vida y experiencia centrada sólo en Jesucristo. Lentamente la complejidad y las estructuras organizativas del mundo penetraron en ella y la transformaron por completo. El fundamento de Cristo fue reemplazado por una eficiente y compleja organización eclesiástica, estructurada a imagen y semejanza del imperio romano.

En el principio, las iglesias dependían exclusivamente de Cristo para existir en cada ciudad. Luego, a medida que el cristianismo creció y se hizo fuerte, hombres hábiles, inteligentes, con una gran preparación intelectual y un conocimiento casi nulo de la cruz y del Señor como su propia vida, entraron en ellas. Esos hombres pronto fueron reconocidos, debido a sus grandes dotes personales, como líderes entre los hermanos y comenzaron a ocupar los lugares de importancia. Y esos hombres, utilizando sus amplias capacidades, construyeron y dieron forma a un vasto sistema religioso, sistematizado hasta los últimos detalles.

Pero estos nuevos edificadores olvidaron una cosa; la más importante de todas, la única que jamás debían olvidar: edificar sobre la sencillez del verdadero fundamento puesto por los apóstoles de Jesucristo. Pero quizá no conocían al Señor lo suficiente, y, por tanto, no podían edificar con los materiales adecuados. Su obra era solo madera, heno y hojarasca. El resultado, no obstante, fue devastador, y aún en nuestros días la iglesia no se recupera de sus consecuencias.

Algo que no era Cristo había sido introducido en la experiencia de los creyentes, en principio sutil e insignificante, pero que gradualmente llegaría a invadir toda la vida de la iglesia. Algo demoledor. El hombre natural (el yo humano, carnal y egocéntrico) se había introducido en ella con todas sus buenas ideas, proyectos, habilidades y nula utilidad para Dios. El propósito de Dios terminó siendo olvidado y reemplazado por ambiciones y objetivos meramente humanos (es triste comprobar cómo durante los últimos 18 siglos la iglesia no ha sabido prácticamente nada del eterno propósito divino revelado en la páginas del Nuevo Testamento).

Sin embargo, todas aquellas metas eran en principio buenas y hasta loables, como también sus resultados inmediatos. No obstante, eran menos que Cristo y finalmente terminaron por destruir la obra de Dios, pues en algún punto de esta trágica historia, tal como ocurrió en el Israel de antaño, la gloria de Señor abandonó el templo.

Siempre ocurrirá lo mismo cuando lo que es meramente humano usurpa el lugar de Cristo en la experiencia de la iglesia. La complejidad, la organización, la sistematización y las estructuras preestablecidas sustituyen a la vida y la iglesia muere. Démosles una oportunidad, el tiempo suficiente (unos cuantos siglos) para hacer su tarea y lo que emergerá será algo tan completamente distinto a Cristo, tan abismalmente deforme, que llegaremos incluso a preguntarnos cómo pudo morar alguna vez allí la vida divina. Exteriormente parecerá más fuerte que nunca; pero la suya será una fortaleza humana, carnal, jamás sometida por la cruz de Cristo, y, por lo mismo, no sustentada por el Espíritu Santo. No importa cuán importante e imponente aparezca a los ojos de los hombres; ante Dios habrá perdido todo su valor y su juicio sobre ella es definitivo: «tienes nombre de que vives, y estás muerta». Esta y no otra es la consecuencia de abandonar el fundamento apostólico.

Por consiguiente, puesto que dicho fundamento resulta tan determinante y esencial para la iglesia del Señor, nos es absolutamente imprescindible retornar a él, si nuestro deseo es llegar a ver la restauración del testimonio viviente de Cristo en la tierra.

Esto nos lleva, en consecuencia, a la matriz original y los hombres que la establecen. «La cristiandad de hoy en día - ha observado un escritor cristiano - se ha desviado muy lejos de lo que era la iglesia primitiva. Es necesaria una restauración. Sin duda alguna, la primera cosa que necesita ser restaurada en la iglesia es lo primero que el Señor le dio a la iglesia: apóstoles. Y es así que sin una plena restauración de este oficio, todo otro análisis, todas las demás esperanzas, todos los otros sueños y planes de ver a la iglesia otra vez como ella debe ser, carecen de sentido»².

Notas

1. Es posible distinguir quizá dos “modelos” de obra apostólica en el Nuevo Testamento. El primero se encuentra en el ejemplo de Jerusalén, donde la iglesia creció y permaneció con los doce durante aproximadamente cinco o seis años. Después de eso, tras la primera persecución, fue alejada de ellos (sólo los apóstoles permanecieron en Jerusalén), y esparcidos por todas partes aquellos hermanos constituyeron núcleos de nuevas iglesias en todas las regiones circunvecinas. El segundo ejemplo está en Antioquia, desde donde los apóstoles enviados por el Espíritu viajaban como obreros itinerantes estableciendo iglesias, a las que luego de un tiempo abandonaban para continuar haciendo la obra más allá de ellas. En este libro se asume que ambos ejemplos nos legan un principio básico de la acción apostólica, vale decir, nos enseñan que la tarea de estos obreros del Señor es establecer el fundamento de Cristo en cada iglesia local y luego de un tiempo abandonarlas a la exclusiva dirección del Señor, su cabeza. Sin embargo, esto no significa que los apóstoles no tuviesen un lugar en las iglesias ya establecidas, el que se deriva de la misma naturaleza de su función. Por cierto, ellos volvían de tiempo en tiempo para corregir lo deficiente, completar lo que faltaba, y establecer ancianos (Tit 1:5). Su tarea era velar por la obra y las iglesias en general (2Co. 11:28), mientras que en las iglesias locales dicha supervisión estaba en manos de los ancianos locales. La autoridad de los apóstoles en las iglesias locales no era una forma de gobierno extra local, sino una supervisión y un apoyo espiritual como obreros más maduros y experimentados, y estaba dirigida especialmente hacia los ancianos. De esta manera, si las iglesias querían permanecer en el fundamento de Cristo debían reconocer y aceptar dicha ayuda y supervisión espiritual. No obstante, dicho reconocimiento debía efectuarse bajo el principio de la mutualidad y reciprocidad, y no como alguna clase de subordinación jerárquica (Ap. 2:2b).

2. **Revolución: La Historia de la Iglesia Primitiva, Gene Edwards.**

Capítulo V: El Fundamento de los Apóstoles

Hasta ahora hemos hablado del ministerio que Dios estableció para poner el fundamento de su iglesia. Hemos procurado entender su importancia y su significado, así como también la naturaleza de su misión. Lo que ahora intentaremos será conocer más específicamente el contenido de su comisión, y para ello, nos adentraremos en aquella fascinante experiencia de vida al estilo de las iglesias del primer siglo erigidas por los apóstoles de Cristo, pues, al examinar detenidamente su naturaleza y carácter, encontraremos aquellos elementos que les permitían conocer y expresar a Cristo de una manera íntima y plenamente real. Y de esta manera, si nuestra búsqueda nos permite encontrar dichos elementos, habremos hallado el fundamento que buscamos.

Para realizar nuestro intento, nos abocaremos primero a conocer la forma en que el Espíritu Santo, por medio de los apóstoles, dio forma a la primera iglesia establecida en la tierra. Mientras avanzamos en nuestra búsqueda, recogeremos aquí y allá los hilos esenciales de la trama; aquellos que permitían al Señor vivir y reinar entre los suyos. Para comenzar, vayamos pues hacia la vieja Jerusalén, más o menos en el año 33 de nuestra era, al lugar donde todo comenzó.

El evangelio del reino

En el día de Pentecostés, tras la venida del Espíritu Santo con un gran estruendo desde el cielo, Pedro predicó su primer mensaje anunciando el evangelio a una multitud de personas reunidas para mirar lo que estaba ocurriendo. El Espíritu había tomado el mando y una gran convicción se apoderó de todos los que escuchaban sus palabras. “Jesús de Nazaret”, les decía Pedro, “a quién vosotros crucificasteis, ha sido hecho por Dios, Señor y Cristo”. Aquella multitud, convencida por el Espíritu Santo, se convirtió al Señor y fueron bautizadas ese día alrededor de 3000 personas.

Aquí encontramos ya el primer hilo esencial: El evangelio del reino. Un evangelio centrado absolutamente en Cristo, su persona y su obra. No un mensaje meramente enfocado sobre los hombres y sus necesidades. Y existe entre ambos una diferencia incalculable.

Al leer cuidadosamente el Nuevo Testamento, encontramos que el tema central de la predicación apostólica era Jesucristo (Hch. 2:42; 8:5;9:20; 1Co.1:23). Anunciar su persona y su obra constituía la esencia de la primitiva proclamación del evangelio. De hecho, sin excepción alguna, todas las predicaciones registradas en el libro de los Hechos tienen como tema a Jesucristo (Hch.2:14-40;3:12-26;4:8-12;5:29-32;10:34-43;13:16-41;17:22-31). Esto se debe a una razón fundamental.

El evangelio es las primeras palabras de Dios para los pecadores. Palabras dirigidas a volver sus mentes y corazones hacia él, a fin de traerlos de vuelta a su propósito original, donde Cristo es centro y cabeza de todas las cosas. Es, en este sentido, la puerta de entrada a la iglesia de Cristo, donde dicho propósito se realiza. Por medio del evangelio del reino los hombres vienen a formar parte del templo que Dios quiere edificar para expresar su vida y voluntad.

Ahora bien, el reino y la voluntad de Dios se encuentran íntimamente ligados. Por esta razón, el Señor Jesús oró: “venga tu reino, hágase tu voluntad”. El apóstol Pablo nos ha

dicho que el misterio de la voluntad de Dios estriba en reunir la totalidad de las cosas en Cristo. Por ello, el reino de Dios es absolutamente cristocéntrico. En él Dios está ejerciendo su soberana autoridad hasta que todo tenga a Cristo por centro y cabeza. Y este es, por lo mismo, el fin más importante del evangelio, pues el objetivo de Dios no es simplemente salvar personas que algún día irán al cielo, mientras continúan viviendo la misma solitaria e individualista forma de vida que han llevado hasta entonces, sólo que ahora con Cristo como su salvador personal.

Su fin, como se ha dicho, es rescatar a los hombres para formar con ellos aquella gloriosa realidad que expresa el designio más profundo de su corazón: la iglesia. Y la iglesia existe por y para Jesucristo.

En este sentido, el evangelio es la puerta de entrada, la meta está todavía mucho más adelante.

El evangelio tiene un tema único y específico: Jesucristo. Al creer en su nombre estamos dando nuestro asentimiento a la totalidad de su persona y su obra. Así, creer en el Señor Jesucristo es todo cuanto los pecadores necesitan para ser salvos. Este encuentro con el Señor viviente basta para salvarnos. Pues, cuando se anuncia el evangelio del reino, los hombres son llevados por el Espíritu a tener un encuentro con el mismo Señor Jesucristo resucitado.

¿Pero que diremos de la justificación, la expiación del pecado y todas aquellas verdades esenciales incluidas en la salvación? ¿No debemos convencer a los pecadores de sus pecados y luego mostrarles el camino de salvación por medio de la preciosa sangre? Ciertamente la sangre de Cristo es y será siempre la única base para nuestra redención. No se pretende en absoluto poner en duda este hecho esencial. Sin embargo, lo que queremos resaltar es que los hombres no necesitan en principio entender la verdad de la sangre para ser salvos. Todo eso vendrá después. Más adelante, ellos habrán de saber como la muerte del Señor hizo posible su redención.

Pero Dios ha querido que los hombres sean salvos con sólo invocar el nombre de Jesucristo el Señor. Un nombre que

es sobre todo nombre, cuya invocación puede traer vida y salvación.

El evangelio, nos dice Pablo, es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree en el nombre de Jesucristo. Por su intermedio los hombres son llamados en primer lugar a tener un encuentro con la persona de Cristo, y a obtener, de este modo, el perdón de sus pecados. No para resolver sus problemas personales. El hecho es que si el hombre ha de ser salvo, debe ser trasladado, por una operación de la gracia divina, desde la posición donde el pecado es dueño y señor de su vida hasta el lugar donde Cristo reina como exclusivo Señor. Esta es la única opción posible.

Recordemos que Adán escogió vivir una vida independiente de Dios y, en consecuencia, cayó bajo el dominio del pecado y la potestad de la serpiente. Mas Cristo, con su muerte y resurrección, puso fin al pecado y quebrantó el poder de Satanás de una vez y para siempre, restaurando así el reino de Dios sobre la tierra. Más aún, él mismo ha venido a ser por obra de su Padre, Rey y Señor de ese reino. Y, habiendo derrotado al pecado, la muerte y Satanás, ha sido exaltado como Señor absoluto sobre todo principado, potestad, poder y señorío. Ahora él tiene poder, el más supereminente poder, para quebrantar todo yugo y potestad que esclavizan a los hombres, regenerarlos y traerlos de regreso al lugar donde él mismo es el centro de toda la vida humana.

Por ello, para ser salvos los hombres hemos de reconocer a Jesucristo, el viviente Señor, y rendir nuestras vidas a él. Este es el único camino de regreso para nosotros, pues el pecado es ante todo una rebelión contra Dios, su reino y voluntad.

Por tanto, aquí está el primer hilo del fundamento que buscamos: un evangelio que, por el poder regenerador del Espíritu Santo, trae a los hombres a vivir sus vidas completamente centradas en Jesucristo.

Desde el principio, antes de saber nada más, los nuevos discípulos comprendían que su vida entera, incluyendo trabajo, familia, bienes materiales y todo sus proyectos personales habían sido puestos a los pies de Cristo, el Señor. Desde

ese momento su vida, pasada, presente y futura, ya nos les pertenecía más. ¡Esto era salvación! Le costaba a uno todo encontrarse con el Señor en esos días Y debía ser así, pues lo que Dios se proponía levantar exigía esa clase de entrega de cada uno de los discípulos. Muy pronto la forma de vida de esos 3000 nuevos creyentes habría de ser alterada de una manera radical y, lo que es más, probablemente para siempre.

La vida y el ministerio compartidos

Luego de su conversión al Señor, los nuevos discípulos eran guiados por los apóstoles a vivir una experiencia completamente nueva y desconocida para ellos. Una experiencia transformadora. En pocas palabras, eran llamados a ser la iglesia de Jesucristo.

En realidad, esa era la consecuencia espontánea de Pentecostés, pues la vida que habían recibido el día de su nuevo nacimiento, al creer en el Señor y bautizarse, estaba destinada a expresarse espontáneamente de una manera corporativa.

Espontánea, mas no evidente. Mas, gracias al Señor, los apóstoles estaban allí para entender el significado de lo ocurrido y comenzar la obra de edificación (recordemos que habían sido preparados para ese momento).

¿Qué hicieron entonces los apóstoles? Antes de responder a esta pregunta hablaremos primero de lo que aquellos hombres no hicieron, aunque algunas de esas cosas constituyen prácticas consideradas como elementales en la actualidad.

¿De que cosas estamos hablando? Bien, ellos no reunieron a los nuevos creyentes en un “templo” donde una o dos veces a la semana se reunían para escuchar, sentados en bancas o sillas perfectamente alineadas, el sermón de un pastor que predica desde un púlpito allá adelante, oír luego un número especial, cantar unos cuantos coritos, entregar una ofrenda y luego regresar a su rutina diaria de vida. Tampoco comenzaron con un curso bíblico para nuevos creyentes, don-

de un expositor les enseñó las “doctrinas básicas de la fe cristiana”. ¡La verdad es que la mayoría de ellos ni siquiera sabía leer! ¿Aquellos discípulos no estudiaban la Biblia? Bien, todos los hechos parecen indicar que no lo hacían. En realidad no había Biblias en aquellos días. Nadie les habló de ser parte de la membresía de una iglesia, sus deberes y derechos, su rica herencia denominacional, ni de los 20 requisitos para ser un buen cristiano.

Estos son los hechos, aunque probablemente no la clase de hechos que esperamos encontrar. Lo que los apóstoles hicieron con aquellas personas resulta completamente distinto a todos nuestros modernos conceptos sobre la iglesia. En el libro de los Hechos encontramos la siguiente descripción de aquella experiencia original:

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch. 2:42).

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían junto con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2:46).

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y de un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch. 4:32).

“Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de predicar y enseñar a Jesucristo” (Hch. 5:42).

Estos son algunos de los elementos más característicos de la naciente iglesia:

- *La doctrina de los apóstoles*
- *La comunión unos con otros*
- *El partimiento del pan*
- *Las oraciones*
- *Estaban juntos y unánimes*
- *Tenían en común todas las cosas*

- *Todos los días, en el templo y por las casas se escuchaba enseñar y predicar a Jesucristo.*

Según hallamos en la descripción anterior, los apóstoles dieron un orden sencillo, informal, y flexible a la iglesia. Ninguna organización compleja o estructurada, pues su intención era reproducir con ellos la misma forma de vida que aprendieron con Jesús.

El primer elemento de aquella nueva vida era estar juntos la mayor cantidad de tiempo posible. Un hecho básico, pero transformador. ¿La razón? Ellos eran ahora la iglesia de Jesucristo, lo cual tiene inmensas consecuencias prácticas. Cristo sólo puede ser conocido, experimentado y expresado por medio de una vida en común con todos los miembros de su cuerpo, y los apóstoles enseñaban a cada nuevo convertido este hecho esencial. Una vida en común es el único lugar adecuado para conocer y expresar a Cristo. Por tanto, exhortaban a los nuevos creyentes a vivir de esa manera. Por esta razón encontramos que los discípulos estaban juntos casi la mayor parte del tiempo.

Ahora bien, dicho estar juntos se llevaba a cabo en dos lugares diferentes: el templo y las casas de los mismos creyentes.

En el templo, podemos conjeturar, la reuniones eran de carácter general (todos los hermanos estaban allí) y dirigidas por los apóstoles. En ellas escuchaban y aprendían todo lo concerniente al Señor Jesucristo de la boca de aquellos hombres y experimentaban el ministerio de la palabra de Dios. Por su intermedio, el Espíritu Santo les revelaba a Cristo como su centro y su vida, la obra de la cruz y el poder de su resurrección, y ellos aprendían a amarle y seguirle unidos como un solo cuerpo. Pero también aprendían a expresarle en la forma de vida práctica que Cristo vivió y enseñó, cuando los apóstoles tocaban algún aspecto específico de su experiencia con él (*kerigma* y *didaké* formaban un lazo indisoluble en aquellos tempranos días). Así aprendían como habían de amarse, protegerse, perdonarse y cuidarse los unos a los otros como ver-

daderos hermanos, miembros los unos de los otros. Había, quizá momentos de profunda adoración y alabanza, y poderosas oraciones conjuntas. Nada quedaba en un terreno meramente especulativo y teórico, sino que todo era inmediatamente llevado a la práctica.

Sin embargo, dichos momentos no eran en rigor reuniones de iglesia. Les faltaba para ello el elemento de la mutualidad; el “unos a otros” que es la cualidad esencial de una verdadera reunión de iglesia. Para este fin existía un segundo lugar de encuentro: las casas.

En ellas el asunto era diferente, pues el elemento central eran los hermanos reunidos en torno a Jesucristo, sin la presencia de ningún ministerio preponderante o hegemónico (esto se puede inferir del hecho siguiente: los 12 apóstoles no podían atender las necesidades del centenar de casas donde los hermanos probablemente se reunían, y en ese tiempo eran el único liderazgo reconocido entre los creyentes). Aquí hallamos las verdaderas reuniones de iglesia.

En ellas (seguimos conjeturando), lo recibido por medio de los apóstoles cobraba vida y sustancia. Podían ser encuentros informales, inspirados y gloriosos bajo la dirección del Espíritu Santo, donde había cánticos, testimonios, oraciones específicas, atención a las diferentes necesidades de cada uno, palabras de aliento y mucho más (1Co.14). El ministerio de todos los santos estaba en acción en esas reuniones y todos eran mutuamente edificados por el aporte de los diferentes dones repartidos a cada uno. Después, se sentaban a la mesa y compartían los alimentos comiendo juntos.

¿Los hermanos solos, sin ningún líder o pastor entre ellos? ¿No es esto extraño y hasta peligroso? Probablemente, pero sólo para nuestra mentalidad moderna, acostumbrada a concebir la iglesia como un grupo de pasivos creyentes reunidos en torno al ministerio de un pastor o ministro profesional.

No podemos evitarlo. Es parte de nuestra herencia histórica, donde la figura que mejor representa esta concepción es la de un rebaño de ovejas con su pastor. ¡Es natural y hasta bíblico!, podemos exclamar. Sí, salvo un pequeño pero impor-

tante detalle: dicha figura sólo se aplica en la Escritura en relación con Cristo y su iglesia. Él es el buen pastor que da su vida por la ovejas. “Habrá **un** rebaño y **un** pastor “ fueron sus palabras (Jn.10:16). No muchos pequeños rebaños, cada uno con su pastor.

Así lo entendió y vivió la iglesia primitiva (al respecto encontramos un esclarecedor ejemplo histórico: entre los símbolos más recurrentes hallados en la antiguas catacumbas cristianas, se encuentra la figura de un pastor con un corderito sobre los hombros). La ovejas pertenecen a Cristo, el buen pastor, y no a algún hombre en particular. Nadie tiene derecho, en este sentido, a hablar de “mi iglesia” o “mi rebaño”. No existe tal cosa como la iglesia del pastor zutano o mengano en las páginas del Nuevo Testamento. Solo existe la iglesia del Señor Jesucristo, que se reúne en torno a él en cada ciudad, reconociéndole como su única cabeza y pastor. En ella, a través del ministerio de todos los santos se llevaba a cabo la edificación.

¿Los santos? ¿Y qué de los ministros del Señor, mencionados en Efesios 4:11-12? Pues bien, ellos también estarían allí, como hermanos dotados entre sus hermanos, a fin de capacitarlos para la obra del ministerio; jamás para sustituirlos o reemplazarlos en su labor. Sin embargo, todo ello habría de surgir después de algunos años de vida en común alrededor del Señor.

La mutua edificación, exhortación, consolación y cuidado eran en principio la responsabilidad conjunta de todos los miembros del cuerpo de Cristo. No de un pastor o ministro profesional como ocurre en la actualidad. La diferencia es incalculable, pues los ministros dotados como dones de la palabra en el Nuevo Testamento no constituían una clase especial de cristianos distinta a sus hermanos. Las diferencias entre ellos eran funcionales y orgánicas.

Lo mismo ocurrió con la iglesias de los gentiles, plantadas por Pablo y sus colaboradores. Una típica iglesia comenzaba casi siempre con un grupo de creyentes reunidos en una casa, a los cuales un apóstol (o un equipo de ellos según sea el

caso) transmitía el fundamento de Cristo, enseñándoles a edificarse mutuamente bajo la dirección y el señorío de Cristo. Luego, era Cristo quien les impartía desde el comienzo toda la vida y dirección que requerían.

Gradualmente (normalmente pasaban algunos años para ello), después de experimentar entre ellos la vida corporativa de Cristo según el fundamento recibido de los apóstoles, y siendo edificados por el Espíritu Santo, algunos hermanos comenzaban a destacarse por su trayectoria, fidelidad, conocimiento, paciencia, fe y fortaleza. Naturalmente, el resto de los hermanos comenzaba a confiar en ellos como hermanos mayores y más maduros a los cuales acudir en tiempos de crisis para encontrar sabiduría y dirección. Estos creyentes podían reflejar a Cristo de una manera real y práctica para el resto de sus hermanos. Habían sido probados, amoldados, quebrantados y transformados en la vida compartida de todo el cuerpo. Además, algunos de ellos (no todos) mostraban un conocimiento más profundo de la palabra de Dios y tenían un don específico para comunicarla a sus hermanos. ¿Quiénes eran? Pues bien, algo nuevo se había desarrollado silenciosamente entre los hijos de Dios: el Espíritu Santo había formado ancianos, profetas y maestros.

Sin embargo, nada está más lejos de nuestro actual concepto de pastor que los ancianos y líderes de la primera iglesia. Ellos no constituían ninguna casta especial entre los hermanos. No se vestían distinto, no hablaban un lenguaje “más espiritual” que el resto, no predicaban el sermón del domingo, y no recibían un tratamiento honorífico o con títulos especiales por parte de los hermanos. Tampoco eran expertos consejeros matrimoniales, sicólogos aficionados, elocuentes predicadores, consumados maestros, campeones en oración, maestros de ceremonia para matrimonios y funerales, presidentes de la junta de diáconos, y todo eso junto... en suma, la figura central de la iglesia, sin cuya presencia todos los demás se sienten perdidos. Dicha figura, tan esencial en el cristianismo contemporáneo, no tiene ningún referente en la iglesias neotestamentarias.

Pero nuestros caminos se han distanciando mucho del

fundamento y la sencillez original.

En la actualidad, cuando un joven creyente siente un llamado a servir al señor, debe iniciar un largo proceso de especialización y separación del resto de sus hermanos hasta convertirse en ese hombre “especialista” en asuntos espirituales que es el moderno pastor, ministro, obispo, reverendo o como quiera que se le llame.

De esa manera se introduce una trágica cuña entre los creyentes. Por un lado, está este hombre especial, distinto y consagrado a hacer la obra del Señor, y, por otro, la gran masa pasiva de cristianos que año tras año se congregará en torno al “ministerio” de ese hombre para escuchar sus sermones, oír sus consejos, recibir su aliento y dirección, mientras se dedican casi enteramente a su propios asuntos privados.

Se establece así la antibíblica separación entre el clero y los laicos, entre cristianos de primera y de segunda categoría, que alcanza su máxima expresión en la versión católica. No es extraño, entonces, que aquel pastor, a pesar de esforzarse sinceramente en desarrollar la vida espiritual de “su congregación”, se encuentre con un permanente estado de infancia espiritual entre los creyentes, pues dicha forma impide la edificación de la iglesia según el patrón divino de servicio y ministerio mutuo entre todos los creyentes.

Y esta es la cara menos mala de la medalla. Existe otra, más oscura y destructiva. Nuestro joven aspirante a ministro ha iniciado su senda de separación de la iglesia real y secretamente comienza a desarrollar un síndrome perturbador, aunque desgraciadamente mucho más común de lo que es deseable. Es el síndrome de “mi ministerio”. Pronto todas sus energías estarán concentradas en desarrollar eso que él llama “mi ministerio”. Levantará una gran “iglesia” para ejercer su ministerio; hará grandes campañas para ejercer su ministerio; o echará a andar una poderosa organización no denominacional, de la cual, por cierto, el será la figura predominante. Todos los demás hermanos, pensará, se los habrá dado el Señor para desarrollar su ministerio. Porque, a sus pro-

pios ojos, él es el hombre escogido, a quien el Señor ha revelado sus caminos y otorgado una visión. Ante sí mismo es un visionario; el instrumento por el cual Dios realizará el deseo de su corazón.

Por cierto, para llevarlo a cabo requerirá el aporte de otros creyentes. Pero, ¡cuidado!, esos hermanos deben saber que él es el vaso elegido. Simplemente estarán allí para ayudarle a desarrollar el ministerio que Dios le dio a él. Jamás deberán dudar o cuestionar ese hecho. Levantarán costosos edificios, construirán poderosas organizaciones, y hasta escribirán libros que llevaran su nombre (el nombre de los verdaderos realizadores casi siempre estará en las sombras). Conceptos como autoridad, obediencia, sumisión y servicio serán los ejes centrales de la relación con sus “colaboradores”. Relaciones casi siempre, verticales y dependientes. La impronta de su fuerte personalidad será el factor predominante entre todos los que le siguen. Y, lo más trágico, todo el tiempo pensará que está realizando la mismísima obra de Dios sobre la tierra.

Su ministerio es exitoso, tiene una hermosa y gran congregación, un lindo automóvil a los pies de una moderna casa, una familia maravillosa y es invitado permanente en todas las grandes conferencias de líderes cristianos. ¡Es la figura estelar de cristianismo contemporáneo! Los demás se miran en el espejo de su vida y desean secretamente ser como ese hombre. ¡Parece habitar tan cerca de Dios! Está casi en la cima a donde todos quisieran llegar.

Pero tiene un grave problema: toda su obra depende exclusivamente de él. Si su ministerio cae, toda su obra caerá con él. Lo que ha edificado es incapaz de sostenerse por sí mismo delante del Señor, ya que su presencia, se hace necesaria e insustituible.

No obstante, su verdadera dificultad se encuentra todavía en otra parte: el desconocer o ignorar que Cristo, y sólo Cristo, puede ser el centro de la iglesia. Nadie más tiene ese derecho excepto él. Cualquier hombre que intente realizar una obra en torno a su propio ministerio está destinado al fracaso delante de Dios, pues él no evalúa nuestra obra por sus dimensiones,

eficiencia o renombre ante los ojos de otros.

Vendrá el día en que Él simplemente examinará la calidad de los materiales empleados. Y Él, que puede mirar a través de todas las cosas, sabrá de dónde proviene nuestra obra. Él verá cómo nuestros propios intereses, motivos y afectos personales se han mezclado en todo lo que hemos hecho mientras le servíamos. Él verá cómo siempre, en las múltiples encrucijadas de la vida, evitamos la cruz que nos fue ofrecida para llevarnos a vivir más cerca de Cristo. Sabrá que no quisimos perder, ser despojados y rehusamos morir cuando nos llegó el momento. Por tanto habremos edificado, pero lejos de Cristo. Esa será nuestra terrible pérdida el día en que, bajo la luz ardiente de sus ojos, nuestra obra arda hasta consumirse.

Necesitamos con urgencia volver a los caminos de la iglesia apostólica si deseamos ver restaurado el plan de Dios entre nosotros. El primer paso en la senda de regreso es recuperar el ministerio apostólico; el segundo, recobrar la importancia central de los hermanos en la vivencia práctica de la iglesia. La obra del ministerio, nos dice Pablo en su carta a los Efesios, consiste en la edificación del cuerpo de Cristo y es la tarea conjunta de todos los santos.

En este punto, la visión del apóstol es completamente distinta de los conceptos tradicionales, donde el pastor o ministro es el hombre central en el ejercicio del ministerio. Él es quien se ocupa de llevar adelante la obra del ministerio. Pero en la Escritura el asunto es absolutamente diferente.

Las tareas que en nuestros días son la responsabilidad casi exclusiva de un pastor, eran en el principio la responsabilidad compartida de todos los santos. Una atenta y desprejuiciada lectura del Nuevo Testamento nos conducirá a descubrir la importancia central de todos los hermanos en la mutua edificación, enseñanza, exhortación, cuidado y protección. En las cartas apostólicas, dirigidas a las iglesias, por ejemplo, la totalidad de las instrucciones prácticas sobre la vida de la iglesia están dirigidas, no al pastor, ancianos u otros ministros específicos, sino a todos los hermanos en general.

Los santos deben cuidar los unos de los otros, exhortarse mutuamente, reprenderse en caso de faltas, alentarse, restaurarse, orar unos por otros, etc. Y este mutuo servicio encontraba su máxima expresión en las reuniones típicas de la iglesia (lea usted 1 de Corintios 14). En ellas todos los hermanos se reunían sin la presencia de ningún ministerio hegemónico o central, sino con el característico sello del “unos a otros” en torno al Señor. Él, y sólo él, era el centro real y viviente de aquellas reuniones, donde los creyentes bajo la dirección del Espíritu Santo eran mutuamente edificados por el aporte de los diferentes dones que cada uno había recibido.

Ciertamente, esa vida y ministerio compartidos tenía por resultado el conocer a Cristo de una manera profunda y real, porque para todos los que participaban de aquellas reuniones se hacía evidente su gobierno y señorío sobre sus vidas. Nadie tenía la preeminencia sino el Señor.

La centralidad absoluta de Cristo

He aquí el gran secreto de la iglesia primitiva: Su absoluto enfoque sobre Cristo como su centro y Señor. Y esta es, precisamente, otra de las hebras esenciales del fundamento apostólico.

Las iglesias no nacían y crecían en torno a un pastor sino todo lo contrario. Crecían como un grupo de creyentes guiados por un ministerio apostólico, mas reunidos en torno al Señor Jesucristo. Luego de un tiempo los apóstoles se marchaban, dejándoles bajo el cuidado exclusivo del Señor en quien habían creído. Entonces llegaba la hora de la verdad para aquellos santos. Deliberadamente quedaban solos, ¡Sin ningún líder nombrado entre ellos! Ningún hombre “a cargo”. Simplemente un grupo de hermanos y hermanas con la responsabilidad de velar mutuamente por la edificación de la iglesia en la ciudad en que habitaban, donde debían reunirse, ministrarse, exhortarse, cuidarse y sujetarse mutuamente. Ellos debían hacer real el testimonio de Cristo en esa ciudad.

Sólo en este contexto cobran significado algunas de las verdades prácticas que el NT nos enseña. Como ejemplo, aquí están algunas de ellas:

“¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (1Co. 14:26).

“Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros ” (2Co. 13:11).

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo ” (Gl. 6:1-2).

“De quien (Cristo) todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas la coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor ” (Ef. 4: 16).

“ Y no asiéndose de la cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios ” Col. 2:19).

“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos en toda sabiduría... ” (Col. 3:16).

“También os rogamus, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos... examinadlo todo, retened lo bueno” (1Ts. 5: 14, 21).

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de reunirnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándoos... ” (Hb. 10: 24-25).

“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios ” (1P. 4:10).

Los pasajes citados reflejan el espíritu de todo el Nuevo Testamento. De acuerdo con él, todos los hermanos deben cargar con la responsabilidad de la edificación de la iglesia en cada localidad, pues a través de su mutuo ministerio la plenitud de Cristo fluye hacia todo el cuerpo (Ef. 3:17-19). Este es un asunto de importancia vital. Ningún miembro en particular, por mucho crecimiento que haya experimentado en el Señor, puede expresar dicha plenitud. Sólo la iglesia, reunida bajo el señorío de Cristo, a través del aporte conjunto de todos y cada uno de sus miembros, está llamada a expresar a Cristo en su totalidad, según el eterno propósito de Dios.

Esto explica en gran parte la trágica condición de la iglesia en la actualidad. Se requiere, por ello, una revelación profunda y transformadora del cuerpo de Cristo como el vaso escogido por Dios para el logro final de sus designios.

Por muy dotado que sea un ministro de Dios, lo suyo sigue siendo nada más que una pequeña medida de Cristo, y nunca podrá expresar la totalidad de quien es él. Este es uno de los tópicos esenciales del Nuevo Testamento. Por ello, el enfoque no está puesto sobre los ancianos, pastores o dones de la palabra, sino más bien en el ministerio completo de todo el cuerpo, pues sólo por su intermedio la plenitud de Cristo puede ser conocida y experimentada.

No es posible enfatizar demasiado este hecho. Los ministros de la palabra de Efesios 4 tienen por fin capacitar a los santos, equiparlos y prepararlos para realizar la gran obra del ministerio que es la edificación del cuerpo de Cristo. ¿Podemos comprender cuán importante es esto? Ellos, en rigor, no realizan por sí mismos la obra del ministerio, sino que proveen a los santos con los materiales adecuados para hacer su tarea. Ellos sirven y ministran entre los santos. Son sencillos hermanos que sirven a sus hermanos en esta función específica.

Ninguna clase de jerarquía se introduce en su relación con ellos (aunque deben ser apreciados y reconocidos en su función específica por el resto de sus hermanos). Pues, simplemente están en el cuerpo por causa de todos ellos, pues si falta

el ministerio de los santos, la iglesia jamás será edificada. Porque, como nos dice el apóstol Pablo, tan sólo en conjunto con todos los santos seremos capaces de comprender la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del propósito divino; y, aún más, seremos capaces de conocer el amor de Cristo, para llegar a ser llenos de toda la plenitud de Dios. Así está establecido por Dios y nada podrá jamás cambiar este hecho.

Los ancianos de la grey

Ya hemos visto que en el Nuevo Testamento los ancianos no constituyen una casta especial y diferente al resto de sus hermanos, sino un grupo de hombres escogidos entre los creyentes por el Espíritu Santo, debido a su mayor crecimiento y experiencia en los asuntos del Señor, para cuidar y supervisar su rebaño. Son por cierto, fruto de la vida corporativa de la iglesia bajo la dirección del Señor.

En este sentido, nadie puede llegar a ser un anciano sin antes haber experimentado profunda y consistentemente la vida de iglesia por un largo tiempo. Si un hombre no ha conocido esta vida, no está preparado para ser un anciano en los términos del Nuevo Testamento.

Como se ha dicho antes, no son los talentos, habilidades y conocimientos los que constituyen a un hombre un anciano entre sus hermanos. Tan sólo la vida de Cristo es esencial en este caso. Examinemos ahora con más atención la naturaleza de su servicio en la casa de Dios, pues en lo principal el fundamento de los apóstoles quedaba establecido con el surgimiento de los ancianos entre los creyentes de cada localidad y aquí hallamos otra de las hebras que estábamos buscando.

El primer rasgo evidente de los ancianos del Nuevo Testamento es que dicho servicio siempre tiene un carácter plural. Nunca nos encontramos con un único anciano en una iglesia local. Por el contrario, siempre funcionan como un grupo de hermanos en mutua sujeción y dependencia:

“Y constituyeron **ancianos** en cada iglesia...” (Hch. 14:23).

“Hizo llamar a los **ancianos** de la iglesia” (Hch. 20:17).

“Por tanto, mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por **obispos**, para apacentar la iglesia del Señor...” (Hch. 20:28).

“A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los **obispos** y **diáconos**” (Fil. 1:1).

“Y establecieses **ancianos** en cada ciudad, así como yo te mandé” (1Tit. 1:5).

“Obedeced a vuestros **pastores**, y sujetaos a ellos” (Hb. 13:17)

“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los **ancianos** de la iglesia” (St. 5:14).

“Ruego a los **ancianos** que están entre vosotros...” (1Pd. 5:1).

El ministerio plural y colegiado de los ancianos tiene como fundamento, una vez más, el principio de la mutualidad. En el cuerpo de Cristo nadie puede ejercer un ministerio hegemónico o central, pues esto dañaría el hecho indiscutible de que Cristo es la única cabeza de la iglesia.

En este contexto, la función de los ancianos es expresar de manera corporativa, representativa y ejemplar el cuidado y la supervisión de Cristo para con la iglesia en lo que dice relación con los asuntos de la vida, el orden, el servicio y el crecimiento de los miembros del cuerpo. Ellos son quienes tienen la primera responsabilidad de mantener, guiar y preservar a la iglesia dentro de la enseñanza apostólica.

Pero en este punto actúan primero como ejemplos a imitar entre sus hermanos, pues la responsabilidad por estas cosas pertenece finalmente a la totalidad del cuerpo. Por ello, su labor no consiste en sustituir el ministerio de los santos, sino más bien cuidar que cada uno de ellos cumpla su función para beneficio de sus hermanos y se desarrolle en la vida y el servicio compartidos.

Los ancianos son hermanos más maduros y crecidos en el Señor a quienes el Espíritu Santo pone como supervisores (obispos) entre el resto de sus discípulos¹, para que con su palabra y su propio ejemplo de vida y conducta puedan guiar a los santos por el camino a seguir en pos del Señor. Si quieren desempeñar su tarea adecuadamente, nunca deben imponerse como autoridades jerárquicas con privilegios especiales sobre la iglesia. Por el contrario, deben servir a sus hermanos con la palabra y el ejemplo, mostrándoles de qué manera permanecer fieles al Señor a través de las distintas crisis y circunstancias de la vida de la iglesia. Ellos deben ayudar a sus hermanos a alcanzar lo mismo que ellos ya han obtenido delante del Señor.

Si hacen bien su tarea, y todos los santos cumplen su ministerio, llegará el día en que todos los hijos sean verdaderos ancianos en la casa de Dios (en vida y carácter, pues la función de supervisar habrá cesado puesto que ya no será necesaria). Quizá por ello, en la visión celestial la iglesia está representada por 24 ancianos alrededor del trono de Dios (Apocalipsis 4).

Una buena forma de visualizar correctamente su función dentro del cuerpo está en el ejemplo de una familia y las relaciones que existen entre sus miembros.

De acuerdo con el apóstol Juan, existen en la familia de Dios tres clases de personas: están, en primer lugar los padres, quienes son hombres y mujeres maduros, experimentados y probados en un conocimiento íntimo de Dios, capaces de formar y guiar a sus hermanos más pequeños. Luego vienen los jóvenes, quienes habiendo aprendido las verdades esenciales de la vida cristiana, se han hecho fuertes y están listos para tomar un lugar en batalla por el Reino de Dios. Finalmente, están los niños más pequeños, es decir, los nuevos creyentes que comienzan a dar sus primeros pasos en el Señor. Estos últimos necesitan mucho cuidado, atención, instrucción y amor de parte de sus hermanos mayores y más experimentados. Naturalmente son los padres quienes realizan esa labor en

una familia. Lo mismo es verdad con respecto a la familia de Dios.

Los ancianos son, en este sentido, aquellos hermanos más maduros y experimentados en el camino del Señor, a quienes el Espíritu Santo entrega la responsabilidad de velar y cuidar de sus hermanos más jóvenes y pequeños. Su servicio no se basa en un cargo o una posición jerárquica organizacional, sino en la vida de Cristo que conocen y transmiten a otros por medio de la palabra y el ejemplo.

La sujeción a los ancianos en la iglesia ha de expresarse como una disposición voluntaria a ser persuadidos, instruidos, ordenados y corregidos por ellos. Por otra parte, los ancianos deben mostrar con su ejemplo de vida la misma disposición entre ellos y también hacia la totalidad del cuerpo. Jamás deben tratar de imponer algún tipo de gobierno propio u obligar a la iglesia a hacer su voluntad, pues no son la cabeza jerárquica de la iglesia, sino simplemente sus siervos más responsables, maduros y dedicados. Las diferencias entre los ancianos y el resto de sus hermanos no son de clase sino de función y vida. Vale decir, y si se puede acuñar el término, de “edad espiritual” y servicio dedicado. Lo que calificaba a un anciano del Nuevo Testamento era su vida con el Señor, y nada más. No su capacidad, oratoria, carisma, inteligencia, conocimiento de la Biblia, estudios o investidura eclesiástica. Nosotros nos impresionamos fácilmente con los cargos, pero Dios pone su acento en la vida.

Por otra parte, es necesario destacar el escaso énfasis que la Biblia pone en el tema de los ancianos y el liderazgo. Aunque la mente humana da una alta importancia al asunto de quién ejerce el poder y la autoridad, el Señor estableció que entre los suyos no debe ser así. Por el contrario, el énfasis escritural está puesto en que sólo Jesucristo tiene autoridad en la Iglesia.

De hecho, de las muchas palabras que se emplean en el Nuevo Testamento para denotar autoridad en relación con el Señor, ninguna de ellas se usa para describir la relación entre creyentes². Entre los miembros del cuerpo de Cristo existe

mutualidad, dependencia, sujeción y amor. La autoridad, en tanto, pertenece exclusivamente a la Cabeza.

Sin embargo, esto no significa que dicha autoridad no pueda ser expresada y conocida por el cuerpo. La diferencia está en el cómo. Entre los hombres, dijo el Señor, los que son grandes se enseñorean y ejercen potestad sobre quienes están bajo su autoridad. Entre vosotros, no obstante, no será así. Vale decir, en medio de los hijos de Dios no debe haber quienes se ubiquen en una posición superior, por encima de sus hermanos. Por el contrario, quienes realicen una función de liderazgo han de hacerlo como siervos de todos.

He aquí la clase de autoridad que Cristo delega en medio de su iglesia. Autoridad para servir, cuidar, atender y edificar. No para dominar, reinar, imponer o exigir obediencia. La diferencia, es por cierto incalculable. Puesto que la autoridad pertenece a Cristo, tan sólo podemos expresar y representar dicha autoridad por medio de la palabra y el ejemplo. Jamás imponerla por la sola institución de un cargo u oficio “superior”. Además, dicha expresión es orgánica y está siempre limitada al don, ministerio y servicio que específicamente realiza cada uno de los miembros del cuerpo. Nadie tiene derecho a exceder este límite. Cuando un miembro del cuerpo manifiesta a Cristo en una medida específica, expresa también su autoridad. Y los demás deben reconocer y sujetarse a la dirección del Señor que viene a través de ese miembro específico.

Por cierto, esto no significa que todos expresan y representan al Señor por igual. Es evidente que existen diferencias de dones, función y madurez espiritual entre los creyentes.

En 1Cor. 12, el apóstol Pablo explica que en este asunto Dios ha establecido un orden en la iglesia. Dicho orden, no obstante, no dice relación con una estructura jerárquica o una cadena de mando, sino con la función que realiza cada uno dentro de una relación orgánica, y no jerarquizada.

De acuerdo con dicho orden, en el proceso de edificación de la iglesia, el ministerio de los apóstoles está en primer lugar; en segundo lugar el ministerio de los profetas; y tercero, el ministerio de los maestros... luego el ministerio conjunto de

todos los creyentes (1Co. 2:28-29). Apóstol, profeta y maestro no son cargos, títulos o puestos oficiales en el cuerpo sino funciones específicas realizadas por hombres que Dios da a la iglesia con el fin de ayudarla y capacitarla para cumplir su misión.

El orden de edificación establecido por Dios nos muestra que para poner el fundamento de la iglesia se requiere la obra de los apóstoles; para explicitar, ampliar y profundizar dicho fundamento, el ministerio de los profetas; y para la tarea práctica de aplicarlo al desarrollo espiritual corporativo e individual, el ministerio de los maestros. Es esto lo que Pablo llama también “capacitar a los santos para la obra del ministerio”, en Efesios. A partir de allí, todos los santos equipados por medio del ministerio de estos dones y en conjunto con ellos, realizan la gran obra del ministerio: la edificación del cuerpo hasta alcanzar la estatura de Cristo.

En este contexto surgen los ancianos como hombres maduros, probados y confiables a quienes el Espíritu designa entre los santos para cuidarlos, supervisarlos y alentarlos mientras realizan su tarea de mutua edificación. Sobre los ancianos recae la responsabilidad principal en cuanto al liderazgo práctico en la iglesia. Sin embargo, dicho liderazgo es un servicio entre los santos, no un gobierno autoritario sobre ellos. Los ancianos, en tanto, también forman parte del cuerpo en función y comparten con los santos el ministerio mutuo. No están, en este sentido, por encima de sus hermanos, sino que sirven en medio de ellos para la edificación del cuerpo. En unión con todos ellos llevan el liderazgo en la búsqueda de entender y obedecer la dirección del Señor, quien es la cabeza real y presente del cuerpo por medio de su Espíritu; dirección que fluye a través de la acción concertada, coordinada y ordenada de todo el cuerpo en mutua sujeción a la cabeza.

Esto explica el por qué en la Biblia el énfasis está puesto sobre el ministerio mutuo de todos los santos antes que sobre el liderazgo y los ancianos. La clave está en el sujetarse unos a otros en el temor del Señor, reconociendo el ministerio o servicio específico que cada uno realiza en la obra de edificación bajo la autoridad de Cristo el Señor.

Notas

1. En la iglesia del Nuevo Testamento los términos anciano, pastor y obispo eran equivalentes e intercambiables (Hch. 20:17,28; 1Pd. 5:1,4). Todos hacían referencia a una misma clase de personas en el cuerpo de Cristo. ¿Cuándo comenzó a cambiar esta forma de ver las cosas? No es posible saberlo con certeza, sin embargo los testimonios históricos indican que el proceso empezó a principios del siglo II, con la considerable influencia ejercida por un hombre llamado Ignacio, obispo de Antioquia de Siria. Hasta ese entonces, e incluso después, todos los documentos extra bíblicos coinciden en mostrar a una pluralidad de ancianos u obispos dirigiendo las iglesias en cada localidad. Por ejemplo, La Didaché, un documento fechado entre los años 80 y 90 DC dice textualmente: “Designaos, pues, obispos... dignos del Señor”. Mientras que en la epístola de la iglesia de Roma a los corintios, fechada en el año 95 DC, se lee: “Los apóstoles recibieron el evangelio... y así, predicando por campos y ciudades, por todas partes, designaros a las primicias de sus labores, un vez que hubieron sido aprobados por el Espíritu, para que fueran obispos y diáconos” (Párrafo 42). Y luego, en el párrafo 44 hace sinónimos los términos obispo y presbítero (anciano). Sin embargo, y aunque no se le puede convertir en el único responsable, Ignacio de Antioquia popularizó la distinción entre un obispo único y los ancianos, imaginando al primero como la cabeza visible de la iglesia bajo el cual se encontraban los últimos como cuerpo colegiado: “Deben respetar al obispo como tipo del Dios Padre y a los presbíteros como concilio de Dios y como colegio de los apóstoles” (A los Trallianos, 3). “El obispo presidiendo a la semejanza de Dios y los presbíteros según la semejanza del concilio de los apóstoles” (A los Magnesianos, 6). Sin duda, su inmenso prestigio como discípulo de Juan el apóstol, unido a su testimonio como mártir de Jesucristo, dieron una notable autoridad a las siete cartas que envió a iglesias de ese entonces, enfatizando sus puntos de vista sobre la primacía del obispo. Dichas cartas calaron profundamente en la cristiandad e incluso fueron consideradas por un tiempo como canónicas. En ellas, Ignacio exalta la autoridad absoluta del obispo sobre la iglesia ¿Por qué razón este concepto fue aceptado con tanta facilidad? Quizá porque el suyo era un punto de vista acorde con la mentalidad del imperio, y en ese sentido, la forma más natural de concebir la autoridad. Y por esta razón, prevaleció. ¿Qué más natural que concebir el gobierno de la iglesia como una estructura jerarquizada cuya cabeza máxima es el obispo para un habitante del imperio de César? Porque Ignacio imaginó una iglesia organizada y jerarquizada a imagen y semejanza del imperio romano, y, de paso, desplazó a Jesucristo como cabeza real y viviente de su iglesia para poner en su lugar un cargo llamado “obispo”,

al que despojó completamente de su significado original como sinónimo de presbítero o anciano. De esta manera, se preparó el camino para el primado del obispo romano, pues, ¿si puede existir un obispo entre los ancianos, luego, no puede haber también un papa entre los obispos?

2. La palabra griega para designar autoridad es *exousía* y significa el derecho a desempeñar una determinada acción sin obstáculo alguno. Frank Viola dice acertadamente al respecto: “La Escritura enseña que Dios es la fuente exclusiva de toda autoridad (Ro. 13:1), y que su Hijo ha sido revestido con esta autoridad (Mt. 28:18; Jn. 3:30-36). Cristo, y solo Cristo, posee autoridad. El Señor Jesús dice claramente que: “toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”. Al mismo tiempo, Dios ha delegado su autoridad a hombre y mujeres en este mundo para propósitos específicos... El ha establecido ciertas “autoridades oficiales” designadas para mantener el orden bajo el sol. Oficiales de gobierno, tales como reyes, magistrados, y jueces son dotados con tal autoridad (Mt. 8:9; Lc. 20:20; 23:7; Jn. 19:10,11; Hch. 9:14; 26:10,12; Ro. 13:1ss; 1Tm. 2:2; 1Pd. 2:14)... Mientras que Dios ha establecido autoridades oficiales para operar en el orden natural, El no ha instituido esta clase de autoridad en la iglesia. Esta es la razón por la cual los líderes eclesiásticos están manifiestamente ausentes de la discusión de Pablo sobre las esferas de autoridad mencionadas en Efesios 5-6 y Colosenses 3. Concedido, Dios ha dado a los creyentes autoridad (*exousía*) para ser hechos hijos de Dios (Jn. 1:12); para tener propiedades (Hch. 5:4); para casarse o mantenerse célibes (1Co. 7:37); para decidir que comer o beber (1Co. 8:9); para sanar enfermedades (Mr. 3:15); para echar fuera demonios (Mt. 10:1; Mr. 6:7; Lc. 9:1; 10:19; Jn. 17:2); para edificar la iglesia (2Co. 10:8; 13:10); para recibir bendiciones especiales asociadas con ciertos ministerios (1Co. 9:4-18; 2Ts. 3:8-9); y para gobernar naciones y comer del árbol de la vida en el reino futuro (Ap. 2:26; 22:14). ¡Pero en ninguna parte la Biblia enseña que Dios ha dado a los creyentes autoridad (*exousía*) sobre otros creyentes!” **(Who is Your Covering?, Frank A. Viola).**

Capítulo VI: El significado de la Ekklesia

La palabra *iglesia* es una de los tantos vocablos griegos que permanecieron en nuestra Biblia sin ser traducidos. Este hecho, más la lenta y demoleadora obra del cristianismo institucionalizado, ha logrado que su significado y fuerza original se perdieran completamente entre los hijos de Dios.

En la actualidad, al escuchar la palabra *iglesia* se nos vienen a la mente un sinnúmero de ideas asociadas: un edificio, un templo, una jerarquía religiosa, un movimiento, una tendencia cristiana, una institución o una denominación. Trágicamente, jamás la asociamos con aquello que originalmente quería significar: una asamblea o reunión.

Para cualquier persona de los tiempos neotestamentarios, una “*ekklēsia*” era simplemente una reunión de personas con un propósito dado. Entonces, al igual que hoy, las personas se reunían para diferentes objetivos: había asambleas de carácter político, deportivo, social, filosófico o religioso. El Señor, sin embargo, habló acerca de una reunión diferente a cualquier otra que se realizase en este planeta. Una reunión convocada por él y para él. Una asamblea cuyo centro habría de ser él mismo: La reunión de los llamados de su nombre.

Esta reunión de hombres y mujeres con Jesucristo es la *iglesia*. Precisamente, el significado básico y original de la

palabra griega “ekklesia” es asamblea o reunión.

A partir de éste, su sentido más primitivo, es posible comprender cómo la iglesia va siendo edificada directamente por Cristo a través del Espíritu Santo. El apóstol Pablo escribió a los Efesios: *“Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús”* (Ef. 4:20-21). Lo notable de este pasaje es que el apóstol nos habla de escuchar y ser enseñados directamente por el Señor. Él no nos pregunta si hemos escuchado **acerca de** Cristo, sino sobre el hecho de si hemos escuchado **a** Cristo. No sobre si se nos ha enseñado **sobre** Cristo, sino más bien si hemos sido enseñados **por** Cristo mismo. ¿Cómo es posible algo así? La respuesta se encuentra en las palabras del Señor: *“edificaré mi asamblea (ekklesia)”* y también, *“porque donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*. En el corazón de toda la obra de Dios sobre la tierra se encuentra una reunión de santos cuyo centro real y viviente es Cristo el Señor. Esta reunión, concreta y tangible, es la expresión terrenal de la desposada del cordero, que es su cuerpo y su ayuda idónea. En ella, Cristo encuentra su gozo y contentamiento:

“Jehová está en medió de ti, poderoso, él salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:17).

“Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré” (Hb. 2:12).

“He aquí yo y los hijos que Dios me dio” (Hb. 2:13).

Y Cristo, en medio de ella, es quien verdaderamente la edifica, hablando, enseñando, exhortando, disciplinando, alentando y manifestando su amor, compasión, voluntad, poder y autoridad. Es una reunión para Jesucristo, pues él es su centro y su meta. Esta, su asamblea y de nadie más, no tiene parangón alguno en la tierra.

Ahora bien, no cualquier reunión de creyentes tiene derecho a ser reconocida por Cristo como su reunión o iglesia en la

tierra, que es edificada directamente por él. Para ello debe cumplir con dos condiciones adicionales: unidad y mutualidad.

Unidad

La unidad de la iglesia surge de Cristo. En esencia, según el Nuevo Testamento existe tan sólo una iglesia universal, constituida por todos aquellos que han sido regenerados por el Espíritu a través del tiempo y el espacio. Esta unidad esencial se fundamenta en la unión invisible e indivisible de todos los miembros con Cristo, su cabeza, por medio del Espíritu Santo. Puesto que la vida que sustenta a la iglesia es una persona indivisible, también la iglesia lo es. Es decir, el vaso que contiene a Cristo en plenitud no es en absoluto un individuo en particular sino la suma de muchos para conformar el cuerpo y el templo que él habita. La unidad de la iglesia nace de Cristo y es, por tanto, un hecho irrevocable e indestructible. Todos los que creemos en Cristo formamos un cuerpo y un espíritu con él.

Por otra parte, aunque el hecho espiritual de dicha unidad no puede ser destruido, su expresión terrenal y tangible sí puede ser alterada. Por esta razón, Pablo nos exhorta a poner solicitud en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

La gran tragedia de la cristiandad radica precisamente en este punto. De acuerdo con la revelación neotestamentaria, la iglesia sólo puede separarse por razones de conveniencia geográfica. Cualquier otra causa está prohibida, pues dañaría su naturaleza fundamental.

En las páginas del Nuevo Testamento encontramos que la iglesia de Cristo se expresaba en la tierra a través de una iglesia en cada localidad geográfica. Así hallamos, por ejemplo, la iglesia en Efeso, la iglesia en Antioquia, la iglesia en Esmirna, la iglesia en Jerusalén, pero nunca la iglesia de Grecia o de Italia. Por otra parte, cuando una zona geográfica abarca varias localidades, se habla en plural de las iglesias de

Asia o de las iglesias que están en Judea. La base mínima para que un grupo de creyentes sea considerado una iglesia es que vivan todos dentro de una misma localidad específica y nada más. O bien, dicho de otra manera, todos los creyentes de una misma localidad pertenecen a la única iglesia de Cristo que está manifestada allí en su expresión terrenal.

No pueden haber más “iglesias” dentro de una misma localidad pues eso dañaría su unidad esencial. Cualquier otra base de división está prohibida en el Nuevo Testamento, pues todos los creyentes en Cristo Jesús pertenecen a una sola y única iglesia celestial, que se distribuye y expresa a través de iglesias locales, separadas únicamente por razones de conveniencia geográfica. Las iglesias que expresan en la tierra a la iglesia que es su cuerpo, son contiguas y concomitantes y jamás están yuxtapuestas o traslapadas unas con otras. Además, se conforman como la asamblea de todos los santos que viven en una localidad específica, bajo la dirección de Cristo su cabeza.

Este modelo, revelado en el Nuevo Testamento, en el ejemplo de las iglesias fundadas por los apóstoles bajo la dirección del Espíritu Santo, es el único que puede expresar adecuadamente lo que la iglesia es según el eterno propósito de Dios. Este no es un asunto optativo, pues tal como Dios le advirtió a Moisés, su casa debe ser edificada según el modelo mostrado en el monte. Dios nos ha dado el vino nuevo de Cristo, pero a la vez nos ha mostrado el odre destinado a contenerlo, pues en la obra de Dios nada ha sido dejado a la iniciativa o improvisación humana, por muy buena, útil o atractiva que ella nos pueda parecer.

La iglesia o asamblea de los santos, es la expresión plena de Cristo, como su cuerpo y su ayuda idónea. A través de ella Cristo se expresa a sí mismo en la tierra. Todo lo que Cristo es en los cielos ha de expresarse por medio de su iglesia en la tierra. Para que esto sea posible, la iglesia ha de mantenerse unida bajo su dirección directa y permanente, pues, como ya hemos visto, es a través del ministerio mutuo de todos los santos como la dirección, vida y poder fluyen desde la cabeza

hacia todo el cuerpo en plenitud. Mas, si su cuerpo está dividido, tal cosa se vuelve imposible y el Señor se encuentra impedido.

Por cierto, es físicamente inaplicable para los creyentes de todo el mundo reunirse en una sola localidad, y por ello el Señor les permite separarse en unidades territoriales bajo su gobierno directo, como se ve claramente en su relación con las iglesias de Asia según el Apocalipsis. No obstante, esta división no altera el hecho de la unidad esencial de la iglesia, pues cada localidad, aunque independiente de las demás en administración, está regida por el mismo Señor que es cabeza de la iglesia, debido a que todavía se reúne sobre la única base del cuerpo de Cristo en dicha localidad, aunque no necesariamente en el mismo lugar (la forma, en la mayoría de los casos, parece haber sido una red de reuniones por las casas de los creyentes)¹.

No existía ninguna jerarquía u organización por encima de las iglesias en las localidades, pues ellas dependían directamente del Señor que es la única cabeza de la iglesia, ya que cuando los creyentes se reunían en torno a él en una localidad determinada sobre la única base de pertenecer a su cuerpo, se constituían en su iglesia de manera práctica y experimental, y el Señor podía manifestarse plenamente en medio de ellos.

Este hecho fundamental explica en parte el estado de decadencia que vive la iglesia en nuestros días. Dividida en incontables facciones o sectas que se excluyen mutuamente entre sí (secta en el sentido bíblico es una división de la iglesia por cualquier causa que no sea la geográfica expuesta más arriba), o que, a lo sumo, manifiestan un tibio compañerismo por encima de las bien construidas murallas que las separan, la cristiandad moderna se ha vuelto incapaz de expresar en plenitud a su Señor.

No existe ningún fundamento bíblico para tales divisiones, que hieren y desafían la autoridad de Cristo sobre los suyos. Simplemente están allí porque los creyentes hemos dado lugar a motivos carnales, separándonos de nuestros hermanos

por razones pseudo-espirituales. Así, cualquier hermano o grupo de hermanos que difiere de otros por motivos de doctrina, práctica o ministerio, encuentra en ello razones suficientes para separarse y erigir una nueva “iglesia” en torno a su doctrina, práctica o énfasis favorito e incluso, sobre diferencias raciales, políticas y sociales.

Sin embargo, puesto que nuestras facciones se han constituido sobre una base distinta al cuerpo de Cristo en cada localidad (ya sea añadiendo o quitando algo a aquella sencilla base) han perdido el derecho de representar y expresar a Cristo como su iglesia en la tierra. Por cierto, cada uno de los creyentes sigue perteneciendo en forma individual a la iglesia celestial que es su cuerpo, pero la agrupación que han constituido no puede ser llamada la iglesia que él mismo edifica.

Así, la esfera de acción del Señor queda confinada a los individuos, con toda la limitación que esto conlleva. Porque sin su iglesia expresada en la tierra, su eterno propósito queda relegado e incumplido. Esta es la tragedia que causan nuestras divisiones.

Mutualidad

Como hemos visto anteriormente, mutualidad significa que todos los creyentes pueden ministrar en las reuniones de iglesia, según el principio de 1 Corintios 14. Bajo la dirección del Espíritu Santo, todos están llamados a suministrar vida por medio del don que cada uno ha recibido.

Una reunión típica de iglesia tiene el sello de la mutualidad y la flexibilidad, a fin de que el Señor pueda expresarse con libertad en medio de ella. De acuerdo con la Biblia, la reunión de los santos no consiste en un culto donde el sermón del pastor es el momento central, mientras que el resto de los creyentes se limitan a participar pasivamente como meros espectadores. Nada está más lejos de esto que la noción de mutualidad anclada en la médula del Nuevo Testamento. Por cierto, encontramos algunas reuniones donde los creyentes se re-

unían para escuchar a un obrero apostólico o un ministerio de la palabra (como por ej. los apóstoles en el Templo, Pablo en Mileto, y Silas en Antioquía). Mas, no debe considerarse que estas eran reuniones típicas de iglesia. En verdad, la iglesia diseñada por Dios en la eternidad fue concebida como un organismo corporativo donde prevalecen las relaciones en lugar de las formas rígidas. Ella es el vaso que expresa a Dios mismo y debe, por tanto, ser lo suficientemente espontánea y flexible como para que el Espíritu pueda moverse en ella a voluntad.

En 1 Corintios 14 encontramos, quizá, la única descripción de una reunión de iglesia registrada en las páginas del Nuevo Testamento. Allí el énfasis está puesto sobre el ministerio mutuo (“cada uno tiene...”) y la participación de todos (“...si todos profetizan”). No es necesario ser dogmáticos al respecto. Lo que Pablo nos dice no debe interpretarse como un método o un modelo rígido. No se trata de establecer una “nueva forma de reunión” en la que todos los santos deban obligatoriamente hablar. Como se ha dicho antes, el acento de Dios no se encuentra en las formas sino en la vida. No obstante, el principio de la mutualidad debe encontrarse activo en cada reunión de la iglesia, pues, de otro modo, la vida no podrá expresarse con libertad y sin impedimentos.

Así, el “orden” de la reunión consiste en que todo aquel que ha recibido algo del Señor, según el don que tiene específicamente (1Pd. 4:10-11), encuentre la oportunidad de entregarlo al resto de sus hermanos. Está bien que los profetas hablen, pero también es necesario que haya espacio para que otros miembros, incluso los más pequeñitos, ministren al cuerpo. Todos deben considerarse participantes activos y no simples receptores pasivos de un “culto” que otros han preparado y realizado para ellos. En verdad, la iglesia y Cristo constituyen una realidad indivisible. Y cuando encontramos a la iglesia expresada tal como ella debe ser, también encontramos al Señor de la iglesia en medio de ella. Porque, de acuerdo con Pablo, quién toca a la iglesia, toca también a Cristo (“...declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”).

Por ello, la noción que mejor describe su naturaleza

básica se encuentra en la expresión “unos a otros”, que aparece más de 60 veces en el NT. Palabras como *mutualidad*, *reciprocidad*, *flexibilidad* y *sujeción* son las que explicitan mejor la forma de vida de los creyentes. Las relaciones entre los hijos de Dios nunca son meramente unidireccionales (por ej. yo mando, tu obedeces; yo enseño, tu aprendes; yo hablo, tu escuchas), sino bidireccionales y recíprocas (damos y a la vez recibimos; enseñamos y aprendemos; hablamos y escuchamos; corregimos y somos corregidos).

Este “unos a otros”, sin jerarquías de por medio, es la forma en que la iglesia manifiesta y experimenta en la tierra la forma de vida divina. Tan sólo el “unos a otros” puede salvaguardar la absoluta centralidad de Cristo y su señorío entre los creyentes.

Sin embargo, hemos heredado un sistema de clases que separa a los creyentes en ministros profesionales (clero) y pueblo llano (laicos). Nada atenta más contra la manifestación del propósito divino que esta antibíblica distinción. Donde unos pocos hombres ejercen el ministerio mientras la mayoría se limita a recibir pasivamente los beneficios, tenemos el judaísmo. Donde todos ministran y todos se benefician de dicho servicio, tenemos la iglesia de Jesucristo, de quien **“todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas la coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”**.

La reunión de los santos con Cristo como centro sólo puede realizarse sobre la base de la unidad y la mutualidad, pues de otra manera carece de verdadera legitimidad a los ojos de Dios. Ciertamente puede haber algún grado de bendición en las reuniones que no satisfacen esta condición, pero jamás podrán constituirse en su iglesia, que tiene la exclusiva autoridad de manifestarle en plenitud.

En nuestros días, los creyentes parecen correr tras los super-ministerios de supuestos grandes hombres de Dios. Los mega-liderazgos están a la orden del día y la cristiandad parece pensar en que sólo por su intermedio Dios puede ser tocado y alcanzado. Hombres y mujeres viven cegados por el brillo de

las superestrellas del cristianismo contemporáneo, que demasiado a menudo siguen los mismos patrones de la fama y el poder mundano. No obstante, las palabras de Cristo permanecen como un irrevocable juicio sobre nuestras ambiciones y afanes de grandeza: *edificaré mi iglesia*.

Jamás nuestros ministerios e imperios personales, pues Dios ha escogido un único hombre para representar su poder y autoridad en este mundo: la iglesia de Jesucristo.

Si no reconocemos este hecho esencial, si no lo vemos con claridad, todos nuestros esfuerzos resultarán vanos. Podremos orar fervientemente, realizar guerra espiritual, llevar a cabo extensas campañas evangelísticas, levantar mega iglesias, predicar a multitudes, sanar enfermos, hacernos conocidos y famosos más allá de nuestras fronteras, escribir libros, prosperar económicamente y trabajar ruidosamente para descubrir, cuando acabe el largo día, que hemos avanzado demasiado poco en nuestra obra.

El mundo, Satanás y el pecado seguirán allí, casi tan tranquilos y seguros como siempre, mientras las palabras del antiguo profeta resuenan por encima de nuestras cabezas: “*Concebimos, tuvimos dolores de parto, dimos a luz viento; ninguna liberación hicimos en la tierra, ni cayeron los moradores del mundo*” (Is. 26:18).

Entretanto, el Reino de Dios seguirá esperando su hora, que no es la hora de ningún hombre, ministerio o “ungido predicador”, sino la de la iglesia de Jesucristo.

Notas

1. Con respecto al lugar de reunión de la iglesia, Watchman Nee ha señalado con penetrante sabiduría: “Los grandes edificios de hoy con sus orgullosos capiteles hablan del mundo y de la carne antes que del Espíritu, y, de mucho modos, ellos no están tan bien adaptados para el propósito de la asamblea cristiana como los hogares privados de los hijos de Dios. En primer lugar, la gente se siente más libre de hablar de cosas espirituales en la atmósfera informal de un hogar que en un espacioso templo donde todo se hace de modo formal; por tanto, no hay la misma posibilidad allí para el intercambio mutuo. Por alguna razón, tan pronto como las personas entran en estos edificios especiales,

involuntariamente adoptan un estado de pasividad y esperan que se les predique. El ambiente de una familia debiera penetrar en todas las reuniones de Dios, para que los hermanos se sientan libres de hacer preguntas (1Co. 14:35). Todo debería estar bajo el control del Espíritu, pero también estaría allí la libertad del Espíritu. Además, si las iglesias están en los hogares de los hermanos, ellos naturalmente sienten que los intereses de la iglesia son sus intereses... Así el método escritural de la organización de la iglesia es en extremo sencillo. Tan pronto como hay unos pocos miembros en un lugar, ellos comienzan a reunirse en uno de sus hogares. Si los miembros aumentan tanto que se vuelve impracticable encontrarse en un casa, entonces ellos pueden congregarse en varios hogares diferentes, pero la compañía entera de creyentes puede reunirse de tiempo en tiempo en algún lugar público. Un local para tales propósitos puede conseguirse prestado, alquilado, o construido, de acuerdo con las posibilidades económicas de la iglesia; pero debemos recordar que el lugar ideal para la reunión de los santos son sus propios hogares". (**La Iglesia Normal, Watchman Nee**).

Capítulo VII: La Comunidad del Reino

En el capítulo anterior encontramos que el significado básico de la iglesia está dado por una reunión corporativa con Jesucristo como centro real y viviente, realizada bajo los principios de la unidad y la mutualidad. Dicha reunión, sin embargo, es tan sólo el centro neurálgico de un contexto mucho más amplio, al que podemos llamar vida de iglesia o también comunidad del reino. La iglesia es a la vez una reunión para mutua edificación y una comunidad orgánica de discípulos de Cristo. Una comunidad llamada a encarnar y expresar el Reino de Dios en la tierra.

El reino de Dios es, al mismo tiempo, la auto-revelación de Dios mismo (su persona, vida, carácter y poder), como también el ámbito donde ejerce su autoridad soberana y es obedecido. Jesucristo hizo del reino el asunto central de su enseñanza y predicación, definiendo con ello la vida, el carácter y la misión de su iglesia.

En el Nuevo Testamento se le llama también el reino de los cielos (básicamente en el evangelio de Mateo), haciendo referencia a su origen y naturaleza. Puesto que Dios es Espíritu, su reino también lo es. Posee, por lo mismo, una naturaleza absolutamente distinta a los reinos de este mundo. Los princi-

pios y leyes que lo rigen son completamente antagónicos a los principios del mundo. Para verlo, es necesario venir del mismo ámbito del cual procede y, para entrar en él, poseer su misma naturaleza. Esto nos lleva a considerar nuevamente el propósito eterno de Dios.

Expresando su autoridad

El Génesis, al expresar el designio divino, nos dice que Dios creó al hombre (varón y hembra) a su imagen, y luego les dijo “*fructificad, multiplicaos, llenad la tierra y **sojuzgadla, y señoread...***” (Gn. 2:28). Como podemos notar, su deseo era tener por un lado a un hombre que llevara su imagen y por otro, que representara su autoridad sobre la tierra. Dicho hombre, del cual Adán y Eva eran una figura, es según el Nuevo Testamento, Cristo expresado corporativamente por medio de su iglesia.

Sin embargo, debido a la introducción del pecado, este propósito quedó relegado y escondido hasta el día en que el Hijo de Dios descendió del cielo trayendo consigo el plan original de Dios. Entonces las palabras de la antigua profecía comenzaron a cumplirse: “abriré mi boca en parábolas; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo” (Mt. 13:34-35).

Debido a que Adán había cedido el dominio de la tierra a la Serpiente, al caer bajo su potestad, el reino de Dios quedó oculto fuera de este mundo desde el principio del tiempo. Dios había creado al hombre para que fuese su canal de expresión en el orbe visible. Para ello lo dotó con un espíritu capaz de percibirle, tocarle y comprenderle. Una porción que pertenecía al ámbito invisible y espiritual. A través de su espíritu el hombre habría de tener comunión con Dios y el ámbito celestial, y podría luego expresar su autoridad en la tierra. No obstante, el espíritu era sólo un receptáculo vacío que debía ser llenado, ya que el hombre era aún un ser incompleto.

Por esta razón, Dios puso en el huerto el árbol de la

vida, que contenía su mismísima vida divina. Si el hombre comía su fruto, el Espíritu de Vida vendría a morar en su espíritu, uniéndose a él, vivificándolo y saturándolo de vida divina. Luego el hombre, viviendo por medio de esa vida, podría expresar su reino en la tierra.

Pero Adán pecó, comiendo en su lugar el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Al instante su espíritu se marchitó y murió, desgajándole irremisiblemente de Dios y su reino. A continuación el alma (que no debe ser confundida con el espíritu) dominada y vencida por el pecado, comenzó a expandirse para convertirse en la energía vital que sustenta a la naturaleza humana. El hombre ya no viviría por medio de la vida divina sino por medio de su alma, vale decir, a través de su propio “yo” o energía natural. Las consecuencias fueron desastrosas, pues sin su espíritu el hombre no puede percibir, ni mucho menos experimentar la vida divina. Y sin esa vida divina no puede ver, ni entrar en el Reino de los Cielos, pues es imposible para el hombre natural conocer o sujetarse a Dios y su voluntad.

Del alma caída y su esfuerzo proceden los reinos de este mundo, su civilización, su ciencia, su orden y cultura, de los cuales Dios se encuentra completamente excluido. Su lugar ha sido usurpado por Satanás, cuya simiente rebelde late en el corazón de toda la raza.

En el libro de Daniel, el rey pagano Nabucodonosor vio a los reinos del hombre representados por una gran imagen cuya gloria era sublime. Su visión, por cierto, representa la perspectiva humana de las cosas. Daniel, en cambio, los vio representados por cuatro criaturas bestiales y despiadadas, lo que nos muestra la perspectiva celestial de las cosas. La raza humana, carente de verdadera vida espiritual, es incapaz de comprender los hechos desde la perspectiva celestial. Para ello se requiere un nuevo nacimiento que vivifique antes su espíritu marchito.

Sin embargo, no existe poder humano o angélico capaz de levantar ese espíritu de entre los muertos. Las religiones no son más que el pálido esfuerzo del alma humana por recu-

perar esa dimensión perdida, cuyo recuerdo yace inscrito en lo más profundo de nuestro ser. Pero nuestra mente, voluntad y emociones jamás podrán volverse espirituales por sí mismas. Podremos crear, inventar, soñar, sentir las más profundas emociones, practicar la más rigurosa auto negación y todo resultará vano. Al final, no habremos producido ni un solo gramo de realidad espiritual, pues el camino se encuentra cerrado por un poder que jamás podremos derrotar: la muerte.

Daniel sin embargo, vio llegar un día nuevo sobre la oscura noche de nuestra raza caída; la puerta eternamente cerrada habría de ser abierta desde el mismo cielo y el reino de Dios descendería hasta los hombres.

Cuando Jesús comenzó su ministerio terrenal, sus primeras palabras fueron: *“arrepentios, porque el reino de los cielos se ha acercado”*. ¿Su significado? La profecía de Daniel había comenzado a cumplirse.

Recordemos un poco aquella historia: En la visión de Nabucodonosor, la gran imagen de los reinos humanos fue desmenuzada totalmente por una pequeña piedra que luego creció hasta convertirse en un monte que llenó toda la tierra. Daniel le explica, entonces, que esta figura representa el advenimiento de un reino eterno e incommovible, levantado por el mismo Dios del cielo sobre la tierra (Dn. 2:31-45). La expresión con que el profeta define aquí a Dios es muy importante: lo llama “el Dios del cielo”. De hecho, en el libro de Daniel este es el nombre característico para Dios. La razón de esto se encuentra en la cautividad de los Judíos en Babilonia. Puesto que en el presente su pueblo ha perdido la posesión de Canaán, Dios no tiene un testimonio propio en la tierra y sólo puede ser llamado Dios del cielo. Este es un principio que corre a lo largo de todo Antiguo Testamento.

Canaán representaba la plenitud de la bendición y vida espiritual en el reino de Dios (tierra que fluye leche y miel). Mientras su pueblo posee Canaán, él puede ser llamado Dios del cielo y la tierra; mas, cuando pierde dicha posesión, se le llama tan sólo Dios del cielo.

De manera que en la figura de Israel y Canaán halla-

mos un principio fundamental: Para manifestar su gobierno sobre la tierra Dios requiere al hombre; pero no a cualquier clase de hombre, sino uno que primero posea en plenitud la vida del reino.

En el capítulo 7 de Daniel encontramos una visión que completa el sueño de Nabucodonosor. Aquí, como hemos visto, la perspectiva es más bien celestial. Tras el surgimiento de las cuatro bestias que representan los sucesivos reinos del hombre, Daniel ve el trono de Dios y la llegada del Hijo del Hombre a quien le es entregado todo dominio y autoridad sobre la tierra. Este último es la misma piedra que golpea la imagen en el capítulo 2 y que luego crece hasta convertirse en un monte que llena toda la tierra. La explicación de su crecimiento está dada en el versículo del capítulo 7: *“Y que el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo del cielo (en la tierra), sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán”* (Dn. 7:27). Y en el versículo 22: *“y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino”*.

El profeta identifica al Hijo del Hombre con el pueblo de los santos del Altísimo y ve en ellos una sola entidad (compare el versículo 14 con el citado versículo 27). En verdad, Daniel está viendo a Cristo y su iglesia, el Nuevo Hombre celestial según Dios. Y nos está diciendo que cuando este Hombre posea el reino de los cielos, los reinos de este mundo llegarán a su fin en la tierra y Satanás habrá sido completamente expulsado.

Recuperando su plan original

El Señor Jesús comenzó su ministerio con el gran anuncio escatológico del reino de Dios. Por su intermedio, dicho reino se hizo presente en el mundo para desbaratar totalmente el poder de la tinieblas. Aquí, en la tierra, Dios tenía un hombre cuyo espíritu está vivo y en profunda comunión con el ámbito celestial. Uno que llevaba consigo la vida divina y que,

por consiguiente, estaba en absoluta sujeción a la autoridad de Dios. Esto golpeaba el corazón mismo de las tinieblas. El sistema se mostró incapaz de recibirle o comprenderle pues todo en él procedía de ese otro ámbito, cerrado para la naturaleza humana caída. Pero Jesús había venido para invadir, desalojar y destruir el reino de la oscuridad. Puesto que él como hombre se encontraba en completa posesión del reino de Dios, la autoridad divina estaba en acción en la tierra. Los demonios salían expulsados, los enfermos eran sanados, los pobres y quebrantados recibían consolación, los pecadores eran perdonados, mientras las fortalezas de Satanás caían y se batían en retirada.

Sin embargo, algo aún más profundo y trascendental estaba por ocurrir. Cristo habría de iniciar su iglesia, la comunidad de discípulos llamada a encarnar y establecer definitivamente el reino de Dios en la tierra.

Para ello reunió a doce hombres a quienes a lo largo de tres años enseñó y transmitió la forma de vida del reino con su palabra y ejemplo. Todo el peso, la gloria, el poder y la autoridad del reino de Dios vivían en él. Sin embargo, nuestro Señor vino con la misión de incorporar a todos los hombres al ámbito del reino de Dios. Por tanto, debemos preguntarnos ¿Cuál es específicamente ese ámbito? Pues bien, es la esfera de la perfecta voluntad de Dios, su propósito y autoridad. Es el territorio del Espíritu y la vida. Es el ámbito de la obra de Dios en la tierra. Fuera de su reino, Dios no puede ser conocido ni experimentado. Sin embargo, para formar parte de él, el hombre debe poseer una clase de vida que está por encima de sus posibilidades. El sermón del monte es el mejor ejemplo de esta verdad. Nunca hubo ni habrá una norma de vida más alta que la que allí se describe. Aún más, Cristo recalca que quien no pueda cumplir con sus demandas está en peligro mortal. Aún los orgullosos fariseos quedan descalificados delante de ellas. Son, con todo, exigencias imposibles para el hombre natural. Sus mandamientos son la expresión de una forma de vida infinitamente superior, una que procede de la tierra de la Trinidad.

Por ello, Jesús dice a Nicodemo que para entrar en su reino es preciso nacer de lo alto. Ser engendrados del agua y del Espíritu. Antes de que esto ocurra, no nos es posible vivir bajo su gobierno y autoridad.

Este es un asunto de suma importancia. El hombre fue creado para vivir bajo el gobierno de la vida divina. Para ello le fue dado un espíritu que, como hemos visto antes, murió a causa del pecado. Necesita imperiosamente ser vivificado. El alma caída, con su mente, voluntad y emociones es incapaz de vivir bajo el gobierno de Dios. De hecho, no puede tocar o percibir a Dios por sí misma. Nuestra mente no puede conocer a Dios por sí misma, nuestra voluntad es incapaz de obedecerle y nuestras emociones de sentirle. Él se encuentra más allá de la esfera de nuestra alma (o nuestro yo). Y el mero esfuerzo exterior por cumplir los mandamientos de Dios no es suficiente. Todos aquellos que han intentado este camino han quedado confundidos y desalentados. “Mis palabras,” dijo el Señor, “son espíritu y son vida.” Es decir, han de ser comprendidas, vividas y obedecidas interiormente por un poder superior al de nuestra alma. El poder de Cristo y su vida en nosotros.

Lo anterior explica la inmensa transformación de los discípulos después de la muerte y resurrección del Señor. Antes de ese acontecimiento, nos dice la Biblia, sus corazones estaban endurecidos y comprendían muy poco de lo que él hablaba y hacía. De pronto, tras Pentecostés, se transforman en los apóstoles que trastornarían al mundo.

¿Qué había cambiado en ellos? ¿Qué transformó a unos hombres duros, egoístas y hasta cobardes, en humildes, valientes y osados testigos de Cristo? La cruz y la resurrección habían hecho su obra. Con su muerte, Cristo había puesto fin al pecado y la carne, destruyendo completamente a la vieja raza caída. El árbol malo fue cortado y arrancado de raíz. Y al morir el viejo hombre, Satanás perdió su base de acción sobre la tierra, para quedar completamente derrotado y vencido. Incluso más, todo el mundo viejo edificado por el hombre, con sus sistemas, reinos, obras, culturas y religiones fue destruido junto con su autor en la cruz.

Nada sobrevivió a la devastación... nada, excepto uno: Jesús. “Muerto a la verdad en la carne”, nos dice la Escritura, “pero vivificado en espíritu.”

En el espíritu humano de Jesús, habitaba una vida indestructible aún para la muerte. Y cuando todo hubo terminado, aquella vida desnuda de todo lo demás, se agitó victoriosa en el seno más profundo de la muerte, desde donde lenta pero irresistiblemente comenzó su viaje de regreso. El más inconmensurable poder que jamás haya sido ejercido durante toda la historia de la creación asió a Jesús en las gélidas entrañas de la muerte y tras quebrar todas sus cadenas, comenzó a elevarle de regreso. Y al fin la muerte, derrotada e impotente ante esa fuerza colosal, tras un último intento desesperado terminó también siendo absorbida y desapareció para siempre en el irresistible poder de aquella vida que sacó a Cristo incólume de entre los muertos.

Pero algo más ocurrió aquel día, pues al morir en la cruz Cristo nos llevaba consigo. Y aun cuando descendía a lo profundo de la muerte nos llevaba con él, desnudos y despojados de todo.

Y finalmente, cuando se levantó victorioso, aniquilando el poder de la muerte para siempre, todavía nos llevaba con él. Y fue así como, resucitado de entre los muertos, nos regresó en su vida resucitada aquella que perdimos al principio en el huerto. Cristo el Señor pagó con su propia sangre el derecho a rescatarnos y traernos de vuelta a nuestra vocación eterna. Porque él es ahora el Señor resucitado que puede vivificar nuestro espíritu marchito desde el principio, salvar nuestras almas y, en el día postrero, resucitar nuestros cuerpos con el poder de su vida indestructible.

Este fue el acontecimiento que transformó a los apóstoles. Cristo envió su Espíritu sobre ellos y el poder de su resurrección entró hasta lo más profundo de su ser. Más allá del alma, incluso más profundo que su corazón, hasta el lugar donde el espíritu humano yacía muerto y olvidado por edades incontables, y lo despertó. El poder de su vida resucitada alcanzó a ese espíritu muerto por el pecado, al que ningún otro

poder podía levantar, y entrando en él lo vivificó con su fuerza irresistible.

Y el espíritu del hombre resucitado por la vida divina, vino a ser la morada del Dios para siempre. Quedó unido a Cristo a tal punto que ya no podría ser separado de él. Por ello, en el Nuevo Testamento se habla en ocasiones del espíritu humano y Espíritu de Dios sin hacer distinción entre ellos (como ejemplo, podemos leer Romanos capítulo 8).

Y Dios, finalmente, había conseguido una raza que participase de su propia vida y naturaleza, de acuerdo con su eterno propósito. A partir de ese momento, los discípulos comenzaron a vivir por medio de esa vida divina, gobernados por ella, y no por la vida de sus almas.

Esto es lo que la Biblia llama “la regeneración del Espíritu Santo” y “nacer de nuevo”. Por su intermedio ocurre un cambio decisivo en la naturaleza humana que, habiendo sido ya perdonada y liberada del pecado por la obra objetiva de Cristo en la cruz, es renovada y anexada a la naturaleza divina en espíritu, por obra del Espíritu Santo de Dios.

He aquí el corazón del evangelio del reino de Dios, que nos trajo nuestro Señor Jesucristo. Esto no es teología, sino vida y experiencia. Es un asunto inmensamente práctico.

Antes de conocer cualquier otra cosa, los creyentes deben saber y experimentar este hecho. La salvación no es un asunto meramente legal y exterior. Una justicia que se nos imputa exteriormente sin afectar en lo más mínimo nuestra condición interior. Quienes así piensan no han comprendido la médula de nuestra fe. Un cristianismo de este tipo se convierte fácilmente en una religión vana y carente de poder alguno. Y la vida cristiana se vuelve un legalismo rígido y agobiante. Un intento inútil por cumplir con el poder de nuestra naturaleza humana las leyes y mandamientos que tan sólo la naturaleza divina puede realizar. “Mis palabras”, dijo Jesús, “son espíritu y son vida”. Se dirigen a hombres y mujeres cuyo espíritu ha sido regenerado por el Espíritu Santo. A quienes participan de la naturaleza divina y viven por medio su vida increada.

Participando de un Nuevo Pacto

Esta experiencia fundamental se encontraba en el corazón de la primera comunidad de discípulos. Ellos se consideraban a sí mismos el pueblo del nuevo pacto. En el momento central de sus reuniones como iglesia, los discípulos tomaban la cena del Señor, donde recordaban y renovaban en sus corazones el acontecimiento del nuevo pacto, que hace posible la existencia de la comunidad. Pues el nuevo pacto sellado en la sangre de Cristo es lo que nos permite acceder al reino de Dios y su propósito eterno. Dicho pacto había sido anunciado por Jeremías:

“He aquí viene días, dice Jehová, en los cuales haré un nuevo pacto con la casa de Israel... Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer. 31: 31-34).

Y por el profeta Ezequiel:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré corazón nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré sobre vosotros mi Espíritu, ya haré que andéis en mis estatutos y los pongáis por obra” (Ez. 36:26-27).

El nuevo pacto se habría de establecer debido al evidente fracaso del hombre en vivir bajo las leyes de Dios. Frente a este hecho Dios responde con un nuevo pacto, cuyo funda-

mento es completamente opuesto al del primero. El antiguo se basaba en la capacidad humana para obedecer y cumplir los mandamientos divinos, y era por tanto, exterior e insuficiente. Una y otra vez Israel comprobó la amarga realidad: ningún hombre puede agradar o cumplir la ley de Dios con el esfuerzo de su naturaleza caída.

Debido a esto, el reino de Dios nunca pudo ser manifestado a Israel y permaneció como una promesa futura. Antes debía establecerse un nuevo pacto entre Dios y los hombres que resolviera de raíz el problema y se convirtiese en el fundamento para la manifestación de su reino en la tierra. Y Cristo estableció el nuevo pacto con su muerte y resurrección.

Dicho pacto, como se ha visto, involucra cinco promesas esenciales: el perdón y la purificación de los pecados (que nos mantienen sometidos al poder de la muerte), la regeneración del espíritu humano, la renovación del corazón (el eje central de la vida humana), la unión en espíritu con Cristo (por el morar del Espíritu Santo) y, como consecuencia final, el vivir por medio de la vida divina.

Cristo nos heredó con su muerte este pacto indestructible, sellándolo con su propia sangre. Sin él, no podríamos ser sus discípulos, ni mucho menos guardar sus mandamientos. De él, brota toda nuestra experiencia como comunidad del reino de Dios.

Lo que nos convierte en discípulos de Cristo y en súbditos de su reino es el poseer en nosotros la misma vida divina de Cristo el Señor. Sin embargo, como hemos notado en capítulos anteriores, una vez que la vida divina ha hecho su morada en el espíritu humano, se inicia un largo proceso de transformación que se extenderá hacia el alma (vida síquica) y finalmente al cuerpo (vida biológica). El objetivo de Dios es que finalmente la totalidad de nuestro ser venga a estar vivificada y gobernada por su Espíritu.

En este proceso resulta vital el quebrantamiento del alma. A causa del pecado ella creció hasta convertirse en el órgano rector del hombre. Desde el momento de nacer aprendemos a vivir y depender de su poder para hacer todas las

cosas. El alma es el asiento de la personalidad o conciencia de nosotros mismos. Ella reúne, además, las facultades de la mente, las emociones y la voluntad. En el alma se encuentra nuestra identidad, a la que también llamamos el yo. Por medio del cuerpo, el alma se hace consciente del mundo, mientras que por el espíritu, puede ser consciente de Dios. Puesto que en ella se encuentra también la voluntad, tiene entonces el poder de decisión final.

Todo lo anterior hace del alma el elemento decisivo en los tratos de Dios con el hombre. Debido a que el alma es verdaderamente nuestra identidad, sólo con ella podemos expresar el gobierno y la vida del Espíritu en nuestra vida. Pero, puesto que nuestra alma nació y creció separada de Dios por causa del pecado, él necesita salvarla para poder salvarnos en plenitud.

Es en este punto donde comienza la dificultad para muchos cristianos. Aunque interiormente regenerados, su vida anímica (o síquica) continúa siendo aún demasiado fuerte, dominante e independiente. No pueden notarlos, pues para el hombre es imposible distinguir por sí mismo entre su alma y su espíritu. En consecuencia, se lanzan con todo el fervor de su fuerza anímica a vivir la vida cristiana y tratar de agradar a Dios. Y en la cristiandad existen muchos maestros dispuestos a alentarles en su carrera. Después de todo, es un error antiguo entre los cristianos el confundir la vida del alma con la vida del Espíritu.

De este modo, el cristianismo moderno yace completamente dominado por toda clase de actividades meramente humanas, vale decir, anímicas o del alma. Tristemente, Dios se encuentra ausente de toda esa actividad sin destino, pues ella brota de una naturaleza que jamás se ha sometido a su Espíritu.

Es inútil aplicar toda clase de entrenamiento, capacitación y psicología al yo humano. No adquirirá por ese camino ni un solo centímetro de estatura espiritual. Simplemente se volverá más fuerte y egocéntrico que nunca. Más orgulloso, religioso y resistente a la vida divina.

El camino de Dios en su trato con el hombre va por un lado completamente distinto. El no capacita ni fortalece nuestra alma (nuestras mentes, voluntad y emociones) para que podamos vivir la vida cristiana como discípulos del Señor. Por el contrario, él la debilita y quebranta hasta lo sumo.

Con frecuencia se escucha decir en círculos cristianos “el Espíritu Santo nos capacita para hacer la voluntad de Dios”, lo cual es una versión evangélica de la expresión católica “la gracia nos capacita para agradar a Dios”. Suena profundo y espiritual, pero en realidad no lo es, pues subyace en ambas versiones la idea del “yo humano” haciéndose cargo de todas las cosas, con el añadido de la fuerza divina. Pero no es así como funciona el reino de Dios. Porque Él se basta a sí mismo y no requiere nuestra ayuda para realizar su obra. En el antiguo pacto, el hombre hacía las cosas para Dios; en el nuevo, Dios viene a obrar en lugar del hombre. La diferencia, por cierto, es incalculable.

Pero para ello, él necesita primero debilitar y quebrantar radicalmente nuestra vida natural, para que el espíritu pueda tomar el control de nuestro ser, porque es el espíritu y no el alma el lugar desde donde opera su Espíritu Santo. El alma, asiento de nuestra identidad, debe ser traída al lugar donde aprenda a vivir por medio de la vida divina y no por su propia actividad natural¹. Ella debe venir a estar bajo el control pleno del Espíritu, es decir, bajo el Señorío absoluto de Jesucristo su Señor.

El reino de Dios es un reino del Espíritu. La comunidad del reino es “*la congregación de los espíritus de los justos hechos perfectos*” (Hb. 12:23). Todos los hijos de Dios llevamos en nuestro espíritu una vida perfecta, completamente santa y justa. Ella no puede ser perfeccionada más de lo que es, porque es la vida suprema del Hijo de Dios, santa y gloriosa más allá de toda comprensión. ¡Qué glorioso será el día en que nuestros ojos se abran para ver esta realidad! Ese día cesarán nuestros esfuerzos y luchas por vivir la vida cristiana. De inmediato veremos nuestra propia inutilidad y comenzaremos a vivir por medio de la vida divina que mora en nosotros.

De esta manera, el reino de Dios se manifestará con toda su autoridad en la tierra, pues, como nos dice el apóstol: *“Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia”* (Ro.5:17).

Notas

1. Al respecto, T. Austin Sparks ha dicho sabiamente: “si nosotros somos capaces de aceptarlo o no, el hecho es que si vamos a continuar con Dios plenamente, todas las energías y habilidades del alma para conocer, entender, percibir y hacer, llegarán a su fin, y nosotros nos encontraremos, en este lado, estupefactos, confundidos, entumecidos e impotentes. Luego, solamente un nuevo y distinto y divino entendimiento, constreñimiento y energía, nos enviará hacia adelante y nos mantendrá en marcha. En tales momentos, tendremos que decir a nuestra almas: “alma mía, en Dios solamente reposa” (Sal. 62:5). Pero, ¡qué gozo y fuerza hay cuando el alma, habiendo sido constreñida para ceder al espíritu, percibe una sabiduría más alta y se gloria en su vindicación!... Así que, para la plenitud de gozo el alma es esencial y debe ser traída a través de la oscuridad y muerte de su propia habilidad para aprender las realidades más altas y profundas para las cuales el espíritu es el primer órgano o facultad” (**What is Man?, T. A. Sparks**).

Capítulo VIII: Un Capítulo Sobre lo Esencial

El reino de Dios es la posesión y herencia de la iglesia, llamada a convertirse en el canal por el cual Dios se expresa a sí mismo en la tierra. Por medio del Nuevo Pacto, la iglesia ha venido a ser la comunidad del reino. Su forma de vida es la manifestación del señorío de Jesucristo por medio de su Espíritu en el corazón de sus discípulos. Y, de acuerdo con el Nuevo Testamento, este gobierno trae como fruto el mutuo amor entre los santos.

El amor es la naturaleza misma de Dios. Cuando vivimos por medio de su vida, el amor viene a ser el fruto manifiesto y evidente. El cuerpo de Cristo se distingue por poseer este rasgo predominante en su naturaleza. Pues, la iglesia según el propósito divino es esencialmente relacional. Ella debe ser edificada a través de relaciones profundas, íntimas, maduras y entrañables entre sus miembros. Los edificios, organizaciones, movimientos y estructuras son completamente ajenos a la simplicidad de este principio. Un tejido viviente de relaciones interdependientes es lo que básicamente la doctrina de Cristo persigue como fin inmediato.

Una atenta lectura de las instrucciones prácticas en los evangelios y las epístolas, nos llevará a la conclusión de que lo que se busca no es la perfección del individuo en sí mismo, un

concepto tan caro al pensamiento y la ética occidentales. Aplicar el conjunto de instrucciones morales del Nuevo Testamento a un perfeccionamiento meramente individual carece de sentido a la luz de la revelación neotestamentaria. Es necesario corregir radicalmente dicha perspectiva.

Los hombres no fueron concebidos como seres autónomos y cerrados sobre sí mismos. El individualismo occidental no tiene nada que ver con la Escritura. En ella, la meta de los tratos de Dios con el hombre es la conformación de un organismo viviente, hecho de hombres y mujeres unidos por la posesión común y compartida de una misma vida divina, experimentada a través de profundos lazos de amor, compasión, aceptación y perdón entre sus miembros. La vida cristiana que el Señor estableció en el Sermón del Monte sólo puede ser vivida y expresada en medio de una familia de muchos hijos nacidos del Espíritu. Porque Dios, en sí mismo, no es un ser solitario y cerrado sobre sí, sino esencialmente una familia constituida por tres personas divinas (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y la iglesia es la expresión terrenal de su naturaleza eterna.

“Dios es amor”, nos dice Juan. La esencia de su vida es el amor. Por tanto, el amor mutuo ha de ser el elemento distintivo entre los discípulos de Cristo, quienes viven por medio de su vida increada. Esta clase de vida se encuentra más allá de todo lo que el mundo puede producir o generar. Y es, por consiguiente, la señal más evidente de la presencia del reino de Dios entre los hombres. Por esta razón, Juan nos dice que quienes permanecen en amor permanecen en Dios.

En este sentido, la Escritura nos muestra que toda la experiencia práctica de la iglesia debe confluir hacia una experiencia de mutuo amor entre los santos:

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef.4:32).

“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi

gozo, sintiendo lo mismo, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil.2:1-2).

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Col.3:12-14).

“Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables” (1Pd.3:8).

Tristemente, nuestro énfasis contemporáneo no parecen ir por este camino. El individualismo moderno ha invadido el corazón de los hijos de Dios. Aunque no somos del mundo, hemos aprendido a vivir según los estándares del mundo. Todo nuestro enfoque está puesto sobre las ventajas individuales que obtenemos con el evangelio. Estamos demasiado ocupados con las cosas del yo.

Temas como la prosperidad, la realización, la sanidad interior, el éxito personal, el ministerio propio, la unción y otros semejantes acaparan la completa atención de nuestra mente y corazón. Y la nota predominante en todos ellos es el individuo con sus anhelos, esperanzas, traumas y temores.

Vivimos en una época de concentración obsesiva sobre el yo. El Señor, sin embargo, no nos dijo que seríamos conocidos por nuestro poder, éxito, prosperidad o realización personal. Estas no son las notas que distinguen a los hijos de Dios en el mundo, pues la vida divina se manifiesta por medio del amor.

El evangelio nos trae prosperidad, salud, e incluso realización, pero de un modo completamente distinto al esperado por los hombres. El Señor nos libera de una vida centrada en el yo y sus ataduras (que es intrínsecamente una vida sin amor) para sumergirnos en algo absolutamente diferente: el cuerpo de Cristo. Con este fin derrama su amor en nuestros corazones

por medio de su Espíritu. Luego, a través de ese amor, crea entre nosotros profundos e intensos vínculos de entrega, cuidado, paciencia, afecto, servicio y perdón. Nada hace tanto por nuestra salud síquica y espiritual como el ser injertados en medio de esta clase de relaciones. Tan sólo el amor divino puede sanar nuestras heridas y traumas más profundos. Y este amor solo puede ser conocido y experimentado en medio de los hijos de Dios.

Necesitamos ser curados de nuestro profundo egoísmo, individualismo y egocentrismo moderno. Necesitamos aprender de Dios el amor como forma básica de vida. Un amor práctico, concreto y experimental que nos arranque de las garras del yo y nos arroje en el seno de la vida corporativa. Un amor que nos entreteja en esas relaciones que constituyen la trama esencial de su iglesia; aquel tejido viviente que permite la edificación del cuerpo de Cristo.

El apóstol Pablo nos habla de un cuerpo ligado por coyunturas que se ayudan mutuamente según la actividad propia de cada miembro para ser edificado en amor. El amor es, por tanto, el elemento esencial en la vida de la iglesia. Si faltan entre nosotros las relaciones firmes, intensas y duraderas que sólo el amor puede producir, estaremos incapacitados para manifestarnos como cuerpo de Cristo. Seremos lisiados espirituales. Podremos tener dones, ministerios, poder, revelación espiritual y todo resultará vano. Porque el amor es la argamasa que mantiene unida piedra con piedra en el casa de Dios.

Pero, si no lo tenemos, seremos como un hombre que para edificar una casa compró los ladrillos y olvidó el cemento. Los ladrillos estarán allí, hermosos y perfectos, pero completamente inútiles. No servirán de nada hasta que se obtenga el cemento necesario para producir la argamasa que los une. Este es un asunto vital, pues el amor es ese pegamento divino. No podemos equivocarnos en este asunto. La iglesia es ante todo una familia de hermanos que se aman profundamente entre si. Es este mutuo amor lo que los capacita para ser edificados como cuerpo de Cristo.

Por ello, en Jerusalén hallamos que la iglesia nació y

creció en una atmósfera de familia; vale decir, de profundo amor entre los discípulos:

“Todos los que habían creído estaban juntos y tenían en común todas las cosas. Y vendían sus propiedades y sus bienes y los repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y... comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2:44-46).

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y de un alma y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hch. 4:32).

“Así que no había entre ellos ningún necesitado” (Hch. 4:34).

Muchos de nosotros leemos estos pasajes con una perspectiva romántica e idealista. Nos imaginamos la primera iglesia como una especie de comunidad perfecta y feliz. Sin embargo, nuestros primeros hermanos estaban hechos de la misma madera que nosotros. También ellos tenían problemas, dificultades, y necesidades personales. Pero tenían un enfoque diferente. Sus ojos habían sido abiertos para ver el cuerpo de Cristo. Estaban, por tanto, totalmente comprometidos en algo llamado iglesia. Habían abandonado su forma individualista de vida para abrazar el reino de Dios.

Los apóstoles ponían un gran énfasis en esto. Nadie estaba preocupado con lo meramente personal. Por el contrario, existía una dedicación constante de los unos hacia los otros. Por cierto, ocurrían problemas, roces y hasta ocasionales discusiones. Sin embargo reinaba sobre todos el ánimo de perdonar y acoger a los demás. Porque el Espíritu de Dios vivía y gobernaba en sus corazones produciendo su fruto más característico: el amor.

El éxito de la iglesia no debe ser medido por estándares mundanos sino por estándares divinos. La presencia de dones, carismas, poder, ministerios ungidos, prosperidad y crecimiento numérico no constituye por sí misma una señal de sa-

lud espiritual entre los hijos de Dios. Aunque la iglesia tenga todas estas cosas, todavía puede permanecer en un estado de inmadurez o, incluso, decadencia (por ejemplo, la iglesia de Corintio, o también la iglesia de Efeso en el Apocalipsis). Sólo el amor, expresado a través de relaciones íntimas, profundas y duraderas entre los discípulos, es una señal válida de que el Señor vive y reina entre los suyos.

Si queremos volver a los caminos de la iglesia primera hemos de recuperar la visión correcta de las cosas. Para ello, es necesario abandonar nuestras ideas de iglesia como una organización, estructura eficiente o institución compleja y regresar a la sencillez original. Ante todo, hemos de vernos como una familia vinculada por profundos lazos de amor, comprometida con los problemas y necesidades de cada uno de sus miembros, que busca ser edificada conjuntamente en torno al Señor. Pues, como nos dice Juan, “*si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros*” (1Jn.4:12). Esta es y será, de acuerdo con el Señor, la única señal valedera de que somos verdaderamente sus discípulos.

CONCLUSIÓN

Una rápida mirada a la situación de la cristiandad contemporánea nos convencerá de que algo parece andar mal. A pesar de todo el ruido, la espuma y la agitación, subyace en lo profundo de nuestros corazones un frustrante sentimiento de insatisfacción. Quienes hemos servido al Señor por algunos años sabemos cuán infructuoso puede resultar nuestro esfuerzo con el paso del tiempo. Entre tanto, los líderes de la iglesia organizada parecen correr en pos de cada novedad que brilla en el horizonte del cristianismo evangélico, para descubrir que la mayoría de las veces se trata de pobres espejismos.

Para responder de algún modo a su profunda insatisfacción, el cristianismo evangélico se ha fabricado una mentalidad de avivamientos. Dicho concepto está tan profundamente arraigado en la mente de los creyentes contemporáneos que a duras penas se reconoce su efecto nocivo sobre la iglesia: nos lleva a creer que el estado normal de las cosas es la decadencia y la frialdad, interrumpido muy de tarde en tarde por un avivamiento o despertar espiritual.

Entretanto que dicho avivamiento llega, sufrimos y agonizamos. Los predicadores hacen migas con este asunto. La falta de vida, nos dicen, se debe a nuestra falta de oración, santidad, consagración individual y hombres verdaderamente

grandes en Dios. Y, aunque todas estas cosas son buenas y necesarias, por sí mismas no pueden resolver nuestro problema. Comenzar por ellas es cometer el error del que nos previene el antiguo refrán, poniendo la carroza delante del caballo.

El propósito de este libro es mostrar, a la luz del Nuevo Testamento, un camino enteramente diferente. Su tesis central es que nuestro problema subyace en la clase de iglesia que estamos intentando edificar. Divididos en innumerables facciones, hemos desarrollado una perspectiva tremendamente egocéntrica de la vida cristiana. Los pastores piensan en términos del éxito de su propia congregación y ministerio; los hermanos en términos de su propio bienestar personal. Así, el evangelio se ha convertido en un medio para alcanzar fines puramente individuales. Por cierto, existen muchos santos que permanecen fieles a pesar de todo. No obstante, la situación general es de decadencia y frialdad.

Se requiere, por tanto, una restauración. Pero no una restauración meramente individual. Nunca fue el propósito de Dios que la vida cristiana fuese vivida por individuos aislados y solitarios. Para muchos el problema radica en este punto. Regresar implica desandar un largo trecho y simplemente no están dispuestos a pagar el precio. Hay tanto que destejer, demoler y rectificar, partiendo por la misma situación en que viven muchos de los líderes de la cristiandad actual. El daño es tan profundo que parece casi imposible de reparar.

Sin embargo, Dios no ha abandonado su propósito eterno y aún busca hombres y mujeres que quieran regresar por todo el largo y peligroso camino que lleva de vuelta a Jerusalén. Como en el tiempo de la cautividad, tan sólo unos pocos oirán su llamado. Los más han echado raíces en Babilonia y tendrán mucho que perder. Entre tanto, pasarán sus largos años soñando con fugaces avivamientos que quizá nunca llegarán mientras vivan (tenga usted en cuenta que el último “avivamiento” ocurrió en nuestro país hace casi 100 años). Con todo, quienes escuchen la voz del Espíritu volverán para reedificar las ruinas antiguas. Y su recompensa será mayor, pues verán a Dios en Sion.

Esta ha sido siempre la forma en que Dios trata con la decadencia de su pueblo. Debido al fracaso de la gran mayoría, él llama a un grupo representativo a vencer y mantener su testimonio sobre la tierra, pues aunque su llamado es para todos (el que tenga oídos para oír...), tan sólo unos pocos responden. Sobre aquellos que lo hacen recae la responsabilidad de completar su obra en el mundo.

Ellos, no obstante, no son especiales y distintos del resto sus hermanos. Tan sólo cumplen con la tarea que otros han abandonado. Como el pueblo de Nehemías, reedifican en condiciones de tremenda oposición y adversidad. Pues Satanás les teme más que a nada en este mundo, porque sabe que su ruina le vendrá de ellos. Como nos dice Watchman Nee, no se trata hermanos superdotados, sino de cristianos normales en tiempos de crónica anormalidad. Hombres y mujeres que simplemente buscan vivir según la norma divina para la iglesia y no se avienen a nada que sea menos que eso. Debido a nuestra profunda decadencia nos pueden parecer raros y excéntricos, sin embargo los santos del primer siglo serían igual de extraños para nuestros ojos acostumbrados a lo anormal y decadente. Nos hemos habituado tanto a la enfermedad que un hombre sano nos parece ya un fenómeno extemporáneo.

En nuestro días, Dios está despertando a muchos hombres y mujeres a vivir en la sencillez y profundidad original de su iglesia. Su Espíritu nos está convocando a reunirnos como simples hermanos entre hermanos, dispuestos a escucharnos, amarnos y edificarnos mutuamente sin denominaciones, jerarquías y estructuras que nos dividan.

Dicho llamamiento toma su legitimidad del mismo Señor que es la cabeza de la iglesia, pues él es el fundamento exclusivo sobre el cual ella debe ser edificada. 200, 300 o 400 años de tradiciones humanas no pueden anular este hecho. Tertuliano dijo una vez que una costumbre antigua es tan sólo un error antiguo; aunque algunas de ellas puedan remontar su origen hasta el tiempo de la Reforma.

Pero la iglesia es más antigua que eso. Su origen, de

hecho, se remonta hasta los días de la eternidad. Y lo que Dios estableció allí no puede ser alterado por nosotros aquí. Él no nos ha dado ese derecho. No fuimos nosotros quienes la diseñamos, amamos y pagamos por ella un precio de sangre. ¿Qué nos hace pensar que podemos hacer de ella un asunto de gusto e iniciativa personal?

La iglesia le pertenece a él. En consecuencia, debemos edificar según el modelo mostrado en el monte, tal como se le advirtió a Moisés. Y el modelo está allí, registrado en las páginas inspiradas del Nuevo Testamento. Por cierto, lo que allí encontramos son los principios, no los métodos. Dios conoce demasiado bien nuestra humana debilidad. Nuestra tentación permanente es hacernos con un método que excluya nuestra necesidad de conocerle a él de una manera directa, íntima y constante. Pero ningún método funciona sin él. Podemos incluso reproducir mecánicamente hasta el último detalle del Nuevo Testamento y no conseguiremos un solo gramo de realidad espiritual. Pues el odre fue diseñado para contener el vino nuevo de su vida divina. Sin el vino el odre es inservible, más sin el odre apropiado el vino se derrama. En la perspectiva divina ambos son necesarios para el logro final de su propósito, pues el uno con el otro juntamente se conservan.

El Señor quiere ser conocido y reconocido como el centro real y absoluto de su iglesia. Este debe ser nuestro punto de partida. Es inútil en este contexto comenzar con cambios meramente exteriores. Tratar de ajustar el modelo sin hacer los necesarios cambios en el corazón y la vida. Como se ha dicho antes, en la obra de Dios la vida precede a la estructura. Antes de volver al modelo original debemos volver a la fuente original. Como los doce discípulos originales, hemos de vivir en torno a él, juntos como sencillos hermanos entre hermanos en mutua comunión, hasta que los siglos de tradiciones, costumbres y métodos meramente humanos se desprendan de nosotros.

Y permanecer allí para conocerle a él, amarle y experimentar su amor sin ningún otro objetivo adicional. Por un largo tiempo. Todo el que sea necesario. Y quizá entonces su

Espíritu agite dentro de nosotros una visión renovada y pura de su propósito eterno, y partir de allí una nueva obra, una que sea verdaderamente suya, comience en la tierra. ¡Que el Señor, en su misericordia, nos conceda ver la llegada de ese nuevo amanecer sobre la iglesia!

BIBLIOGRAFÍA

1. Himitián, Jorge

*Jesucristo el Señor
Que sean uno*

2. Nee, Watchman

*La iglesia normal
La iglesia gloriosa
Un mejor pacto
Transformados en su semejanza
¿Qué haré Señor?*

3. Apablaza, Eliseo

*Consagración y servicio
Los amigos también tienen que morir
Conforme al modelo*

4. Viola, Frank

Reconsiderando el odre

5. Edwards, Gene

*Revolución: la historia de la iglesia primitiva
El secreto de la vida cristiana
La vida suprema*

6. Fromke, DeVern

El propósito supremo

7. Billheimer, Pablo

Destinados para el trono

8. Swindoll, Orville

El hombre y el propósito eterno de Dios



